This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

THE LIBRARY
OF
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

G868.84
F765m2

is

Rua

Mai. 19-XII-922

M M

ADOLFO FORMAS

MISCELANEAS

SEGUNDA SERIE

Vol. seguido de:
Grandiosa Herencia de Flores Celestes,
del mismo Autor.

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA UNIVERSITARIA
De S. A. García Valenzuela
41—BANDERA—41

1905

S. A. GARCÍA V.
IMP. UNIVERSITARIA
SANTIAGO

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

El Anjel

(PEQUEÑO POEMA EN SEIS CUADROS)

DEDICATORIA

Al Doctor ALFREDO MARIN

Asi como hai colores en el espectro solar, que se llaman complementarios porque de su union se forma la luz blanca i que por tanto hai una afinidad misteriosa entre ellos, susceptible de identificarlos i refundirlos en un solo haz luminoso, como quien dice, formando dos cuerpos i una sola alma; asi tambien sucede entre ciertos amigos que, aparentemente se diferencian tanto como dos colores del iris i, sin embargo, por efecto de una afinidad misteriosa, se identifican i refunden sus almas en unos mismos ideales que los obliga, mui dulcemente, a ir siempre juntos por el gran camino de la vida.

Tal es para el que suscribe, el amigo a quien dedico las pocas pájinas que se encierran en el pequeño poema llamado EL ANJEL.

EL AUTOR.

PRIMER CUADRO

Un ánjel bajó un dia desde las celestes esferas hasta la humilde Tierra; i cual viajero que conoce el camino, se dirijió rectamente a un convento de monjas contemplativas i golpeó a la puerta como solo puede hacerlo un celeste mensa-

1105975

jero; pues, como si hubiera soplado recio huracan, se abrieron como por un solo resorte todas las puertas i ventanas, i aun resonaron de la esbelta torre, todas las sonoras campanas, i luego todo se conmovió, a punto tal, que las tímidas monjas creyeron llegado el tremendo dia final.

Pero, a la vista del anjélico mensajero, como por encanto todos los corazones se serenaron i sonrieron como las flores en una bella mañana de la estacion primaveral.

I el ánjel vestido de modesta túnica blanca i rosada, del mismo color que las luces del alba, dirijiéndose a las viejas madres, así las habló.

—Hijas de la Tierra, os hablo con la autoridad de un hijo del cielo ¿qué haceis aquí? Vuestra obra es la de la traidora araña: haceis una tela donde se prende, como el pobre insecto, toda inocente criatura, para la cual la vida es una nota tan aljera como el pensamiento. i vosotras las devorais ántes que se cumpla tan exíguo tiempo, cuando van aun en la mitad de su camino. ¿Por qué haceis este trabajo tan anti-social i tan ingrato?

—Señor, aquí rogamos a Dios por los pecadores.

—¡Rogais por los que trabajan el blanco panal i la dulce miel, siendo vosotras los zánganos de la colmena humana!

¿No comprendeis vuestro humilde e inútil papel? Vosotras valeis ménos que aquellos por quienes intercedeis; porque ellos luchan cuando vosotras estais escondidas i al abrigo de todo mal. I fijaos bien en lo que os digo: la vida humana, así como los mundos que brillan en el espacio, es hecha para una eterna evolucion, un eterno movimiento en que cada uno hace su parte de trabajo, mas o ménos ingrato,

Para cada sér humano, la barquilla en que navega, lo hace por mares, ya procelosos o ya serenos; pero la barquilla, por lei natural, tiene que hacer su camino, hasta que su punto de perpétuo reposo se lo marque el inflexible destino.

Pero, el que no rinde mui temprano su gran tributo a la madre naturaleza, tiene que atravesar toda una existencia por en medio de ese mundo que piensa, que se ajita en todas direcciones, que unas veces es como el mar, ensoberbecido de su inmenso poder, que se levanta como altiva montaña en medio del camino de la vida i detiene en la mitad de su carrera al que se creia feliz pasajero; i sin embargo, éste no debe creer que ha encontrado un imposible de por medio, porque la lei natural es luchar siempre, si es que el hado no corta el hilo misterioso de la vida.

I creedme, todo ser, os lo repito, está sujeto a una eternal ajitacion. Mirad, hasta esos brillantes astros que embellecen el azulado cielo i que aparentan todo el candor de la mas inefable quietud, hijo de una pavorosa lucha es cada rayo que os envian de su divinal i plácida luz.

Pero, vosotras, queridas madres, os habeis apartado de la corriente obligada de la vida i os habeis metido en un charco de aguas corrompidas; i eso que llamais enemigos del alma, *mundo*, *demonio* i *carne* es la humanidad entera, es el grandioso árbol social del cual os habeis separado como rama quebrantada por el rayo, para formar un otro mundo en el cual la divina razon, la considerais como diosa maligna que perturba los cerebros i daña mortalmente el corazon.

En este mundo que os habeis creado, es todo ficticio, sin aire ni luz, miéntras que el mundo real, el mundo del sentimiento universal, se os escapa, pues habeis renegado hasta del sublime amor en jeneral, i en particular, del amor paternal, del amor filial, del amor fraternal, del amor conyugal, del amor al prójimo, i en fin del amor a la verdad. Os habeis, pues, arrancado del cerebro la razon i del pecho el corazon, i así os habeis suicidado para el mundo social en que nacísteis.

Este es, pues, vuesto mundo; sordo, mudo, inconsciente i ciego a la poderosa voz de la naturaleza i de la luz de la verdad.

Así, vosotras estais aquí, en medio de este mundo, en que todos deben hacer su labor, acurrucadas como momias, sin tomar parte en la titánica lucha de la vida i sin dar un paso adelante en el camino de la perfeccion intelectual i colocadas como una piedra en la mitad del camino público; i todavía rogando a Dios que tenga misericordia por aquellos que luchan, vosotras que no haceis nada útil, pues nadie entra al cielo, sino por sus propios méritos i nó por ruegos propios o ajenos.

I el ánjel volviéndose hácia las jóvenes monjas, les dijo: yo vengo del cielo, tomad mis palabras como divinales consejos. Un pérfido miraje os trajo aquí, o talvez algun mal jenio os sopló al oido palabras engañosas; para, vosotras, todavía es tiempo de remediar el mal que os habeis hecho, i tambien, a la sociedad. Idos, pues, a vuestras casas, allí os espera todo lo que el mundo os puede ofrecer de mas dulce i cariñoso; allá están quizas vuestros ancianos padres, vuestros hermanos, vuestros amigos. Idos allí, la sombra de vuestras casas, sea palacio o sea cabaña, es sonriente, i a esa sombra encontrareis aguas frescas i cristalinas, mui diferentes de las aguas de este charco en que estais escondidas. Idos allí donde hasta el fiel perro hará oir sus gozosos ladridos i las flores del jardin abrirán sus corolas de placer por vuestra feliz vuelta a la vida real, a la vida del pleno Sol, a la vida de los sagrados deberes.

I en fin, la mujer está llamada a ser el ánjel tutelar de la familia, allí está su verdadero templo, allí está el santuario en que se sacrifica en aras del mas dulce de los deberes, que es conservar como las vestales, el dulce calor del doméstico hogar. Sin la mujer la casa estará siempre helada i desierta.

Idos pues, inocentes palomas, a vuestras casas, donde os han llorado desde el dia en que vosotras creyendo ir en el camino del cielo, os convertísteis en estátuas de sal en la mitad del camino de la vida.

I bien, queridas monjas, agregó el ánjel, hiriéndoles las

dulces pupilas con un rayo de luz divina; soñad por un instante.

I el ánjel, como un rayo de luna desapareció.

I es fama, que las monjas durante su momentáneo i letárjico ensueño, todas pudieron contemplar un pedazo de celeste paraiso, en el que todo era luz clara i dulcísima que se reflejaba en los cristalinos arroyos, en las flores, que reverbereaban como diamantes, en los árboles, cuajados de frutos de mil colores, en las alas de los dulces céfiros que, en forma de brillantes mariposas, pasaban rápidos besando a las lindas flores..... i en medio de todo ésto, las plácidas pupilas i la dulce serenidad de millares de jentes que ahí descansaba de los sufrimientos i duras labores de la vida terrenal.

I cuando se hubo desvanecido esta celestial vision, surjió de entre sombrías tintas i melancólicos horizontes, el áspero camino por donde iban otras jentes de ropas talares i de blancas o negras tocas haciendo con penosa i lenta marcha la ascension hácia una altísima montaña, en cuya lejana cumbre brillaba mui pálida la estrella de la esperanza.

I tambien es fama que, desde aquella época dejaron de oirse a toda hora las plañideras salmodias en todos los conventos de aquella ciudad i las entornadas puertas se abrieron de par en par, dejando que el aire de afuera entrara i saliera con toda libertad.

SEGUNDO CUADRO

I este mismo i celestial mensajero, despues de haber hecho su primera visita a las reverendas madres, como acto de deferencia al bello sexo i, como quien sabe por donde anda, se dirijió a un convento de reverendos padres, hijos de Domingo de Guzman, i golpeó con todos los signos de un hijo del cielo i todas las puertas instantáneamente se encontraron abiertas.

—¿Quién sois? preguntó el padre portero.

—Un hijo del cielo que quiere saber qué grandes trabajos se hacen en esta gran colmena de robustos varones; aquí, donde todo parece respirar vida i bienestar. Este silencio i esta soledad en medio del tumulto del mundo, es algo como verde i fresco oásis que se presta admirablemente para el cuotidiano e intelectual trabajo. ¡I, a la sombra de esas esbeltas i hermosas palmeras, cuántas nobles inspiraciones deben nacer!

Pero, el hermano portero, mui familiarizado con los ánjeles i con todos los santos del Paraiso, ni estrañó la visita de un hijo del cielo en aquel dia, ni mucho ménos entendió la gran mision que el celeste mensajero traia; pero, de grandes trabajos i de inspiraciones, el buen hermano portero, jamas habia oido ni el mas leve ruido.

Con tales antecedentes, i talvez con un poco de alcohol en la cabeza, el buen hermano portero, contestaba así al ánjel del cielo.

—Excelencia, entrad. I en qué momento tan oportuno llegais, cuando tan magníficas viandas se sirven en este momento a la mesa de los reverendos padres. Pues, habeis de saber que hoi es el dia en que se celebra a nuestro gran patriarca Domingo de Guzman, fundador de nuestra gloriosa órden: i, como es natural, los hijos del seráfico Francisco de Asis fraternizan en este dia con nosotros, así como confraternizaron los dos santos patriarcas en aquellos crudos tiempos, de tan abominables herejías en que ámbos vivieron, i en que unos tales valdenses hacian que hasta sus mujeres i niños se atrevieran a masticar la sagrada Biblia, como si fuera el pan de cada dia.

I como iba diciendo, hoi dominicanos i franciscanos que, a causa de un puntillo teolójico, acerca de si María madre de Jesus, era inmaculada azucena, o bien una flor cualquiera, fuimos en otro tiempo mortales adversarios, hoi, nos hacemos los olvidadizos i nos damos por vencidos, nosotros los

dominicanos, por no encender alboroto entre el católico rebaño, que por lo que hace al mundo sensato le importaria un grano de arena tal querella, solo digna de mentecatos.

Pero, ésto debeis saberlo vos, ánjel mio, mui al dedillo, como que venis del cielo mismo.

Pero, ya hemos llegado al refectorio i creo que llegais en el momento mas oportuno, cuando los reverendos estan ya medios iluminados i, por tanto, os recibirán en palmas de mano.

I acá, para nos, os diré, agregó el buen hermano portero, bajando la voz, no es del agrado de los reverendos padres ciertos sujetos que vienen de por allá, de por el Vaticano, ahora ¡uno que viene del cie'o! Juzgad como les caeria, estando en su sana razon, habiendo en los rincones de este convento tan vergonzosos arcanos!

—Gracias, querido hermado portero, por vuestra asistencia; yo haré el resto del camino.

Un golpe dado a la puerta del festin por mano celestial, fué como el preludio de música jamas oida, i los reverendos cayeron de rodillas, creyeron que el patriarca Domingo de Guzman, escoltado por alguna bandada de alados serafines se les entraban por puertas i ventanas.

I una voz de timbre dulce, como el de célicas arpas, dejóse oir en medio del mas profundo estupor.

—Reverendos padres, aunque soi un hijo del cielo, como veis, no vengo en gloria i majestad de tal: levantaos, pues, que solo vengo como amigo.

Ahora oid atentamente la voz de un hijo del cielo.

En pleno desierto, cuando el Sol cae a plomo sobre la cabeza del viajero, cuando el cansancio, la insolacion i la sed le abruman, regularmente se produce el espejismo, es decir, la ilusion de cristalinas aguas i verdes prados que anuncian al postrado viajero, la salud i la vida i, a su vista, éste crea nuevas fuerzas

i redobla el paso, pero, la bella ilusion se aleja i se aleja i jamas se le puede tocar.

Pero, al fin, el terrible desierto tiene su bella realidad, tiene el oásis, i con él, el agua fresca i el árbol verde i frondoso, que es como decir, allí está la vida engastada en la muerte.

Vosotros, reverendos padres, que formais desde siglos atras dos grandiosas congregaciones imitais al pleno desierto con todos sus portentosos espejismos: el hombre viene engañado hácia vosotros; pero, en valde quiere beber el agua fresca i cristalina i sentarse a la sombra de verdes i floridos árboles, por que todo es ilusion, pues allí está el pleno desierto, pero el terrible desierto sin el oásis que es la vida i salud del viajero.

Allí estan los millares de millares de viajeros que han caido entre vuestros poderosos brazos i jamas otra cosa para ellos que la muerte o el anonadamiento del corazon i de la mente.

Sí, reverendos padres, contad vuestras víctimas, mirad en direccion de mi brazo.

I apareció a la vista atónita de domínicos i franciscanos un campo vasto como un continente, sembrado de cadáveres heridos en mil formas diversas i por los viles instrumentos que en un tiempo sirvieron para segar la especie humana.

I luego que desapareció esta tremenda vision, como si se hubiera descorrido un velo, dejóse ver otro grandioso panorama, nunca visto por ojos mortales. Una luminosa montaña de la mas dulce i suave pendiente, cubierta de flores que brillaban como si fueran piedras preciosas, era el camino por donde millares de millares de personajes de aspecto venturoso, marchaban con majestuoso continente por esas celestes praderas, hácia un mas allá lleno de luces inmortales. I aunque llevaban el semblante risueño i lleno de infinita felicidad, no obstante, conservaban impresos en sus frentes los dolores inconmensurables de sus últimos momentos terrenales.

—Reverendos padres, continuó diciendo el hijo del cielo,

todos esos venturosos personajes que veis pisando ya las celestiales mansiones, obra es de vuestros queridos patriarcas i de todos los reverendos i santos inquisidores de vuestra órden venerable.

I prosiguió el ánjel con su vos de celestial entonacion diciendo así:

—Reverendos padres, fijaos bien, que por ese otro camino, solo iluminado por oscuras tintas, erizado de empinadas cumbres que se pierden de vista en la inmensidad de los espacios i de horizontes sin fin cubiertos de duras i punzantes espinas, van, sin divisar término a su viaje, vuestros grandes patriarcas seguidos de toda aquella selecta falanje de sus propios hijos, los inquisidores domínicos i los ceráficos franciscanos, llevando en sus manos los siniestros i lúgubres instrumentos con que en su estraña mision sobre la tierra, tantos mártires mandaron al cielo.

I a la vista de este último panorama, triste como la muerte, los reverendos padres esclamaron,todos a la vez—¡qué horror! que vil oficio ha sido el nuestro!

I el ánjel del cielo, así prosiguió diciendo.

I bien, reverendos padres, es verdad que ya no manejais el rayo que estermina, pero en cambio llevais muerto el corazon para toda noble, grande i humanitaria accion, sois cadáveres para el mundo de las ideas i de la verdadera luz: sois momias para el mundo del trabajo útil; sois piedra bruta puesta en medio del camino para el mundo que marcha hácia adelante, i en fin, sois sombras en el mundo de la luz.

I el ánjel, como rayo de Sol desapareció.

TERCER CUADRO

I el ánjel fué a golpear a las puertas de una casa de Ignacio de Loyola, i las puertas se abrieron sin mas que el leve toca-

miento del celeste mensajero. La comunidad abismada con la presencia inesperada de tan celestial personaje, creyó desde luego que era algun enviado del gran patriarca de la Orden, i mandaron echar a vuelo todas las campanas, sin omitir ni las de plata ni el gran órgano monumental, que solo debia sonar en el gran dia de la fiesta patriarcal.

Pero, cosa rara, las campanas i aun las de plata i el órgano monumental, a pesar de los diestros artistas, no dieron sino sonidos lúgubres que recordaban dias de luto para la comunidad.

I entónces, los semblantes de los reverendos padres se nublaron i se descompusieron de tal manera, que solo ajusticiados que tienen horribles pecados, así se anonadan i se aniquilan, como si fueran reos a quienes la justicia humana i divina ya los ha irremisiblemente condenado.

Miéntras tanto, el ánjel, tranquilo, sereno i radioso como el astro del dia en medio del firmamento, habló a los reverendos padres, con voz tan divinal, dulce i clara que, aun las marchitas flores tomaron de nuevo sus hermosos colores i las otoñales hojas se convirtieron en verdes i lozanas.

—Hijos de Loyola, soi hijo del cielo: así, no estrañeis que os haga ver algo sobrenatural para vosotros; mirad hácia el punto que os señalo; es una alegoría, clara como la luz del dia.

I, en el momento, apareció un estraño espectáculo. La Tierra envuelta en tinieblas, al principio, i a poco, se inunda, por aquí i por allá, de dulce i suave luz, i de unos hombres negros ocupadísimos en apagarla; la luz cunde i amenaza convertirse en voraz incendio, pero los hombres negros se multiplican en número i en fervor i merecen sofocarla en algunos puntos, la luz renace por nuevos lugares i los hombres negros no desmayan ni por un momento: se lucha cuerpo a cuerpo; los hombres negros son hábiles i valientes, pero la luz cunde, i esta luz es para los hombres negros peor que el mas voraz incendio

THE LIBRARY
THE UNIVERSITY
OF TEXAS

i la lucha es a todo trance, es guerra a muerte i sin cuartel; pero, la luz cunde, ya se ve clarear por todas partes, ya las oleadas abrazan medio continente, i los hombres negros se apoderan de los lugares mas prominentes i desde ahí lanzan con poderosa mano turbiones horribles de negras nubes que merecen apagar por aquí i contener por allá hermosas ráfagas de luz color de rosa que se habian desprendido de entre densas tinieblas; talvez, algun dios sopló i las luces color de rosa, renacen con mas vigor i fuerza i se derraman como torrentes por todas partes, i los hombres negros se baten como titanes, pero, ya han retrocedido en toda la línea, ya se les ve replegarse a sus mas fuerte ciudadela, la de las Siete Colinas: ya no atacan, ya solo se defienden, eso sí, como verdaderos satanes. Las baterías de que aun disponen son formidables; pues, tienen la Infabilidad, tienen la Escomunion, tienen la Cátedra de Pedro, tienen el Confesionario, tienen el Dogma, tienen la Tradicion, tienen los Milagros i tienen por apoyo la mitad inconciente del jénero humano.

Pero, la luz crece i se esparce a raudales por todas partes i ya no es posible sino la defensiva; el mismo fuerte Quirinal ya bambolea. Se comprende que la lucha será larga aun, pero, que la luz vencerá.

.....

Todo este panorama se desvaneció lentamente i principió a surjir allá mas al fondo del cuadro, un carro esplendoroso, en el cual brillaba como estrella del cielo una luz que, a cada momento se hacia mas i mas brillante, i en torno de ella, infinitas jentes de todas condiciones marchando gozosas empujando las ruedas del triunfal carro hácia maravillosos horizontes, i atras de todo ésto, mui atras, se dibujaba una falanje de hombres negros con un gran jefe a la cabeza, caminando forzada i penosamente en el mismo sentido, pero con la espalda vuelta al glorioso carro, porque la luz que de este reverberaba les que-

1105975

maba las pupilas, i en lugar de ir pisando flores como los de adelante, iban pisando agudas espinas.

I cuando este último panorama se hubo desvanecido, irradió de la frente del ánjel una luz de inefable suavidad; la luz incorruptible de la eterna justicia i de la eterna verdad, i todos los reverendos padres, hijos de Ignacio de Loyola a la vez, en señal de satánica soberbia, volvieron la espalda al viajero celestial.

CUARTO CUADRO

I de un solo aleteo, el celeste mensajero fué hasta tocar con sus rosadas yemas las puertas del Vaticano, i como si hubieran resonado mil trompetas, el Infalible les oyó como si hubieran sido las del juicio final.

I el santo de los santos de acá abajo que, en ese momento se sintió el mas chico de los mortales, salió mas muerto que vivo, al aire libre de su olímpica mansion i saludó al hijo del cielo como lo hubiera hecho un oriental al profeta Mahoma o al califa de Bagdad.

I el ánjel con la suave i dulce majestad de un hijo del cielo, hablóle al sumo Sacerdote de los católicos romanos de esta manera: Gran Pontífice, vuestra palabra en este mundo es sagrada para muchos millones de creyentes: no obstante, vuestra supremacía está marcada en él por charcos inconmensurables de sangre i de cenizas que se han aventado en obsequio de un Dios que habeis hecho a vuestra imájen i semejanza.

A las alturas infinitas nada llega que no sea puro como un rayo de Sol, nada que no sea un resplandor de la verdad inmaculada, que es el sosten de todo lo creado.

La verdad es luz que vivifica i despreciándola por otras que llamais misterios, revelaciones o milagros, es lodo que arrojais al cielo, i para vuestro mundo, son aguas turbias que tarde o temprano nadie querrá beber, son nubes que van a hacer

noche en pleno dia, es la muerte intelectual i moral que cae en medio de la vida, es el canto fúnebre cuando se modula el hosanna, es como la maldicion que truena cuando se oye la tierna cancion, es como el silvido de la serpiente cuando se oye el canto del ruiseñor, son cuervos que van a devorar la humana razon, es como la voz de las tinieblas cuando se oye la voz de la divina razon.

En ese momento el hijo del cielo estendió su divinal brazo i señaló al Gran Pontífice el grandioso panorama de todo el mundo cristiano i el de la ciudad de las siete colinas, dominada por un trono de brillante pedrería donde se veia sentado un semi-dios, i de ahí nacia un caudaloso rio, de aguas de estraños reflejos, que arrastraban absoluciones, reliquias, induljencias, enciclicas, estampillas, medallas i bulas i tambien maldiciones i escomuniones; el cual, al salir de la ciudad de las Siete Colinas, se le veia derramarse en mil brazos por todo el mundo cristiano, siendo la virtud de sus aguas de estraños reflejos, secar la verde yerba de los campos, cegar las mas hermosas flores de las ciudades, abatir la libertad del pensamiento, destrozar la conciencia humana, convertir los hombres en mártires o idiotas, apagar toda luz intelectual, suprimir toda voluntad, todo albedrío, toda actividad, todo noble sentimiento i aun el sagrado amor paternal i filial i al jénero humano entero, si así conviene al semi-dios que está sentado en el trono de brillante pedrería.

Por donde pasan estas aguas de estraños reflejos no quedan sino pueblos de hinojos o pueblos arrasados como por el huracan.

I en compensacion, cuán dulce i tranquilamente corren de todas partes del mundo cristiano, infinidad de rios de aguas cristalinas conduciendo oro, mucho oro, incienso i mirra, hasta refundirse en un solo i caudaloso rio que va a perderse en la

ciudad de las Siete Colinas, a los piés del trono de brillante pedrería.

Este es el óbolo de Pedro que así viene arrastrándose de colina en colina, de los cuatro vientos del mundo, hasta llegar a su grandioso destino.

I cuando el Gran Pontífice leyó en este grandioso panorama, como en libro abierto i cuando le hubo penetrado la verdad hasta los huesos, el hijo del cielo, poco a poco, se fué desvaneciendo como lijera nubecilla que se lleva el viento.

QUINTO CUADRO

—Lucero de la mañana ¿por qué os levantais hoi con tan inusitada hermosura? Era de creer que veníais en este momento de algun festin del cielo.

Así esclamaba un noble anciano de luenga i blanca cabellera, de frente espaciosa i serena, semejante a un campo donde no hubieran jerminado otras flores que blancas azucenas.

Pero, en realidad, aquella excelsa beldad del cielo, no era la matutina estrella, pues, se la vió, poco a poco, ir tomando las formas deliciosas de un ser divino, como bajado de la azul esfera.

I el anciano esclamó:

—¡Oh Dios omnipotente, qué ventura tan grande es la mia de poder contemplar una deidad de hermosura tan peregrina!

En efecto, segun dice la leyenda, su continente i figura eran verdaderamente anjelicales; de sus albas sienes pendian perlas mas cristalinas que el éter i de sus pupilas brotaban luces mas suaves i dulces que aquellas de la rosada aurora en que viene envuelto el claro dia.

De su célica cintura pendia una cadena que, por lo diáfana i trasparente, parecia fabricada de rayos de la Luna, i a su vez, de éste pendia un canastillo, que reverberaba como la estrella

Sirio, i dentro, flores tan fragantes i bellas, cual si fueran nacidas en celestiales praderas.

Llenóse el espacio de luces blancas i rosadas como las del naciente dia, i el ánjel que, allá por la cumbre de grandiosa montaña, habia aparecido imitando la salida del lucero matutino, llegó hasta cerca del noble anciano, no ya en figura de estrella del cielo, sino en su traje i divinal figura de algun venturoso e inmortal habitante de las rejiones empíreas.

—Noble i feliz anciano, díjole el ánjel luminoso; no estrañeis ver derramarse por mi celestial semblante la dulce sonrisa, que espero sea para vos como ese arco íris que al caer la tarde cruza el firmamento, como un feliz anuncio del buen tiempo.

Ya veis si tengo razon, mirad la cosecha que he hecho, digna de dioses; fijaos en la flores de este canastillo ¿las reconoceis?

—Anjel mio, os confieso que jamas ví en mi jardin flores de hermosura tan resplandeciente.

—Pues bien, son de vuestro jardin.

I si no, fijaos en mis claras pupilas; ahí vereis reflejada vuestra noble frente, i decidme si no la veis coronada de flores tan bellas i luminosas que apagan las luces de este canastillo fabricado de celestiales perlas.

Sí, fijaos bien en mis cristalinos ojos; no tengais miedo de hundir en ellos vuestras dulces miradas, i decidme luego lo que veis en el fondo de tan diáfanos abismos.

Contéstole el anciano.

—Anjel de inmaculada frescura i belleza: delicia infinita corre por mis venas, al sentir bañadas mis mortales pupilas en las divinas luces de las vuestras. ¡Oh, qué espejos tan cristalinos! Jamas imajiné unos abismos tan puros, tan claros i serenos.

Pero ¡oh prodijio de los prodijios! Allí veo distintamente mi pobre imájen con la frente coronada de esas mismas flores divinales que reverberan como estrellas en el diáfano canastillo que ponde de vuestra célica cintura.

Pero, no es ésto todo, veo claramente, así como hilos de oro que nacen de cada flor i que van a prenderse i como a echar raices en mi humilde corazon.

Os confieso, ánjel luminoso, que nada comprendo de tan sublime prodijio.

—Noble anciano: el corazon humano es muchas veces la imájen de un caos, allí viven holgadamente las palomas i las serpientes, viven el bien i el mal, bajo formas tan estrañas por su fealdad o hermosura, por su pequeñez o grandeza que, a veces, el todo es la imájen de un mónstruo de cien cabezas.

Ahí, en ese mundo, cuando canta el ruiseñor, los venenosos reptiles no se adormecen, al contrario, esperan impacientes que el cantor deje su laud para que la burda materia no se aduerma i prosiga en su eterna fermentacion.

No es de aquí, de estos lugares impuros de donde alcanza al cielo ni la plegaria ni la oracion; pero, sí, llega hasta las mas altísimas esferas de las celestes mansiones, el cántico diario del feliz mortal, en cuyo noble pecho, como el vuestro, se ostenta puro i sin mancha el humano corazon.

Feliz anciano, os habeis visto retratado, allá en las profundidades de mis lúcidas pupilas, como solo es posible contemplarse en las cristalinas esferas del cielo, donde todo es de perfecta claridad i trasparencia: habeis visto allí coronada vuestra frente de las mismas flores que pend n de mi célica cintura, i tambien, así como hilos de oro que las unen a vuestro corazon; pues bien, voi a esplicaros el grandioso enigma que, por gracia especial del cielo, se os ofrece hoi a vuestra humana intelijencia.

I el ánjel de ojos de lucientes estrellas i de célica cintura, tomó del brillante canastillo una flor tan encarnada como los arreboles de la tarde i se la presentó al noble anciano diciéndole:

—Ved esta flor de color tan bello, el cielo mismo lo ostenta

en algunas de sus mas cristalinas esferas; esta es la flor simbólica de la *caridad*, pero, esta sublime belleza, a la luz de los claros i refuljientes rayos del Sol, pierde su brillo i su celestial perfume, siendo que a la sombra o entre las medias tintas, brilla como la estrella Vespertina.

Mirad esta otra flor, bella entre las mas bellas, su color es como el de la rosada aurora; significa que es una virtud nueva en el mundo, no obstante que aun hai jentes que la miran con ojos iracundos: su nombre es Tolerancia i su santa mision sobre la tierra es entretejer la cadena de fraternal union entre los hombres de todos los climas i relijiones.

Mirad esta otra flor de inmaculada blancura, es la flor de la luz inmaterial de la intelijencia, es la verdad, es el libre pensamiento, es la razon omnipotente, ante cuyos rayos, el error, la ignorancia i la mentira aparecen como viles serpientes.

Esta blanca flor de tan célica hermosura i que aun hai acá abajo, quienes la reputan por planta maldita, no obstante, allá, en los celestes campos, es por excelencia la flor de los mas sublimes encantos.

I como veis, buen anciano, todavía resplandecen dentro de este canastillo, otras flores tan bellas i cristalinas capaces de deslumbrar las humanas pupilas. Ellas representan otras tantas virtudes susceptibles de prender en el corazon humano.

Pero estas flores que os he mostrado, mi buen anciano, i que me llevo al cielo, son esclusivamente tomadas de vuestro jardin, son flores de vuestro corazon.

I os diré mas: mirad hacia el occidente, allí está la ciudad de las sublimes basílicas que elevan hasta las nubes sus áureas flechas. Pues bien, he recorrido sus siete colinas en busca del tesoro que anhelaba i no he encontrado sino flores marchitas enmarañadas entre mil malezas de jugos envenenados.

He visto el incienso que lanzan al cielo todos los hombres; he oido los himnos i plegarias que se mandan al cielo desde la

sublime basílica, les he oido retumbar por las inmensas bóvedas, perderse por la audaz cúpula, i no alcanzar mas altura en el espacio etéreo que el humo que arrojan sus áureos pebeteros.

Pero, vuestra plegaria, buen anciano, que nace de un corazon tan puro, de un manantial de aguas tan trasparentes, de donde no se desprende ni una sola partícula de corrompidos miasmas, sube tan derecho al cielo, se desliza tan suavemente por el cristalino éter i deja tan abajo a las lejanas estrellas, como solo es permitido hacerlo a las divinas luces de la intelijencia que, entre el cielo i la tierra son las celestiales mensajeras.

Bendigo, pues, vuestra casa, buen anciano, donde han nacido estas flores dignas de las celestes praderas; las llevo al empírio cielo como los dones mas hermosos que he encontrado sobre la Tierra. I os dejo como prenda de mi amor, mui clara luz para la mente i mui dulce esperanza para el corazon. De hoi en adelante, llevareis una estrella sobre la frente i sereis el mentor de la nueva jeneracion, i la sombra de vuestra humilde casa, será mas benigna que lo es el rayo de Sol en las dulces mañanas, i el pajizo techo que os cobija, brillará aquí, junto a la ciudad de las siete colinas i al lado de las sublimes basílicas como clarísimo diamante.

.....

.....

I segun dejó escrito el venerable anciano, se desvaneció repentinamente la sublime vision, sin haber sabido jamas, si aquella habia sido realidad o ilusion.

SESTO CUADRO

I el ánjel, de un solo aleteo, llegó a la ciudad de X, en la cual se conservaba como mui verídica. cierta leyenda, que un

dia me fué narrada con entonacion poética por el mas viejo del lugar. Hela aquí:

Allá a lo léjos, mui a lo léjos, se destacaba, como antorcha de luz, desde la hora del Sol matinal, una inmensa montaña del brillo i del color del oro, de mas valor, segun los sabios alquimistas, que la misma piedra filosofal.

En esa montaña que, a causa de su estraño nombre, os ha llamado la atencion, i que hoi parece un tizon del infierno, en lugar de parecer una áscua de oro como en pasados tiempos.

Pero, entónces, nadie podia llegar hasta ella: la circundaba un rio caudalosísimo que parecia un brazo de mar, tan ancho, tan tempestuoso i de aspecto tan horripilante, que el estruendo de sus tumultuosas olas infundia pavor, aun a los mas intrépidos navegantes.

Jamas embarcacion alguna hendió sus aguas; solo Neptuno habria podido manejar sus remos de oro en tan ajitadas aguas.

Pero allí, al otro lado de estas aguas espumosas. que a la hora del Sol poniente, sus chispeantes olas tomaban el color rojo del fuego, allí, digo, brillaba diariamente la sublime montaña color de oro, incendiando con sus fulgores los viles corazones, para quienes el color del áureo-metal es embriagador i vivificante como es el néctar para los dioses.

I aquella montaña para los adoradores del Becerro, era un ojo del infierno, fascinador i embriagador con sus reflejos bellos como los del Sol; i aun era bella por su forma esbelta, como jigantesca pirámide que perdia su cúspide entre las nubes: parecia una columna del firmamento.

I cuando soplaban los vientos de ese lado de la montaña color de oro, llegaban con ellos los perfumes mas deliciosos, dignos de celestiales florestas.

Era pues, en tiempos remotos, este rincon del mundo, un verdadero nido de lobos hambrientos de oro, cuyobocado eternamente deseado i nunca conseguido, era esa montaña de oro que les quemaba el corazon i les dilataba las pupilas, a fuerza de tanto deleitarse en aquella montaña de áureo color que, mas que montaña de la Tierra parecia montaña del Sol.

Todos los avaros del mundo deseaban, por lo ménos una vez en la vida, hacer la visita a este lugar para ver la cara de este dios, ni mas ni ménos, como los mahometanos hacen al sepulcro del gran profeta, su obligada peregrinacion.

Ahí estaban dia i noche los hambrientos lobos con la cara siempre vuelta al dios Oro, recapacitando allá en lo mas hondo de su cavernosa conciencia i con su famélico hambre de riquezas, cual sería su beatífica ventura, poder encerrar en sus arcas tan dulcísimo tesoro, cual era esa montaña de oro.

Así pasaban los dias i los años i los negros apetitos del oro devorando los viles corazones.

I el becerro de oro, como lengua del infierno, siempre allí, cada vez mas lúcido i brillante i como estrella bajada del cielo, se habia hecho el dios omnipotente hasta de los mas tiernos corazones.

El mal cundia sin distincion de sexo ni condicion: era una mortal enfermedad de gangrena al corazon.

I, a la hora del Sol naciente, no era estraño oir a viejos israelitas esta plegaria u oracion. «Oh santa i sagrada montaña, mas querida que la de Sion, ven a nuestras arcas i llenaremos el mundo de templos al Señor, mas bellos i grandiosos que el del gran Salomon.»

«Ven, montaña querida, ven a nuestras arcas a derramar como este Sol naciente la felicidad i la vida, aquí a estos corazones donde solo hai profundas penas i eternas agonias.»

«Ven montaña querida, ven, que el hambre de poseeros nos domina.

Pero, al fin, brilló un inefable dia; no porque las aguas del gran rio fueran ménos tormentosas ni ménos bravías, sino porque en las misteriosas horas de apasible noche, talvez por mano de ánjeles, fué fabricado un puente de oro i de plata, que fué bautizado por unos con el nombre de puente de los Anjeles i por otros con el de Via-Láctea, maravilla de las maravillas, que serviria para llegar hasta tocar los piés de ese ídolo fascinador llamado Montaña de Oro.

Pero he aquí la historia

Era una noche de espléndida serenidad i hermosura, era de creer que por esa vez las estrellas estaban de fiesta, puesto que todos parecian estar de gala; tal era el esplendor con que reverberaban en las alturas del cielo.

A nadie se le ocurria en noche de tan celestes fulgores perder un momento de su hechicera magnificencia, i todo el mundo velaba sumido en dulce i apasible contemplacion.

De repente corrió por todos los espacios una ola de luz blanca que casi hizo el dia, despues, otras i otras de luces ya rosadas, ya azules, ya encarnadas... hasta que por fin, todo ojo humano fué impotente para resistir tanta belleza, tan deslumbradora luz, i se cerraron para no despertar hasta el siguiente dia, en que, a la hora del naciente Sol, se vió brillar como una constelacion de millares de estrellas el sublime puente de filigrana tejido de hilos de oro i de plata.

¡Oh, qué estupefaccion tan estraordinaria! No así para los hijos de Israel, acostumbrados a que su gran Moises hiciera acá en la Tierra abrirse los mares i saltar el agua de las peñas, sino tambien hacer parar el Sol, allá en la rejion estelaria.

I como si el dios de la avaricia hubiera ajitado sus terribles fauces, sedientos siempre del rejio i vil metal, así todos los adoradores del Becorro, a la vista del maravilloso puente, que para ellos era como un camino del cielo, ajitaron tambien sus fauces como lobos famélicos.

I desde luego, un viejo rabino tuvo la sublime inspiracion de creer que el omnipotente i complaciente Jehová, principiaba de nuevo a llevar de la mano al incorrejible i escojido pueblo de Israel, i doblando la rodilla, a la vez que todos sus hermanos, elevó al cielo sus trémulos brazos i esclamó: «Oh, Dios de Israel, conozco vuestra poderosa mano; sí, conozco al dios de mis padres, a Aquel por cuya voluntad el pueblo de Israel rompió las cadenas con que le aprisionara el gran Faraon; sí, conozco la mano de Aquel que llevó a nuestro pueblo a la tierra de promision. Sí, sois el mismo que hizo abrirse las aguas del Mar Rojo, saltar agua de la peña de Horeb i de paralizar la marcha del Sol en su eternal carrera... i todo por amor a vuestro escojido pueblo.

«Volemos, pues, hermanos mios, a abrazarnos de la Montaña de Oro ántes que estos canallas de nazarenos nos adelanten i nos arrebaten lo que el gran Jehová hoi nos regala en compensacion de dos mil años de triste peregrinacion».

I sin mas ni mas, todo aquella gavilla de lobos hambrientos se lanzó sobre el puente de filigrana fabricado con hilos de oro i de plata.

Pero, ¡oh desgracia infinita! En la brillante arcadura que ornamentaba la entrada del sublime puente, se ostentaba fúljido un letrero del cual nadie se habia apercibido i que decia: «Para el uso de los limpios de corazon.»

Así es que los hijos de Israel, de metálicos corazones, al poner sus plantas sobre los primeros peldaños del grandioso puente de filigrana tejido con hilos de oro i de plata, crujió de una manera horripilante, como si fuera a destrozarse pieza por pieza, o a hundirse en el gran rio entre sus olas formidables.

El pánico fué horrible, i los hijos de Israel retrocedieron espantados: no era talvez el mismo Jehová de otros tiempos el que habia construido el bello i terrible puente que parecia fabricado en el cielo, ni tampoco debia ser obra del Jehová

moderno, a quien jamas se le ocurrirá venir a codearse con los microbios terrestres, sino que talvez era obra del ánjel rebelde que en otro tiempo construyó un puente entre el infierno i la Tierra i que, para mayor escarnio de los hombres, habia colocado allí aquel letrero, sabiendo que acá abajo no jermina esa planta sino por milagro.

Así pensaban, mas o ménos, los hijos de Israel, despues de haber fijado su atencion en el diabólico letrero, i se retiraron un tanto satisfechos, convencidos que si a ellos no les era dado pasar el misterioso puente, mucho mas imposible seria para los perros nazarenos.

I entónces el Sol naciente vió aun otro espectáculo, aun mas denigrante para el humano corazon; vió a todo un pueblo de nazarenos, como le llamaban los hijos de Israel, abalanzarse al misterioso puente de filigrana, que en esos momentos brillaba mas que un cielo estrellado, i ser rechazados por éste así como lo habian sido los hombres de metálicos corazones.

Pues entónces, ¿para qué sirve este puente de hilos de oro i de plata? esclamaba por todas partes la jente.

Miéntras tanto brillaba como una ascua de fuego la terrible leyenda—Para el uso de los limpios de corazon.—I solo entónces la multitud atónita a la vista de esos caracteres luminosos como rayos de Sol, pudo hacerse cargo que el maravilloso puente de filigrana tejido con hilos de oro i de plata, solo era para el uso de los ánjeles de la tierra; al ménos así lo tradujo un viejo filósofo i poeta, i entónces, muchos de entre la multitud murmuraron: pues entónces que vengan todas las comunidades de reverendos padres i de reverendas madres i todos los devotos, hermandades, cofradías, sociedades de beneficencia e hijos do José, de Jesus i de María con nuestro santo obispo i pastor a la cabeza, i la multitud, que no era mui limpia de corazon, aplaudió con diabólico espíritu de truanería.

I allá a la hora en que el astro del dia va en la mitad del

camino que cruza del bello i alegre oriente al melancólico occidente, se vió aparecer una alta cruz en que reverberaban las perlas i los diamantes precediendo al santo obispo i pastor que resplandecia a la cabeza de todas las comunidades de reverendos padres i de reverendas madres i de todos los devotos, hermandades, cofradías, sociedades de beneficencia e hijos de José, de Jesus i de María; i la multitud, que no era mui limpia de corazon, aplaudió con diabólico espíritu de truanería la llegada de esta sagrada e invicta lejion.

I las hijas predilectas del Señor, pulsaron arpas que brillaban como el oro, se entonaron salmos de David i el gran cántico de Moises—«Oid, cielos, lo que hablo; oiga la tierra las palabras de mi boca..... .....

....

Se bendijo el puente misterioso de filigrana tejido con hilos de oro i plata i los sagrados hisopos le rociaron de agua bendita; por fin, anticipando los himnos de la victoria, se entonó la gran plegaria de Moises despues de salvadas las aguas del mar Rojo —«Gloria al Señor que se ha mostrado grande, i que ha postrado en el mar caballos i jinetes..... .....

I reverberaban de tal manera los hilos de oro i de plata de que estaba tejido el puente de filigrana que parecia estar abrazado de rojas i azules llamas; i como si fuera un voraz incendio se sentia infernal rechinamiento que infundia pavor aun al santo obispo i pastor i a su anjelical milicia compuesta de reverendos padres i de reverendas madres i de todos los devotos, hermandades, cofradías, sociedades de beneficencia e hijos de José, de Jesus i de María.

I aquella falanje sagrada que habia llegado con la frente alta, es verdad que con los ojos gachos, en señal de humilde soberbia, ahora fué necesario volver a sus casas, no ya con los ojos gachos solamente, sino tambien inclinado a tierra la altiva frente.

I la multitud que presenció tal espectáculo, esclamó: «los ánjeles de la tierra, haciéndoles mucho favor, son como nosotros, nada limpios de corazon»; al mismo tiempo que aplaudia la solemne retirada de la sagrada milicia con ese diabólico espíritu de sorna i de burletas con que acostumbra pagar a todos aquellos que siempre tratan de hacerla comulgar con ruedas de carreta.

I cosa estraña, sorprendente; sorpresa que nadie esperaba; una vez que la anjelical milicia no dejó tras de sí ni el polvo levantado por sus sandalias, el misterioso puente de filigrana fabricado de hilos de oro i de plata, cambió su siniestro brillo de rojas i azulejas llamas i sus estridentes ruidos de voraz incendio, por las magníficas i suaves luces blancas i rosadas de la mañana, i tambien el ambiente se llenaba de melódicos sonidos, dulces como los de celestes arpas, pulsadas por manos de hada.

Pero, todo esto no era aun el prodijio de los prodijios, no era esto lo que a todos estasiaba i colmaba de dulce admiracion: eran dos bellos amantes, ámbos de dies i seis primaveras, que con tranquilo continente iban atravezando el misterioso puente de filigrana, tan embebidos en las dulces palabras que de sus rojos labios brotaban, que era de creer, al contemplar en ellos tan natural indiferencia i suaves i serenas pupilas, que eran dos ánjeles acostumbrados a cruzar por los rejios alcázares del cielo, o quizas aquellos mismos que construyeron el misterioso puente de filigrana tejido de hilos de oro i de plata.

Son dos amantes cuyas palabras de amor son tan puras i bellas, que ávidas de dulce néctar las brillantes estrellas, durante las noches, las liban con delicia i no dejan ni aun su aroma sobre la tierra; o bien los rayos del refuljente Sol, que las encuentra como gotas de celestial rocío flotando en el seno de la mañana, las toman i las guardan entre sus delicados hilos de oro para inocular su riquísimo perfume a las lindas flores.

¿Quiénes son, pues, estos ánjeles de la tierra? se preguntaba la multitud, atónita de tan jentil belleza i de tal proteccion del cielo en favor de estos dos niños, aun adolescentes; que marchaban tan confiados i tan serenos a traves de este misterioso puente de filigrana tejido de hilos de oro i de plata, que en ese momento se mostraba tan seguro i firme como si estuviera asentado sobre robustas columnas capaces de soportar el peso de la luna.

La contestacion la dió un anciano desconocido de larga i blanca cabellera, de continente reposado i sereno i de palabra fácil i correcta. Señores, dijo, sin el tono enfático del orgullo, sino por el contrario, con la modestia del filósofo; estos son mis hijos adoptivos i en mi casa han sido hasta hoi los ánjeles del hogar: estoi seguro de que ellos han tomado ese camino sin otro capricho que el que tienen las aves que voltejean por los aires. Los creo capaces de pisar sobre perlas i diamantes sin apercibirse de ello porque mas que seres humanos que andan, son mariposas que vuelan.

I estad seguros que Irma i Ulrico, que así se llaman, han pasado este maravilloso puente de oro i plata, como si todos los puentes del mundo fueran iguales i pudieran trabajarse en una sola noche, pues, lo han tomado como cosa corriente i no han visto en ello ninguna maravilla, al contrario, creen lo mas natural que los ánjeles no estén del todo ociosos i se ocupen de aquello que los hombres no pueden hacer.

Jamas me han nombrado la Montaña de Oro, de la cual están prendidos todos los corazones, como si ese metal no les fuera simpático i solo lo considerarán útil para pisar en él.

«Querido padre, me han dicho mil veces, mas allá de este turbulento rio debe estar el paraiso terrenal, pues, desde el lugar a que diariamente hacemos nuestro paseo i a donde vos no podeis llegar por vuestra edad i a donde nosotros bajamos como verdaderas cabras, cuando las brisas corren de aquel

lado, nos llegan perfumes tan deliciosos, tan embriagadores que, estad seguro que cada vez que nos habeis reñido, se entiende, así tan dulcemente como acostumbrais, nunca ha sido otro el motivo de nuesta tardanza, sino a causa de la dulcísima embriaguez en que nos sumimos durante horas de horas, sin que podamos darnos cuenta de como ha podido correr el tiempo con tanta velocidad.»

No es, pues, esa soberbia montaña, que parece trrsportada a la tierra desde el sol, lo que les ha cautivado el corazon, sino esas perfumadas i bellísimas flores que crecen en ese eden imajinario que llevan en su cabeza.

Tened seguridad, señores, de que mis queridos niños, como cosa corriente, creen llegar hoi mismo a ese paraiso terrenal, con el solo objeto de ir a estaciarse en la contemplacion de tan hermosas flores como deben ser las que han creado en su fantasia.

Pero yo no puedo abandonarlos i voi tras de ellos como acreedor a quien dos deudores le llevan prendida el alma en sus dulces corazones. Los veo mui protejidos del cielo para temer alguna desgracia, pero, sí, temo la de estar mucho tiempo separado de ellos.»

I el noble anciano de larga i noble cabellera, se dirijió con paso seguro i tranquilo al puente de filigrana tejido con hilos de oro i de plata.

I la multitud siempre entusiasta i admirada de la virtud que no va acompañada de campanillas i cascabeles, aplaudió frenéticamente al noble anciano hasta que su silueta se perdió allá en lontananza, en cuyo momento, el misterioso puente perdió de nuevo sus plácidas luces blancas i rosadas como las de la mañana, i sus melodiosos sonidos, dulces como las de celestes arpas pulsadas por manos de hadas.

El anciano que me hizo la anterior narracion, continuó de esta manera:

—Mi buen señor, poco mas tengo que agregar a lo que ya os he referido a cerca de casos tan estraños, tan sobrenaturales; pero, este es el carácter de toda tradicion sagrada o profana, de convertir un grano de arena en colosal montaña.

He aquí, pues, el final de lo que por aquí se considera como la mas verídica historia.

Desde ese dia en que los dos niños Irma i Ulrico i el noble anciano cruzaron, como los únicos limpios de corazon, el puente de filigrana tejido de hilos de oro i de plata, la famosa montaña de oro principió a tomar sombrias tintas; ya el Sol no reflejaba en ella sus dorados rayos; los dos grandes i turbulentos brazos del gran rio, principiaron a tranquilizarse i a minorar sus turbias aguas, i a apagar sus luces el misterioso puente de oro i de plata; i es tambien punto histórico, que en cierto dia, allá en las misteriosas horas de la media noche, por entre las rendijas de sus puertas i ventanas, los habitantes de aquella comarca, vieron pasar en horrible i fantástica dansa a un millar de esqueletos conduciendo a los tres inquisidores del lugar; aquéllos, las víctimas en tormentos i llamas, i estos tres últimos los tremendos verdugos que durante muchos años paladearon una montaña de carne humana, i para que al fin saciaran su otra dulce pasion, que era una sed insaciable de oro, se habian juntado en conciliábulo un millar de esqueletos i habian determinado, allá a la media noche, sacar a los tres santos inquisidores i demas caterva de familiares i verdugos i hacerlos tragar la famosa montaña de oro.

I esto fué lo que vieron con horror los vecinos de la comarca por las rendijas de sus puertas i ventanas, una procesion de esqueletos danzando frenéticamente en torno de los tres santos inquisidores i demas caterva de familiares, verdugos i delatores que, mas que hombres de esta vida parecian difuntos. Pero estaba escrito que el programa del gran conciliábulo no se habia de cumplir en absoluto, porque tan luego como los tres

santos inquisidores se acercaron al puente de filigrana, éste tronó como un huracan i los esqueletos que no tenian por que tener miedo a nada de esta vida terrenal, se lanzaron al puente de oro i de plata en fantástica danza, llevando en su centro a los tres santos inquisidores i demas caterva de familiares, verdugos i delatores que, mas muertos que vivos, iban desatentados siguiendo la rápida danza; pero el puente de filigrana, tejido talvez por mano de ánjeles, apénas sintió el contacto de las infernales plantas de los santos inquisidores como si fuera de frájil i débil cristal, se rompió en mil pedazos.

Al siguiente dia ni señales quedaban del misterioso puente de filigrana; por el grandioso rio no corria ni una gota de agua, i la saboreada i apetecida montaña de oro, esta diosa de los viles corazones, ya no fué querida como la montaña de Sion, pues, que era mas bien una montaña del Averno; o como decia la leyenda, que era la imájen de un tizon del infierno.

I en fin, mi buen señor, la tradicion agrega, que despues de tan estupendos acontecimientos, pasaron cien años, i el dia ménos pensado, cuando los gallos cantaban la media noche, repentinamente la montaña de Oro se iluminó i fué un momento como de pleno dia. Despues, todo volvió a envolverse en los negros pliegues de la noche.

I se agrega que los mismos tres, los únicos limpios de corazon, que hacia cien años fueron los solos protejidos del cielo para atravezar el misterioso puente de filigrana tejido de oro i de plata, volvieron a aparecer en el lugar sin ni un dia mas en sus nobles i bellos semblantes: el anciano siempre erguido i ni un pelo de ménos en su larga i blanca cabellera, ni una arruga de mas en su serena frente, i los dos jóvenes amantes Irma i

[illegible] como un siglo atras, sus mismas [illegible]

[illegible] como si hubiera sido [illegible] estos tres viajeros, tan [illegible]

[illegible] de las Hadas, allí donde [illegible] fuerme: donde el amor [illegible] en las cristalinas [illegible] manjares que cuelgan [illegible] donde no hai mu- [illegible] de jacintos, [illegible] al pasar por [illegible] esmeralda producen [illegible] arrancados de las [illegible] allí donde la [illegible] su inseparable com- [illegible]

[illegible] así por el cielo, sin [illegible] un siglo entero, cuando [illegible] cuyas divinales [illegible] montaña el brillante [illegible] en que viven los [illegible] un [illegible] celestial [illegible] humanos sen- [illegible] no [illegible] de un solo mo- [illegible] la Tierra en [illegible]

[illegible] tres seres de tan lim- [illegible] Sol!

[illegible] que era una hermosa [illegible] seres humanos, no res- [illegible] unas pocas chozas, de

donde, en señal de vida, se veia levantarse por los aires el humo de las cocinas.

¿I por qué tanta desolacion i ruina? Porque en infasto dia se habia eclipsado el Sol que vivificaba a todos los metálicos corazones, esa montaña de oro, de la cual decian los hijos de Israel, que les era mas grata que la de Sion, i que hoi solo parecia del infierno, un negro i abominable tizon.

Desde aquel fatal i negro acontecimiento, principiaron a emigrar, los primeros, los hijos de Israel, i siguiéronles unos de otros en pos, el santo obispo i pastor i las comunidades de reverendos padres i de las reverendas madres i de todos los devotos, hermandades, cofradías, sociedades de beneficencia e hijos de José, de Jesus i María.

I la crónica o la tradicion, mi buen señor, no agrega mas, sino que los dos amantes, Irma i Ulrico, vivieron aún cien años mas, felices entre los felices, siempre los mas sanos de corozon i dejando tras de sí, una larguísima cadena de hijos, nietos i bisnietos, que juntos sumaban toda una jeneracion.

Pero, dispensad, mi querido señor, olvidaba deciros lo mas portentoso de esta historia o tradicion.

En un hermoso dia de la estacion primaveral, cuando por el bello oriente el Sol nacia, aquel noble anciano, mentor de ámbos niños, de blanca barba i luenga cabellera, de dulce i serena frente, de palabra fácil i correcta i de reposado i majestuoso continente, juntando de Irma i Ulrico las manos, unióles para siempre con sagrados lazos, i luego tomando, poco a poco, las divinales formas de anjelical mensajero, de cuyas albas sienes pendian perlas mas cristalinas que el éter, i de sus pupilas brotaban luces mas suaves i dulces que aquellos de la rosada aurora en que viene envuelta el claro dia, i pendiente de su célica cintura una cadena que, por lo diáfana i trasparente, parecia fabricada con rayos de la Luna, i a su vez, de este pendia un canastillo que reverberaba como la estrella Sirio i dentro,

flores tan fragantes i bellas como si fueran nacidas en celestiales praderas; i así, bajo tan divinal figura, pasando la mano sobre el pecho de los atónitos niños, les dijo:

—Llevo al cielo estas flores del terrestre jardin, rociadas con el aroma de vuestros purísimos corazones.

I el ánjel, tomando las celestes alturas, se le vió luego brillar bajo la forma de la estrella matutina, i enseguida desvanecerse, poco a poco, i al fin perderse en lo mas profundo de la esfera cristalina.

Aclaracion.

El águila que hace su nido en la cumbre de las altas montañas i que en sus horas de placer va a revolotear por entre las nubes, si ella pudiera discurrir como el hombre, escribiría el *poema*.

Lo que quiere decir, que los gloriosos autores de la Ilíada, de la Eneida, de la Divina Comedia, de la Jerusalen Libertada, de la Mesíada, del Paraíso Perdido.....han sido entre los hombres lo que es el águila entre las aves.

Pero, las colosales pirámides de Ejipto, no obstante su inmensidad, no dejan de tener hermanas de un palmo de altura, que tambien se llaman pirámides.

Así, el diminuto trabajo que doi a luz, bajo el nombre de *Mi Divina Noche*, con tal que se la considere de la familias de los poemas, me contento, aun que no se le dé mas que ese mísero palmo de altura.

I bien, caro lector, si un rayo de la luz blanca del sol, os arrebatare, i en poco mas de un segundo os colocare dulcemente sobre la superficie de la Luna ¿qué dirias? Talvez que os bastaria, mas o ménos un dia para recorrer con esa misma ve-

locidad de 76 mil leguas por segundo, de un estremo a otro, todo el universo estelario, o sea el firmamento de que hace parte todo nuestro sistema planetario, i os equivocarías medio a medio, por que no demorarias ménos de 15 a 20 mil años!

Sin embargo que esto no cabe en cabeza humana, os declaro que ello no es nada, si siempre arrebatado por un rayo de luz, fuera cuestion de ir hasta otro firmamento, pues, entónces solo campearian trillones de leguas por andar i millones de años para cruzarlas! Cantidades ámbas que solo pueden caber en cabezas de dioses. Lo primero significa un infinito en el espacio i lo segundo, una eternidad en el tiempo.

I como ya preveo vuestra pregunta ¿a qué viene tan exabrupta reminiscencia astronómica? Os lo diré desde luego, por que mi pequeño trabajo está lleno de estos *infinitos del espacio i de estas eternidades del tiempo*, i por tanto, que en ello no hai fantasía ninguna, porque, aun esos números pavorosos, son talvez nada, absolutamente nada, comparados con la tremenda realidad.

Pero, si al leer mi pequeño libro, caro lector, encontrais por algun otro lado alguna fantasía, ello querrá decir que le encontrais algun sabor a *poema*, en el cual es lícito, si así conviene, que los mares se abran, que el sol se pare, que las peñas den agua, que los muertos resuciten, que los dioses hablen con los hombres.....quedando a salvo así, toda responsabilidad de

El Autor.

Introduccion.

Tuve en un tiempo la dicha de ser el amigo de un gran filósofo, especie de mago o de sabio de la antigua Grecia, quien me hablaba siempre con la autoridad con que Platon o Pitágoras debian enseñar, el uno, en la Academia i el otro, en la grande Escuela, llamada Itálica.

«No tengo la pretension de emocionaros fuertemente el corazon, me dijo un dia, sino, mas bien, llevar algo a vuestro espíritu que os sea útil, aun que no sea mas que un grano de sustento, con tal que el sea traido, si es posible, desde las celestes praderas».

I lo recuerdo con sumo placer, creo que este hombre tenia sus dias escepcionales, dias en que talvez absorvia su espíritu alguna ráfaga de divinales brisas que barria con todo lo que es deletéreo para el alma humana, no dejando sino lo que es hermoso, puro, dulce i fragante como un lirio.

Así, los momentos en que con tan clara luz brillaba esta estrella humana, trataba de abrir mi corazon, para recibir ahí, como en ancha copa, algo así, a semejanza del agua fresca i cristalina que el viajero tanto apetece en medio del desierto.

¡Con cuanto esplendor solia hablarme de la moral universal! He aquí lo que un dia me decia del amor i del misterioso corazon humano:

«El hombre ha comprendido que nadie ha sondeado en el sér humano los centros misteriosos donde reside el secreto de la vida i el de la luz del espíritu; que nadie ha escalado la última grada de ese cielo donde el hombre guarda las divinas luces de la verdad i del bien ¡ que nadie tampoco ha comprendido los misterios de ese lugar siniestro donde se alberga el vicio i el error.

«Muchas veces el espíritu del hombre, cual astro de vida i luz, resplandece bello i tranquilo como el sol en la bella estacion de las flores, irradiando felicidad i alegría, i otras veces surje, de este piélago sin fondo, lleno de misterios i de maravillas, ya silenciosas nubes que apagan los divinos rayos de la verdad i del bien o ya flamíjeras tempestades, capaces de tronchar el árbol mismo de la existencia.

«Sin embargo, así como del seno de la tierra nacen las flores i las corrientes májicas de la vida; del seno de los espacios, las relucientes estrellas; del cerebro humano, los cánticos inmortales de los poetas i filósofos de inspiracion divina; así tambien, del corazon de todo ser viviente, nace la flor mas bella, mas dulce i graciosa que las flores del campo, que las estrellas del firmamento i que los cánticos de los poetas; tal es la flor mística i divina del amor, que todo lo embellece, que todo lo dulcifica i que todo lo encadena con su aliento mas inefable i dulce que las brisas de la mañana.

«I si en este momento hai en mí un sublime deseo, es que el amor no deje de ser la cadena de flores que hasta hoi me une con un infinito placer a toda la humanidad, desde aquella que pisa las últimas escalas de la perfeccion, hasta aquella que se mece en las mas clarísimas ondas de la verdad i del bien».

Tan arrobadoras palabras eran para mi espíritu como el

fresco de las dulces brisas despues de un sofocante dia tropical.

¿Quién, despues de oir constantemente el ruido de las tonantes i bastardas pasiones, no oye con gusto supremo la música armoniosa de una voz que parece robada a alguna divinidad, que nos sumerje blandamente en los éxtasis de la mas serena tranquilidad?

.....

Pero, mi objeto no es sino consignar en estas pájinas, la última velada, en que este gran filósofo, con la majia de su palabra, me trasportó desde la Tierra hasta las rejiones mas ideales, dejándome hasta hoi, i creo que para siempre, el inefable recuerdo de las mas deliciosas i felices horas de mi vida.

Mi Divina Noche

DEDICATORIA

Sr. LUIS POMAR

Querido amigo: habeis recorrido los procelosos mares como marino i habeis conocido las mas hórridas tormentas; ahora, os convido a hacer un viaje por los celestes campos, libre de todo otro peligro, que no sea el de morir de placer al contemplar de cerca las mansiones celestiales. Si admitis, tomad como barquilla las pájinas de este libro i ella os conducirá hasta el mismo Empireo.

Vuestro amigo i SS.

El Autor

PRIMERA PARTE

Canto I.

En uno de esos dias en que el luminoso i ardiente Sol deja al crepúsculo Vespertino el cuidado de entregar el dominio de la sombría Noche a la plácida Luna, mi anciano

amigo i gran filósofo, teniendo en sus manos un arpa de brillantes cuerdas, me dijo: No estrañeis que un viejo sacerdote de la divina Filosofia i grande admirador del sublime arte de Euterpe, que hoi quiere remontarse con vos hasta las fuentes mismas de la luz primitiva, sus primeras palabras sean una invocacion demandando del cielo aquel divino sustento que se llama *luz* del *espíritu*.

I tomando mi venerable amigo una actitud de inspirado profeta i con esa uncion mística que le era tan natural, entre los jazmines i rosas de un hermoso jardin, bañado en ese momento por los suavísimos rayos de la Luna, por primera vez vi a este gran filósofo pulsar el arpa de sonoras cuerdas i unir a las celestiales notas una voz clara i dulcísima, que fué un verdadero encanto para los oidos i cuya letra vertida a humilde prosa, así decia:

«Autor Supremo de la naturaleza; océano inagotable de la vida universal; luz purísima de la verdad i de la belleza, Vos que habeis escrito en las célicas esferas con relucientes astros la omnipotencia de vuestro poder i sabiduria; Vos que habeis bajado hasta el hombre i habeis adornado su frente con una chispa arrancada de vuestra diadema de luces inmortales; Vos que habeis cabado un abismo de misteriosas creaciones, donde quiera que hayais puesto vuestro pensamiento; Vos que abarcais el principio i el fin de los tiempos, en cuyas lóbregas profundidades guardais el libro de los destinos del cielo i de la Tierra: haced que mi flaca i débil naturaleza se doblegue tan dulcemente a la luz de la razon como los astros del cielo se doblegan al imperio de las leyes de las universales armonías; haced que la solitaria estrella de la esperanza, brille siempre, aun entre las brumas de mi espíritu, en las horas en que se encuentra desolado i triste; haced que la misma mano que derrama luces a torrentes por los espacios, me conserve siem-

pre lúcidas i ardientes la intelijencia i el amor, que son las dos flores mas hermosas del alma i del corazon».

«La débil creatura que os dirije esta plegaria, ha oido la mística lira de Salomon i David cuando cantan vuestra grandeza i vuestra gloria; tambien ha oido la inspirada lira de Milton, de acentos mas suaves i dulces que el de la brisas matinales; tambien ha oido en la lira de la ciencia los acentos con que os celebran el Sol i la Tierra al jirar en sus ejes inmortales i tambien ha sentido el vértigo de los abismos en que habeis encerrado todos los globos del firmamento.

«Al estruendo de estos sublimes cantares de la creacion entera, he podido reconocer la inmensidad de vuestro poder i de vuestra gloria.

«Así ¡oh Supremo Hacedor! entre los infinitos acentos que en loor vuestro se levantan del Orbe entero a formar el himno diario, de eternas alabanzas, admitid tambien, entre ellos, los puros i dulces efluvios que nacen de mi espíritu inmortal.

Canto II

Filósofo.—

Hubo un dia en que al dirijir mis ojos, en un momento de supremo i dulce arrobamiento, léjos, mui léjos, allá hasta donde solo puede alcanzar la pupila intelectual, divisé una gota de agua pendiente del celeste pétalo de la divina e incomparable flor del Loto; allí brillaba como solo puede resplandecer el mas terso diamante a la luz del sol.

Desde ese momento, mi espíritu se sintió poseido de la mas ardiente sed, i por tanto, llegar hasta ella i libarla, como si fuera el néctar de los dioses, se me hizo tan necesario como al viajero del desierto, llegar a beber el agua de la clara fuente que, como una perla está engastada en el lejano i verde oásis.

I entónces de mi garganta, puedo decir, que brotó espontánea la siguiente invocacion:

«¡Oh rejiones del infinito! abrid vuestros tabernáculos para darle paso al pensamiento mio, a este pensamiento que hasta ayer no era mas que una triste mariposa que solo podia cerner sus alas brillantes por entre las flores de los jardines de este pequeño mundo, i hoi, casi de repente, como nacido a nueva vida, ya revolotea por las etéreas i celestes praderas, libando, como si fuera en los festines de su propia casa, la dulce miel de las mas lejanas flores del misterioso firmamento.

¡Oh pensamiento humano! Yo os he visto voltejear por la cumbre del Helicona con el divino Homero, con Dante, con Milton, con Virjilio, con Ariosto... pero, para el pensamiento humano, ésto no era aun, sino llegar hasta cojer una que otra flor de los deliciosos jardines de la encantadora Armida.

¡Oh pensamiento humano! Os he visto con Fidias, con Praxíteles, con Miguel Anjel, con Rafael... divinizar el lienzo, el mármol, el oro i el marfil, con esa altísima e ideal belleza, que llega hasta remedar de los dioses las inmortales i serenas pupilas.

Os he visto, con Sócrates, Cristo i Confucio, pulir el humano espíritu i convertirlo en cándido i lúcido diamante.

Os he visto, con Platón i Pitágoras, hacer, con las perlas i diamantes que rodaban a sus piés, un cielo mas encumbrado i resplandeciente que el mismo Olimpo.

Os he visto con Euclides, con Aristóteles i con Hiparco echar cimientos de oro en lo que era movediza arena.

Os he visto, con Esquilo, con Sófocles, con Eurípides, con Aristófanes, bajar hasta lo mas hondo del humano corazon i sacar de ahí, entre barro i podredumbre, las mas fúljidas perlas.

Os he visto, con Eremberg i Pasteur, bajar hasta el mundo

invisible de lo infinitamente pequeño, que es un abismo tan profundo como el de los cielos.

Os he visto, con Humboldt, con Cuvier, con Buffon... sacudiendo el polvo de millares de siglos i hundir vuestra pupila en el pavoroso abismo del pasado.

Os he visto, con Ptolomeo, llamado el divino, cual ave del Paraíso, buscando a traves del Universo la rama mas verde i segura en que posarse, i no encontrar, entre millares de mundos, otra mas firme que la hummilde flor llamada Tierra.

Os he visto, con Copérnico i Galileo, desatando con manos de hadas los hilos misteriosos que unian la Tierra al centro del Universo,

Os he visto, con el inmortal Herschel, abrir las sacratísimas puertas de la Vía-Láctea i asistir con la pupila al imponderable espectáculo de una pléyade de otros cielos, talvez mas bellos que el excelso cielo estrellado que envuelve a la Tierra; pero, que viven en abismos cuyos umbrales apénas puede tocar con la punta de sus luminosas alas la humana intelijencia.

Os he visto, con los modernos astrónomos, ir como a vuestra propia casa a sentaros tranquilamente en medio de las luminosas constelaciones i analizar i estudiar la esencia de los mas brillantes soles del Universo,

I en fin, he visto al pensamiento humano llegar hasta el óptimo cielo i mediante la májia del análisis jeométrico, descifrar la palabra divina i eterna, la palabra del *primer dia*, segun la cual debian de gobernarse todos los mundos, soles, estrellas, constelaciones, cielos i universos de la creacion.

Pero ¡oh pensamiento humano! siento que teneis aun ardiente sed de luz, de otra luz, la divina sed de la increada luz.

Si, el pensamiento mio aspira hoi a hundirse en el piélago insondable de donde nació la divina luz del primer dia.»

Desde ese momento dirijí mis pasos a los cuatro vientos del mundo, en busca de esa escala de Jacob, o de esas alas de Pro-

meteo, o de esas pupilas de Minerva, o de los luminosos rayos de Urania, para que me ayudaran a escalar ese cielo en que brillaba esa gota cristalina, en cuyo seno purísimo creí divisar un dia un átomo deslumbrador de la increada luz.

I bien, por concesion especial del cielo, esa mística gota de agua, al fin me fué dada, no en burda copa como yo os la ofrezco, sino en ánfora espléndida i etérea, tal como deben ser aquellas en que los dioses del Olimpo libaban el divino i rojo néctar.

Canto III

Filósofo.—

Soi mui anciano; consideradme si os place, como un Matusalem; i lo que os voi a narrar es de una época en que ya mi rostro habia perdido las flores de la bella juventud; de una época en que mi anhelante espíritu buscaba la luz intelectual con la misma avidez con que ántes habia buscado la dulce paz del corazon.

Una de mis mayores delicias, cuando ya dí por terminada mi larga peregrinacion por la Tierra, era el albergarme entre las solitarias ruinas de alguna Babilonia, de alguna Nínive, de alguna Palmira, de alguna Balbec... testigos mudos de antiguas i deslumbrantes grandezas humanas.

Allí contemplaba la antigüedad, representada por monumentos históricos ya medio destruidos por el inexorable tiempo i por la impía mano de la barbarie.

Visité la clásica tierra de los Faraones i vi correr mui tranquilos dias en la que fué la opulenta Canopo, en la cual pasaba mis noches, i de preferencia, entre las solitarias ruinas de un templo de Isis, desde cuyos altos muros el divino Ptolomeo estudiaba muchos siglos ántes el misterioso Firmamento.

Ahora, prestadme mucha atencion, porque aquí, en medio de

estas ruinas, donde pasé largos años de mi vida, fué donde ví al fin satisfecho mi excelso anhelo, donde me fué dado apagar mi ardiente sed de beber el agua de la sacratísima fuente, de la cual se habia desprendido aquella gota cristalina que en un feliz dia me fué dado ver, yo no sé, si en el mas dulcísimo de los ensueños o en el de la mas bella de las realidades.

Canto IV.

Filósofo.—

Se ha dicho que hai muertos que siguen viviendo, porque sus grandes obras continuan alumbrando con clarísima luz todas las jeneraciones que van sucediéndose. En efecto, tales hombres merecen el nombre de *muertos vivos.*

Ojeando la Historia de los primeros siglos de nuestra Era, me impresionó siempre, mui fuertemente, la vida i trabajos de un inmortal filósofo que edificó un templo como nadie habia construido hasta entónces; pues que, en él cabia un universo entero.

Su basamenta era la Tierra misma, excelsa habitacion de la humanidad, su techumbre era la bóveda celeste, su ornamentacion, las estrellas i constelaciones, i mas abajo, otros cristalinos cielos, donde fulguraba el Sol i la Luna i esos otros astros errantes llamados Mercurio, Vénus, Marte, Júpiter i Saturno, i todo esto montado en mil áureas ruedas que, al jirar, hacian mover vertijinosamenie la portentosa maquinaria, i todo, con el solo objeto de dar a la Tierra el dia i la noche i las cuatro bellas estaciones del año, En su frontispicio se leia—Almajesto. (La grande Obra).

Entre dos inmensas lumbreras del mundo antiguo, Hiparco i Copérnico, médian 17 siglos, en cuyo lapso de tiempo, habríase eclipsado totalmente la grandiosa i bella ciencia de Urania

no hubiese existido aquel feliz Prometeo, entre cuyos dedos se vió siempre, como rayo de Sol, una chispa del fuego sagrado: este feliz mortal, lumbrera del principio de nuestra Era, es el que durante catorce siglos, fué llamado Ptolomeo el divino, el autor i arquitecto de la Grande Obra; figura colosal que se destaca brillante i solitaria en medio de una semi oscuridad de 17 siglos.

Así es que el recordar a este gran filósofo, no es estraño venga siempre a pintarse en mi mente, algo así como la imájen de una radiosa i solitaria estrella, como desprendida del cielo, e irradiando en un inmenso vacío, donde nada mas se ve, sino sus dulces resplandores, aunque un tanto velados hoi por las brumas que levantan los siglos.

Aun quedan todavía de pié muchas áureas columnas de tan soberbia creacion, porque todo no era de oro i diamantes, pues, muchas de las cuales a la ardiente luz con que mas tarde se iluminaron los cielos, doblegáronse como la tierna flor al soplo lijero del viento i sobre cuyas ruinas hoi se levanta glorioso otro templo, pero, sobre cimientos donde no hai una sola diamantina piedra que no haya sido bajada del cielo mismo.

¿Quién, pues, con mas justa razon es digno de levantar de ultratumba su cabeza para venir a contemplar tan grandioso espectáculo?

I bien, yo pasando mis solitarias noches entre las mismas ruinas de aquel famoso templo de Isis, donde el divino Ptolomeo, 17 siglos atras, acostumbraba ir a libar el nectar celeste que en cada rayo de luz le enviaban las silenciosas estrellas; yo, dotado por el cielo de grande i poderosa virtud medianímica; en una de las mas bellas i silenciosas noches de estío, invoqué la sombra augusta de eso númen poderoso que durante tantos siglos alumbró como luminosa antorcha el mundo sideral para que viniera, a su vez, a contemplar la nueva luz arran-

cada a los cielos por la mano de los Copérnicos, de los Galileos, de los Kepleros, de los Newton i de los Laplace.

He aquí mi ardiente oracion:

«Divina Urania, tú, de cuyas pupilas brotan rayos de luz como si fueran de ardientes soles: tú, de cuyos labios de rosa brota el éter cristalino i puro en que se bañan las misteriosas estrellas; tú, de cuyos dedos de blancos lirios haces brotar las célicas armonías del universal movimiento; tú, que ordenas la vertijinosa carrera de los astros en eternas i voluptuosas curbas; tú, diosa de los vastos espacios en que jiran el Sol i la Luna; tú, que al compas de la inmortal lira de siete cuerdas o de siete virtudes, fuerza, movimiento, armonía, belleza, verdad, inmortalidad i eternidad, gobiernas el grande universo; dígnate abrirle los senderos de la vida terrenal al feliz mortal a quien, en remotos siglos, pusistes una estrella de tu diadema en su frente, i a quien sus contemporaneos llamaron Ptolomeo el Divino, para que venga a contemplar por un momento las esplendentes luces de un nuevo dia.

Dale tambien, divina Urania, a esta ilustre sombra, algun rayo de vuestra inmaculada frente o, por lo ménos, los ojos de Copérnico, de Keplero o de Newton, con la seguridad de que estos modernos semi-dioses tendrán placer en prestarle sus claras pupilas a este viajero, uno de los mui pocos, cuyas huellas luminosas encontraron por las celestes rejiones, cuando ellos mismos con alas de luz recorrian los eternos e infinitos campos siderales».

Tal fué la invocacion que brotó de mis labios; i al dejar caer la varilla májica de divinas virtudes, mi corazon se estremeció dulcemente i comprendí que mi oracion habia sido oida por la gran Divinidad.

I en ese momento, al principiar una suave i melancólica noche del caluroso estío, allá entre las ruinas del gran templo de Isis, sentí llegar hasta mí algo que me envolvia en suavi-

simo deleite i luego oí la voz celestial con que la sombra del gran Ptolomeo, llamado el divino, preludió el siguiente cántico a la nueva luz de las presentes edades.

Canto V

Ptolomeo.—

«Salud, nuevas edades: salud, siglo 19; veo que vuestro triunfal carro es luminoso i lo veo jirar sobre mil ruedas de oro i diamantes.

«Os veo brillar como un sol espléndido, entre las infinitas que ya se han hundido en los abismos del tiempo.

«Vuestras auras son dulces i perfumadas: las encuentro diáfanas i lijeras como el éter, i el ruido de sus alijeras alas lo encuentro tan melódico como los acentos de divinas arpas.

«Os encuentro bañado de luces inmortales, que no son las luces incoloras i vacilantes de otras edades.

«Gran siglo 19, veo que de todo lugar brota luz: nace del seno de los mares, de las entrañas de la tierra, de las altas montañas, de la burda roca, de las bellas flores, de la celeste atmósfera, sí, de todas partes, luz a raudales.

«I esta luz, vuela, marcha, corre, asentando el pié en todos los rincones del mundo i dejando la jerminacion en todas partes.

Siglo 19, siglo crepuscular de otros mas bellos, que a su turno han de nacer, siglos de redencion, siglos de confraternidad universal, sigios de tolerancia, de santas libertades, sin otra relijion i sin otras alas que conduzcan hasta Dios, que aquellas de la divina razon.»..... .....

Pero, ¿que clarísima luz es la que veo bajar del estrellado cielo, que yo, *Ptolomeo*, llamado el divino, jamas ví, allá en eda-

des remotas, cuando sumerjia mis pupilas i toda mi alma en las sublimes rejiones del firmamento?

¡Yo, *Ptolomeo*, el autor del Almajesto, jamas tuve vision igual!

Sin embargo. ¡Oh hermosa Tierra! Os conservais en eternal reposo, sin que falte una sola estrella, una sola constelacion de vuestra corona de inmaculada diosa.

Todo, no era pues, mas que un fatigoso sueño: mi Almajesto que en terrible vision se me presentó hecho mil jirones, seguirá siendo la Grande Obra.

Las mismas estrellas coronando a la Tierra, que se mantiene gloriosa en el centro del Universo; el Sol, con su vertijinosa carrera, proporcionándole el luminoso dia i la melancólica noche.

Mercurio, Vénus, Marte, Júpiter i Saturno, los veo en sus epicielos jirando siempre en torno de nuestra Tierra: las esferas cristalinas, intactas i resplandecientes como si fueran azulados diamantes.. Pero ¿qué siento? Qué oigo? Qué veo?

Esto ya no es un sueño ni tampoco una ilusion de los sentidos, ni ménos del espíritu.

Siento que la Tierra se mueve bajo mis plantas, siento el ruido cadencioso de dos ruedas que jiran sin cesar: la una, que es la Tierra misma, se mueve lenta i dulcemente en torno de un eje que debe ser de límpido diamante, i a su paso van naciendo como divinas flores, el luminoso i claro dia, la estrellada i melancólica noche i los suaves i dorados crepúsculos de la tarde i la mañana.

I tambien, al son de tres divinas notas, que llenan los espacios de celestes armonías, siento que una segunda rueda i con ella la Tierra, se mueve veloz i cadenciosamente describiendo una bellísima curva de elegante forma, con los delicados contornos de la elipse matemática, en uno de cuyos focos replandece el astro del dia, fijo, inmóvil, con toda la gloriosa majes-

tad de astro soberano que ocupa el sólio del universo planetario por toda una eternidad.

I ¿qué veo aún? Los epiciclos rotos en mil pedazos i las cristalinas esferas disueltas en el aire como si hubieran sido de azuladas i etéreas nubes.

I luego ¿qué suave música de celestial dulzura es la que oigo como viniendo de las rejiones zodiacales? ¡Oh, que tremenda desilusion! Mercurio, Vénus, Marte, Júpiter i Saturno, reconocen como supremo señor al Sol i le rinden homenaje, jirando humildemente por elípticas curvas en torno del astro luminoso.

El celeste trono es, pues, un punto colocado matemáticamente en un foco comun a las seis bellas elipses o luminosos caminos por donde siempre, al mismo compas de tres divinas notas, se deslizan estos mundos a manera de celajes, formando así la corona del astro del calor i de la luz.

Pero ¡aun otro prodijio! Las solitarias i zodiacales rejiones, por donde mis ojos se pasearon tantas veces, allá entre los cristalinos cielos de Marte i Júpiter, veo aun una constelacion de mundos jemelos, rodando en torno de invisibles e inquebrantables ejes i, tambien al compas de tres divinas leyes, deslizándose por curvas elípticas, uno de cuyos focos es el Sol mismo.

Pero aun, en la lira de Urania, de áureas cuerdas, oigo notas mas ténues i lejanas que aquellas que corresponden a Júpiter i Saturno, como si vinieran de lo mas profundo de las rejiones Zodiacales. ¡Ah! son aun dos grandiosos mundos, hijos del Sol, cuyos sagrados nombres no figuran en el grande Almajesto! Pero ¡que sombríos, que tristes, que inmensos, que solitarios se ven, a pesar de sus lunas!

Mis ojos son mui felices, no obstante, al contemplar por primera vez estos pálidos hijos del Sol, cuyo patrimonio de luz i de calor es tan débil i escaso, que el hijo de la Tierra debe entristecerle contemplar tanta desolacion.

I tambien, estos mundos colosales obedecen en sus grandiosos movimientos a las májicas notas de la lira de Urania: no es, pues, la Tierra el centro de sus órbitas; es el gran luminar:

I todavía, ni esos estraños cuerpos de larga cabellera, han quedado para cortejar a nuestra desheredada mansion, pues, léjos de eso, van casi hasta quemar sus alas en las llamas del Sol; i todavía, estos viajeros, cuya mayor parte, parece que vienen de rejiones ignotas, habrian hecho trizas los siete *cristalinos*, si la atrevida mano de un Copérnico, no las hubiera roto en mil pedazos, i con ellos muchas pájinas de mi Grande Obra, el Almajesto.

Pero al fin ¿qué es para una reina perder algunos centenares de perlas i diamantes, cuando aun le quedan por adorno i por aureola un cielo tachonado de estrellas?.....

Pero ¿qué es lo que ven en este momento mis lúcidas pupilas? ¡Que distancias tan pavorosas, tan incomprensibles, tan absurdas, son las que vagamente se dibujan en mi retina i deslumbran mi mente! Billones, trillones.....de leguas de distancia a nuestra Tierra!

¿Quien comprende tal portento?

Es como preguntarse ¿quién comprende el infinito?

I si esto es así, si es verdad eterna que estas celestes chispas de luz son soles de incomparable grandeza, destinados a alumbrar otros abismos infinitamente lejanos de la Tierra; i todavía, si ese incomparable i bellísimo manto azul en que parece envuelto nuestro mundo, no es mas que un poco de aire coloreado por uno de los mas bellos matices del espectro solar, i por tanto, solo una bellísima ilusion ¿qué es lo que le queda entónces a la mansion que se reputó en todos los pasados siglos como reina del universo?

¡Oh Luna! mis claros ojos no me engañan: sois la única joya que, cual solitaria perla, has quedado adornando la inmaculada frente de la Tierra.

No estais, pues, uncida directamente al luminoso carro del Sol.

Veo claro i distintamente la elíptica curba que a manera de aureola vais formando en el espacio en torno de nuestro desheredado i solitario mundo.

I bien, cuando me llamaban el *divino*, mi grande Almajesto era el arpa de oro de donde brotaban las turbulentas i estridentes notas que imitaban el desenfrenado rodar de los globos celestes en torno de la inmóvil i solitaria reina del Universo, la patria única del hombre, para proporcionarle el placer del dia i de la noche i el de las cuatro bellas estaciones del año, la Primavera i el Otoño, el Verano i el Invierno.

Los mil resortes crujian segundo por segundo, siglo por siglo, eternidad por eternidad, para que los globos estelarios, no faltaran ni por el mas breve instante el cumplimiento de su eternal i terrible mision: la bella Tierra, patria del hombre, no podria una sola vez en la eternidad de los tiempos, pasarse, sin que al cerrar sus ojos, la Noche viniera a estender sobre ella su dulce calma i al abrirlos, que la Aurora misma viniera en persona a levantar el manto estrellado para que las tintas de oro i de rosa de que viene precedido el lumisoso dia, diera paso al Sol, único en el universo digno de ser la antorcha de la Tierra, en aquellas horas en que sus bellos ojos necesitaban esplendente i dulcísima luz.

Pero, hoi que ven mis ojos con la luz eterna de la verdad, rompo voluntariamente las mil cuerdas del arpa de oro que tan melódicamente sonaron en otras edades, i que es como arrojar al aire, una por una, las hojas de mi grande Almajesto para que el vendaval las lleve a los reinos del eterno olvido.

Pero, séame permitido, ántes de contemplar con mis nuevas pupilas al rejio Sol, padre del calor, de la luz i de la vida universal planetaria, saludar a los inmortales Copérnico, Galileo, Keplero i Newton i preguntarles de que estrella o Sol del firmamento brotó esa chispa de luz divinal que vino a clavarse

en la mente de estas semi-divinidades i anunciarles el órden verdadero del universo, tal como salió del seno del caos i ante cuya luz debia romperse hoja por hoja el grande Almajesto i tambien romperse una por una las áureas cuerdas de la hebraica lira.

I en fin, saludo de nuevo a estas presentes i hermosas edades, en las que, al albor de una nueva luz, se ha descorrido el sombrío velo que ocultaba el esplendor divino que tiene la verdad demostrada, la verdad matemática, la verdad que marca con dedo fatal el órden sempiterno que todo guarda en la naturaleza; en esta réjia naturaleza donde nadie se exime del cumplimiento i ciega obediencia de las supremas leyes, ya sean tremendas como las de la gravitacion, que hace jirar i rodar a los colosales mundos como si fueran granos de polvo, o ya sean suaves i dulces como son las leyes del amor.

I ahora, haciendo uso por un momento de mis prerrogativas de *divino*, que en pasadas edades me concedió el mundo i aun hoi me concede el destino, tomo por escalon el mas hermoso rayo de luz material i subo hastas las mismas gradas donde se asienta el templo de Urania, con el fin de que mis nuevas i clarísimas pupilas vean por primera vez desfilar todas los globos planetarios, no ya en torno de los hipotéticos epicielos con sus rudos i estridentes compaces al rededor del mundo Tierra, sino en torno de su verdadero centro, el radiante sol, siguiendo sijilosamente las cadenciosas armonías que se desprenden de las celestes e inmutables leyes keplerianas.

—I por segunda vez, la sombra del gran Ptolomeo, llamado el divino, cantó la nueva luz, cuya voz dulcísima me pareció ahora que venia de una rejion indefinible a mis oidos; pues, creíla llegar en alas de algun rayo de luz de las brillantes Pléyades, ya en algun celajo de la luminosa Sirio o bien envuelta entre los pálidos rayos de la triste Luna.

En ese instante, creo haber sentido misteriosos i vagos ru-

mores de infinitas voces; i desde luego comprendí que tan dulce i celestial cántico iria a repercutir a las pasadas edades i, por tanto, que el auditorio del gran Ptolomeo, llamado el divino, no seria yo solo, sino tambien todos aquellos ilustres varones que no alcanzaron a gozar de la nueva luz, sin embargo, que ellos mismos fueron luminarias cuyos resplandores embellecen los brillantes horizontes de las nuevas edades.

Canto VI

Ptolomeo.—

Hubo un tiempo en que grata i dulcemente caian a mis oidos, como celestes notas del cielo, aquellos ecos que brotaban de las arpas de oro de Moises, de David, de Homero, de Pitágoras i Platon.

I yo, Ptolomeo el divino, sin mengua para estos semi-dioses, podria pasar hoi los dedos por las divinas cuerdas de sus arpas inmortales; pero, prefiero dejarlas colgadas para siempre, i si fuera posible, de los clavos de oro i de luz que adornan la techumbre celeste, i solo pulsar la lira que brilla como un sol en las manos de la celeste Urania, cuyas divinales cuerdas han sido puestas por las manos mismas de Keplero, Newton i Laplace.

I en fin, desde este centro ideal del Universo en que me encuentro, libre de toda atraccion material, yo Ptolomeo, por concesion especial del cielo, he podido contemplar con mis terrestres pupilas la solemne marcha de todos los mundos que componen el imperio del Sol i me siento arrobado con las celestes melodías en que estoi envuelto.

I todavía, desde aquí, desde la piedra de diamante en que estoi sentado, se siente mejor que allá abajo el perfume de las estrellas, que son las hermanas del Sol.

Canto VII

Ptolomeo.—

Desde este augusto templo de Urania, independiente de toda atraccion material, veo en este momento alejarse de mí al Sol, con todo su grandioso cortejo de mundos; sí, veo alejarse de mí toda esta estupenda maquinaria, a este pedazo de Universo, a esta constelacion de mundos i hundirse en los abismos del espacio, donde todo es infinitamente pequeño.

En la contemplacion de tan soberano espectáculo, tan superior a lo que pueden soportar nuestras fuerzas morales, he creido que tal exhuberancia de grandeza, de hermosura i de magnificencia, era bastante por sí solo para hacer comprender la grande obra de la naturaleza.

Pero, yo, Ptolomeo, que llevo en mis pupilas la luz con que Copérnico vió los eternales ejes en que estaba montado el grandioso sistema planetario; que tambien llevan la luz con que Keplero i Newton vieron escritas en el estrellado firmamento, el uno, las leyes inmortales de los celestes movimientos, i el otro, la leyes de la gravitacion universal i tambien esa luz purísima con que el glorioso Laplace vió las leyes en que reposa la eterna i serena estabilidad de todos los mundos que componen la celeste maquinaria; yo, Ptolomeo, digo, que dotado de tan sublime percepcion, se me hace sensible la música celestial a que obedece el movimiento de todo el universo sideral. Allí, en tan sublime concierto, como notas perdidas, se oyen de cuando en cuando aquellas que fascinaban mis oídos, mi espíritu i todo mi sér; aquellas notas que el magnífico, el incomprensible dios del dia se me mostraba como el término de las grandezas siderales i como el único dispensador de la luz i de la vida universal.

I hoi ¡cuán diferente! Desde este augusto templo de Urania, desde donde he visto desfilar, uno por uno, todos los miembros del grande i portentoso imperio del Sol, en el cual la Tierra, la soberbia Tierra, la predestinada, la unijénita Tierra, no es mas que una flor entre otras flores, una perla entre otras perlas, sin ser ni la mas fragante ni la mas diáfana i hermosa entre las bellas hijas del Sol, todo ello se confunde, se anonada i casi, se puede decir, se pierde como una gota de agua en el océano, ¡Ah, quien sabe en que estrella se albegarán los séres capaces de comprender tanta grandeza!

Si, desde aquí he visto perderse de vista, como una simple bandada de aves que van en busca de una ribera, de un árbol protector, todo ese sublime sistema planetario, guiado por el soberbio i radiante Sol, el cual, a última hora, lo vi como una débil mariposa de alas de fuego, ir a perderse en el gran todo, sin que jamas, en la eternidad de los tiempos, le sea posible encontrar la feliz ribera ni el misterioso bosque donde ir a dar descanso a las fatigadas alas.

I en fin, de estos abismos infinitos, recamados de soles numerosos como las arenas del mar, hagamos, a imitacion de la cosmogonía indiana, de todo ello, un solo floron i en seguida, dando todo el vuelo imajinable a nuestra fantasía, cubramos los insondables espacios de estos maravillosos florones, o sea, la indiana i divina flor del Loto, i así tendremos medianamente perfilado lo que apénas será la portada de la creacion.

Pero, se esclamará de todas partes: esto no pasa de ser la misma fantasía indiana, la fantasía de la divina flor del Loto. Nó, yo Ptolomeo, con mis claros ojos, veo cuajado de millares i millones de ardientes soles el seno inmaculado de esas misteriosas nubecillas que en número desconocido pueblan el abismo i que vistas aun desde la mas excelsa cumbre de nuestro sistema estelario, aparecerán a lo mas como blanquecinas aves

que van de paso ¡quién sabe adonde! La divina ciencia no les seguirá en su inmortal camino.

I en fin, yo, Ptolomeo, llamado el divino, ántes de recostar de nuevo mi cabeza en el seno de la inmortalidad, por mis propias manos dejo cerrado para siempre la Grande Obra o Almajesto, con cuya vivísima luz se alumbró la humanidad durante catorce siglos; pero, hoi, ya no es mas que un poema; ya no es libro de la verdad, pues, la hermosa Tierra que ocupaba en él la pájina de oro, ha perdido para siempre su imajinaria i divinal corona.

¡Ah, gran lejislador hebreo, cuya inmortal i gloriosa sombra diviso desde aquí, si tuvieras como yo la felicidad de venir por un momento i contemplar desde esta mansion de Urania la obra de los seis dias, con cuanta estupefaccion de vuestro espíritu, verias que dentro de la celeste urna, llamada firmamento, no estaba allí, en el centro, la mansion terrestre irradiando por todos los ámbitos de los espacios el perfume divino de la humana existencia.

I yo, señalándoos con mi dedo la flor que en vano buscabas, cuyo aroma de ninguna parte os venia, me habrias tomado por un loco, por un demente o por un visionario.

—Cómo! me dirias; vos a quien encuentro aquí, en esta excelsa rejion; i por tanto, qué debo suponeros como una divinidad, no solo no podeis decirme donde está el templo augusto del orbe, sino que todavía os equivocais mostrándome en su lugar un átomo de polvo que en este momento i por acaso he visto brillar a la luz de un rayo de Sol.

Así me dirias, pero, como no es posible subir hasta el templo de Urania i sentarse sobre sus umbrales de diamante, sin que la luz de la verdad venga desde luego a herir todos los sentidos con la misma fuerza i omnipotencia con que el rayo ilumina repentinamente el seno de la oscura noche, así, vuestra mente! ¡oh gran lejislador! se alumbraria si os fuera posi-

ble venir a contemplar desde aquí, desde esta ideal mansion, la obra excelsa del Universo, i entónces comprenderias que el trabajo del cuarto dia jenesíaco, o creacion del Sol i de las estrellas, no era mas que una fantástica nota del arpa hebrea.

Sí, gran lejislador, es necesario mirar al cielo con el mismo prisma que brilla en las pupilas de la diosa Urania: sin embargo, que las ondas luminosas de las etéreas rejiones, ni aun así, miradas por tan divinales ojos, es posible divisar sus riberas.

Comprenderias aun mas! oh gran lejislador! que la historia jenesíaca de la Tierra, es mas o ménos la historia de una gota de agua que, creyéndose bastante hermosa, porque un dia vió nacer de su seno los siete rayos del íris, creyóse diosa, olvidándose que el grande océano tenia millares de millones de gotas igualmente bellas i otras tantas i el duplo i el triple i el cuádruplo..... incomparablemente mas bellas aun.

Os repito aun, gran Moises, gran lejislador hebreo, si subieras hasta esta augusta mansion, estoi seguro que tambien, como yo, cerrarías por vuestras propias manos las inspiradas pájinas de la jenesíaca cosmogonía: que es como decir, que cortarias gustoso por vuestras propias manos las áureas cuerdas de la hebraica lira.

Canto VIII

Filósofo.—

Aquí concluyó el grandioso monólogo de la sombra del gran Ptolomeo, llamado el divino, i luego sentí llegar hasta mí algo que me envolvia en suavísimo deleite i, al mismo tiempo, una voz divinal que me dijo: «Ahora, gran filósofo, querido del cielo, en compensacion de haber intercedido para que yo, Ptolomeo, pudiera gozar de la nueva luz de vuestro siglo, os

voi a regalar el oido i la clara mente con el cántico mas sublime con que una divinidad, o sea, la diosa Luz, iluminó i fortificó las postrimeras horas de mi vida.

Oid, pues, i luego comprendereis, gran filósofo, el por qué yó, Ptolomeo, he invocado un fatigoso sueño de otros tiempos, el cual solo en este momento recuerdo en toda su espléndida realidad, como si clara luz del cielo hubiera invadido repentinamente mis lúcidas potencias».

—I con voz divinal, así dió principio.

SEGUNDA PARTE

Canto IX

Ptolomeo.—

La idea de la grandeza infinita de las rejiones siderales estaba tan impregnada en mi cerebro, que las noches estrelladas eran para mi espíritu el mas atrayente de los espectáculos. Así es que estasiarme en su contemplacion era on mí una recreacion tan frecuente i que me proporcionaba tan deliciosos instantes, que no era estraño que a menudo alcanzara a ver las ondas luminosas que ya venian anunciando un nuevo dia.

Nada mas natural que el Filósofo i el Poeta vengan diariamente a sentarse a las riberas de esta fuente cristalina que se llama el insondable abismo; pues, allí hai de sobra para que el mortal mas ávido de luz i de sensaciones encuentre el néctar i la ambrosía que su espíritu necesita para su divino sustento.

I bien, fué en una noche deliciosa de estío, allá en la tierra de los Faraones, en que a la sublime majestad de los cielos se unia un relijioso silencio, mui a propósito para sumerjir el alma en dulcísimo arrobamiento, cuando mis pupilas vagando dis-

traidas por el azulado cielo, vieron que éste se iluminaba con lijeras i rosadas tintas i que luego se dibujaba un arco de color amarillento pálido cuyas estremidades se apoyaban en los horizontes del hemisferio boreal, mièntras que su mas alta cumbre se levantaba hasta alcanzar la bellísima constelacion de Casiopea.

Luego, todo el cielo se coloreó de un rojo vivo, como preludio de los primeros resplandores de algun magnífico meteoro luminoso.

En efecto, oscuras estrías principian a estirarse como negras serpientes que quisieran envolverse entre las luces del celeste arco, a la vez que de todas partes del cielo boreal vienen magníficas bandas pintadas de verde i amarillo, de rojo i azul, de naranja i violeta en direccion de la parte culminante del bello arco, que ya iba tomando los subidos colores del arco íris.

A medida que éste se hace mas bello i resplandeciente, su cúspide se eleva tambien mas i mas sobre el horizonte. I como si las bandas luminosas quisieran, a la vez, alcanzar ese punto, lanzan dardos de magníficas luces hácia él, hasta llegar por fin a juntarse, formando así el colosal fragmento de una cúpula luminosa.

Luego ví que ésta se elevaba hasta llegar a confundir su cúspide con la brillante constelacion de Andrómeda i los rayos que la formaban, como lenguas de fuego, se encojian i se lanzaban hácia el zenit con mas i mas fuerza.

De repente el bello arco se dividió en bandas que se doblaban hasta formar una brillante corona, o mejor dicho, una corona boreal, i en seguida tomaron matices rojos por la base i verde esmeralda i amarillo de oro en lo restante.

Luego aparecieron por las rejiones del norte otras bandas igualmente luminosas que venian a converjer en la brillante corona. En este momento ví que el esplendor del cielo habia

llegado a la mas sublime belleza: estaba verdaderamente incendiado con todas las llamas del íris.

Asistía, pues, al espectáculo de una aurora boreal.

I pensé en ese momento que si alguna divinidad bajara a la Tierra, no podria venir envuelta en mas primoroso esplendor.

Sin embargo ¡cuánto me engañaba! pues, cuán léjos estaba de imajinarme todo el esplendor en que puede envolverse una divinidad!

Absorto estaba aun en la contemplacion de tan fascinador panorama, cuando ví que el brillante i luminoso meteoro palidecia poco a poco: los mas brillantes colores se desvanecian, i habria sido como asistir a un fúnebre espectáculo, haber presenciado la muerte del último celaje, si el mas bello de los colores, el claro azul de los cielos, no hubiera salido del fondo de los espacios, mas cristalino que jamas lo habian contemplado mis ojos.

I como si el brillante meteoro hubiese barrido con el mas insignificante átomo impuro de la atmósfera, esa noche las estrellas se mostraban tambien como nunca de centellantes i fúljidas, parecia que habian salido en ese momento de un baño de doradas i cristalinas aguas.

Ya de antemano predispuesto a las dulces espansiones del espíritu, me propuse conversar con estos misteriosos mundos, mas que en el idioma de la ciencia, en el idioma de las musas; para lo cual, en lugar de manejar el divino astrolabio, tomé mi lira i la pulsé con el objeto de enviarles el mas puro incienso de mi alma.

Los acentos que brotaron de ella, mas que por mis dedos, fueron arrancados por invisible mano, porque, lo confieso, de allí irradiaba una nueva luz que hasta entónces yo no conocia.

He aquí las inspiradas notas de mi lira:

«Oh, vosotros astros, que pareceis flores del Empíreo, bellas estrellas de inmaculada luz, de grandeza infinita, vosotras que,

por óptica ilusion os mostrais como en eterno reposo sentadas en diamantinos tronos: sin embargo, vais como torbellino devorando los espacios, i los mas negros i profundos abismos os separan entre sí. La misma diosa Luz demora centenares i millares de años en llevar el beso fraternal de hermanas queridas que os enviais unas a otras,

«Vosotras estrellas, hijas inmortales del firmamento, sois infinitas en número; los vastos mares no tienen mas granos de arena en sus profundos lechos.

«Vuestra grandeza i esplendor es tal que, si la Tierra se convirtiera en un solo diamante, puesto en la frente de cualquiera de vosotras, iria perdida i eclipsada por uno solo de vuestros cabellos de purísima luz.

«Sois pues, soles espléndidos i que os haceis verdaderamente incomprensibles i perturbais la mente humana cuando os anunciais muchas de vosotras o mejor cualquiera de vosotras, como flores celestes mil veces mas bellas que nuestro deslumbrante Sol, i sin embargo, es tal vuestra lejanía que solo pareceis fantásticas bandadas de mariposas viajeras.

«Si, bellas estrellas, vagais por etéreas rejiones tan lejanas, tan inconmensurablemente lejanas, que era de creer que ningun lazo os unia a nuestro pequeño mundo; pero, bien lo sé que sois flores del mismo jardin, que la misma gota de divino i celestial rocío que os da poderosa i eterna vida, es la misma que llega hasta aquí a unirnos a vosotras con lazos indisolubles.

«Si, dulces estrellas, es necesario esperar estas calladas horas de la noche para sentir i comprender que hai hilos de oro que unen el átomo terrestre a vosotras, bellos diamantes del cielo....»

Canto X

Aquí llegaba i aun vibraban las cuerdas de mi lira, cuando sentí llegar hasta mi frente algo mas fresco, mas suave i mas

dulce que el beso matinal que los céfiros dan a las lindas flores al pasar.

No sé precisar la hora, pero sí sé que era mas o ménos la media noche, i sin embargo, se había convertido como en claro dia: si, era un millon de veces mas clara noche que el mas luminoso dia.

La faz de la Tierra se me presentó en ese momento transparente como la mas diáfana perla, i tal que a traves de ella ví al Sol alumbrando las rejiones antípodas. I luego, todos los accesorios que me rodeaban estaban brillantes i transparentes: las flores, los árboles, las yerbas, las aves i hasta las piedras, todo resplandecia como diamantes i todo era igualmente bello.

Desde ese momento todos mis sentidos estuvieron envueltos en una delicia infinita, pero, aun sin darme cuenta de nada, i en obsequio de la verdad diré, que no me daba gran prisa en averiguar la causa de esta blanca aurora en que estaba envuelto. I tanto mas, cuanto que allí, cerca de mí, habia algo que me arrobaba, algo que en ese momento consideraba como el propio Yo, que se me hacia palpable, sensible i tanjible; i por tanto, era algo infinitamente querido, creia que hacia millares de años que era mi compañera, i sin cuya vista me seria imposible la vida i la suprema dicha.

No estrañaba, pues, nada porque lo que veia i sentia, no era mas que la continuacion de una existencia que parecia venia rodando desde el infinito.

Sin embargo, aquella sombra adorable no tenia forma ni figura apreciable a mi mente ni a mis sentidos, era vaga, luciente i vaporosa. Pero, poco a poco fué tomando formas delineables i precisas, hasta que pude apreciar la figura humana mas encantadora que ni aun en dorados ensueños me habia sido posible imajinar.

Todo mi ser quedó embargado en presencia de tan sublime belleza.

Pero, por una feliz evolucion del espíritu, esto solo duró lo que solo pueden durar dos o tres latidos del corazon: la mas dulce calma i placer vino a arrullarme en seguida.

I el oido, a su vez, principió a embriagarse con melódicos murmurios que parecian salir de todos los poros de la tierra; i como nota furtiva, que solitaria se desprendió para remontarse al cielo, tal fué la encantadora música que se desprendió de los dulces labios de la celeste viajera, i traduje claramente lo que en tan divino lenguaje me decia:

«Mortal, soi la diosa de la Luz. Estaba en el Sol; pues, os advierto que todos los soles del Universo son mis palacios, cuando sentí las primeras notas de vuestra lira, de esa lira de cuerdas de oro que tantas veces ha cantado la sublime belleza de los cielos, i os envié mi aliento en un rayo de mi luz, i con él los fúljidos rayos de esa otra luz que no es la mia, que no es aquella con que alumbro las estrellas, los soles i los universos, sino que es chispa de aquella luz que solo hai en el arca santa de los eternos misterios, i luego he querido descender hasta vos.

«Ahora ¡oh feliz mortal! oidme:

Canto XI

«Yo, diosa de la Luz, con pupilas infinitamente mas claras que las vuestras i con la divina intuicion de un ser inmortal, puedo descorrer todos los velos que para vos serán eternamente impenetrables.

«Si, cuando vos levantais vuestros ojos al cielo, lo veis cuajado de estrellas; yo lo veo sembrado de algo mas que eso, porque claramente percibo los espacios recamados de universos; i cuando vos no podeis distinguir mas que una que otra reluciente verdad, así como el viajero puede descubrir en su camino algun fúljido diamante, yo, diosa inmortal, veo brillar tantas

como las gotas de rocío que en este momento están humedeciendo la corola de las flores de vuestro jardin.

«Si, mortal, vuestra ciencia os dice que todo es movimiento, allí donde todo tiene el aspecto de la eterna inmovilidad; pero, vuestros sentidos no alcanzarán jamas ni a ver ni comprender esos prodijiosos movimientos con que los estupendos orbes pasan ante mis ojos como el polvo que lleva el huracan.

«Si, eso es inmensamente bello; i, mas que eso aun, es inmensamente deslumbrador, inmensamente prodijioso, sublime i fascinador aun a mis divinales ojos.

«Muchas, infinitas son ¡oh mortal! las intelijencias que existen en la creacion, i muchas e infinitas son tambien aquellas que se levantan sobre las humanas intelijencias terrestres; i, no obstante este infinito esplendor de la naturaleza estelaria de vuestro universo, resiste a las miradas que se levantan de tantos mundos, presentándose a todos ellos, por mas poderosos que sean, siempre con la majestad suprema de la eterna inmovilidad.

«Pero, consolaos, nobles mortales, habitantes de este polvo de los espacios, entre los infinitos peregrinos de las mas exelsas estrellas que he encontrado a las márjenes del rio de la vida i de las eternas verdades; he encontrado tambien, una que otra vez, viajeros de vuestro mundo i entre ellos, vos mismo sondeando las sagradas ondas i estrayendo de tiempo en tiempo una que otra perla de deslumbrante esplendor.

«Si, gran Ptolomeo, será una gloria inmensa para la humanidad de este grano de arena llamado Tierra, cuando mas tarde de manos de hijos predilectos de Urania arrojen al eterno olvido esa falsa corona con que vos le habeis adornado la frente creyéndole el centro feliz i único de la creacion.

«Sí, ellos dirán tambien que ni este insignificante mundo, ni todo el magnífico sistema solar ni aun las empíreas rejiones siderales, forman el gran todo; por el contrario, que todo ello

no es mas que una bella flor de los eternos i misteriosos abismos.

«Sí, gran Ptolomeo, sí, muchas luces falsas alumbran vuestro obra pero tambien muchas perlas preciosas veo brillar, coma soles entre vuestros dedos; sí, son perlas tan preciosas que yo, diosa de la Luz, no desdeñaria engastarlas en mi diadema inmortal.

«Sois, pues ¡oh mortal! digno de oir los divinos acentos que van a brotar de mis labios.»

Canto XII

«Reinaba el caos i la nada, aquí donde hoi brilla flamíjero este universo, del cual vuestro espléndido Sol es apénas una ardiente chispa: sí, reinaba aun la lóbrega noche de los tiempos i de la eternidad en estos abismos imponderables donde hoi se ostentan como infinitas moradas las cristalinas esferas, los soles radiantes, las clarísimas constelaciones i los misteriosos i sublimes sistemas: si, era aun ántes de la primera mañana de este universo, cuando Yo, diosa mensajera, traje el primer soplo de la vida i con ella nació el primer movimiento del estupendo Caos i con ella tambien el primer estremecimiento de placer, porque habia nacido la belleza de las bellezas: la Luz.

I sucediéndose las eternidades sin número, unas en pos de otras, i la materia cósmica, siendo en el principio de los principios inerte i muerta, se convirtió en eterno fragor, movimiento, luz, calor i con mil i mil jérmenes preparatorios para el nacimiento de los mundos, faros i antorchas que habian de ir a derramarse por los ámbitos de los mas hondos abismos del vacío.

«I las eternidades del tiempo siguen i siguen rodando i las divinas leyes principian a brillar mas que la luz, i aquellas del rozamiento i de las fuerzas principian a gobernar soberana-

mente a esas masas infinitas, inconmensurables, de cósmica materia, que principian a ceder en sus movimientos de torbellino, a hacerse mas lento el calor estupendo i a condensarse la materia hasta que al fin de tantas eternidades corridas, la vorájine, cediendo a la omnipotencia de invisibles divinidades llamadas leyes, principia a resolverse la fúljida materia en una lluvia de globos, dignos de las etèreas rejiones, incomprensibles por su esplendor i belleza para humanos cerebros, i todos yendo a rodar a los lóbregos abismos i llenarlos de luz i de vida.

«Luego principian a brillar mas que los mismos soles, las leyes inmortales que, cual hilos invisibles, sujetan a estos globos colosales que han de vivir eternamente rodando por el vacío.

«¿Podría alguna intelijencia, aun de aquellas que viven en los mas exelsos mundos, comprender esta divinal creacion que surjió del Caos i que es vuestro Universo?

«Mortal, sé que habeis sondeado los espacios, que habeis hundido vuestras miradas en abismos inescrutables i que habeis desplegado las alas de vuestra mente hasta alcanzar las riberas por donde corre el gran rio de luz: sois, pues, digno de que os conceda por un momento la virtud de mis divinas pupilas para que podais aspirar el inefable aliento que os voi a hacer llegar desde el infinito.

«Mortal, soi una divinidad; llevo en mi mente un rayo de la esencia increada, i de mis labios podrian brotar torrentes de armonías que inundaran vuestro espíritu de celeste i divina claridad i a traves de las cuales pudierais comprender i apreciar, en sublime escala, la gloriosa maquinaria universal; pero, vuestra humana naturaleza va intimamente ligada a la materia burda i, por tanto, para que podais saborear el néctar del mas sublime placer, necesitais unir a la clara luz de la mente la mas lúcida vision que pueda entrar por humanas pupilas».

Canto XIII

Diciendo ésto, la Diosa pasó por mi cuello su brazo mas suave i mas bello que un rayo de la matinal aurora. I, desde ese momento, no solo sentí como si brillaran un millon de pupilas en mi frente, sino tambien que mi ente moral se levantó como nacido de nuevo, exento de toda humana flaqueza.

Desde ese instante principió a desarrollarse, poco a poco, el panorama mas exelso, sublime i encantador que ni aun han soñado ojos humanos.

El Sol estaba allí en toda su inmaculada i terrible belleza. Su envoltura gaseosa era una llama ardiente, como azotada por todos los huracanes de los abismos. Era el incendio de un mundo un millon de veces mas grande que la hermosa Tierra.

Sí, desde ese momento en que ya pude seguir a la diosa Luz en el raudo vuelo de su mirada, se me figuró estar ahí, casi tocando con mis propios dedos las sublimes cumbres del Sol.

Faz a faz de este abismo de fuego, senti la embriaguez de todos los deleites, como si hubiera podido saborearlos, todos a la vez, en una sola copa.

I perdí de vista todo el Universo en presencia de esta joya de los espacios que tanto ofuscaba mi mente. Quise abarcarlo con mis radiantes pupilas i creí que toda la creacion estaria ahí guardada: sí, llegué a figurarme que todas las estrellas del firmamento habian unido sus luces para formar una sola luminaria capaz de alumbrar el universo entero.

Pero, ¿què jenios tan sublimes de poder son los que ajitan las ondas de este diamante infinito de grandeza i hermosura?

Yo, con mis sentidos elevados a céntupla perfeccion, he sentido el aliento devorador de este jigante del abismo que parece vivificarlo todo con sus resplandores i su imponderable calor.

La ofuscacion de mi mente llegó a ser tal, que creí que me

encontraba en las empíreas gradas del trono en que se asentaba alguna divinidad.

I mis ojos vieron el hilo de luz que marca el rumbo infinito que por los espacios lleva este flamíjero mundo.

Vi tambien el hilo de oro que sujeta este jigante a un centro invisible i misterioso.

Luego, como si me hubieran brotado millares de nuevas pupilas, mas lúcidas que los diamantes, pude abarcar todo el cielo estrellado i me sentí en ese momento sumerjido en nuevos abismos de Luz.

Allí donde el hombre ha podido aplicar el compas de la ciencia, en esas maravillas del cielo que mas recrean la vista humana a causa de su espléndido fulgor, que se llaman Lirio, Aldebaran, Vega, Acturo, Riguel, Acharnar, Capella, Procion, Régulo, Canopo.... cada una de las cuales se presentó a mi vista como si apénas cupiera en los abismos del espacio.

Sin embargo, vi millones de millones de soles que me parecieron mas inmensamente cristalinos, mas luminosos i mas bellos que todo lo que el hombre puede soñar ni la ciencia alcanzar.

De todo este mismo universo sentí la vorájine de sus portentosos movimientos i vi los hilos refuljentes con que todos se sujetaban a centros perdidos en los abismos mas insondables.

Vi tambien millares de flamíjeras constelaciones en que, soles rojos, verdes, amarillos, azules.... unidos con lazos fraternales i como formando otras tantas familias siderales, rodeaban vertijinosamente al rededor de un centro comun, i arrojando a los abismos cataratas de deslumbrante claridad.

Allí en cada una de estas siderales familias, iban perdidos en arcanos de luz millares de millares de mundos apagados como la Tierra, pero, envueltos en diáfanos mantos atmosféricos reverberantes con la luz de sus propios soles. Mundos

sin noche i brillando a todo momento cual jigantescos diamantes.

Así, en sempiterno dia, vi mundos en que me pareció sentir el ruido de voces i el perfume de las flores; sí, allí, al cruzar estos mundos por delante de mis pupilas, creo haber óido tambien los himnos i los cánticos de la vida.

He visto rodar torbellinos i cataratas de millones i trillones de gotas de agua en forma de diáfanas perlas, i creo que en mi celeste vision, mundos tan bellos i tan inmensos como el Sol, no he visto ménos cuando se desplegaron a mis ojos las fantásticas rejiones de la Via-Láctea.

Vi derramarse de cada uno de estos manantiales de luz, bajo la forma de rayos de oro, de púrpura, de esmeraldas, de rubies, de zafiros.... tan deslumbradora claridad, que mis sentidos i mi espíritu, elevados a la suma perfeccion, cedieron al peso de tan glorioso espectáculo.

En efecto, así como se quebranta, se aniquila i se doblega la espiga al soplo del vendabal, así toda mi naturaleza humana la sentí quebrantada, aniquilada, doblegada al soberano aspecto de este rio tempestuoso de globos de diamantes inflamados, cada uno de los cuales parecia no caber en el seno del infinito, i rodando en tanto número i en tan pavorosa carrera, ni mas ni ménos que como en los desiertos se ven rodar impetuosamente los granos de arena al soplo poderoso del huracan.

Talvez, pronto a desfallecer, la Diosa pasó por mi frente sus dedos de rosa i recobré de nuevo mi vital aliento i mi vista natural.

I como saliendo de un sueño pregunté a la bella Diosa ¿Es verdad tanta magnificencia, bello ánjel de Luz?

I me contestó:

«Todo es verdad, i si quereis, elevadlo todo a la potencia mil veces mil, todavía no os habré ponderado lo suficiente las riquezas que encierra vuestro universo.

Pero, ¡oh mortal! me basta lo que habeis alcanzado a percibir para que podais comprender lo que os voi a decir».

I como si fuera un raudal de divinas melodías, de los labios de la Diosa, oí en medio del mas dulce encanto estas celestiales palabras.

Canto XIV

«Hija inmortal del Cielo, nacida de un rayo de luz increada, llegó un momento, allá del mas hondo abismo de la Eternidad, en que mis alas se cernieron sobre el Cáos; mas aun, sobre la nada, i sentí el vértigo i el horror; pero, esto fué rápido como el pensamiento, pues que apénas el calor i la luz de mis pupilas se derramaron como torrentes por las bóvedas del infinito, nació la vida i el movimiento.

«Mortal, he visto nacer los soles del Cáos, así como vos habeis visto nacer las flores en vuestros inmensos campos.

«I así como en todas direcciones se esparcerian por el espacio vuestras flores, si ellas se convirtieran en brillantes mariposas, así he visto millares de millares de excelsos i fúljidos soles derramarse por los campos infinitos, único vaso donde puede caber tan imponderable grandeza.

«He visto al siniestro cáos envolverse en miles de miles de espirales i en seguida abrir su seno para dejar paso a los mundos que nacian a millares.

«El siniestro cáos siempre potente e inagotable, a traves de todas las eternidades del tiempo, siempre es i será océano sin fin de donde cada sol que brota, no es mas que como la gota de agua que se levanta de vuestros mares en alas de algun rayo de vuestra radiante estrella.

«Ví olas i torbellinos de luz tan altas como el firmamento, obedecer humildemente como las olas de vuestros mares a las leyes de la gravitacion, i ví como estas ondas luminosas en

cien mil eternidades de tiempo, ni el mas leve instante asentaban tranquilamente las flamíjeras alas.

«Sentia el estruendo mil i mil veces armónico de toda una creacion, de todo un universo que nacia i desplegaba sus alas por el infinito.

«I los abismos oscuros i lóbregos se convertian en celestes i etéreas rejiones de la luz, de la belleza i de las eternas i divinales armoniias,

«Las leyes sacrosantas, suaves, dulces, inflexibles, poderosas, inquiebrantables i eternas, como sublimes espíritus incorpóreos invisibles i silenciosos, cerniéndose por toda la haz de la creacion.

«I de entre los pliegues del tiempo infinito, nació al fin una aurora anunciando la mañana de un nuevo universo.

«La celestial sinfonía que brotó de los ejes de cada sol, vino a proclamar que este exelso universo que acababa de nacer reposaba en el mas perfecto i sublime de los equilibrios.

«Así, pues, allá en una de las eternidades mas remotas de los tiempos, brilló en toda su plenitud la primera mañana de esta esplendorosa e imponderable joya de los cielos infinitos, que es vuestro universo, i en el cual va engastado, como si fuera un simple diamante, esa antorcha que llamais vuestro Sol i que hace un momento os he permitido ver a la luz de mis pupilas i que habeis creido que por sí solo no cabia en todos los espacios.

«I en esa primera aurora digna de alumbrar el infinito, sumerjida mi mente divina en sublime arrobamiento, yo, diosa vencedora del cáos, lumbrera de las lumbreras de todos los cielos, pulsé la lira inmortal i de entre las áureas i divinales cuerdas brotaron estos acentos:

«Cielos cristalinos; océanos sin fondo ni riberas; estrellas de luz; soles de fuego; he visto rodar vuestras cunas por sobre el siniestro cáos.

«Aves del Paraiso de alíjeras alas; pasad, corred, el tiempo no concluye jamas ni tienen los etéreos campos.

«Astros felices; llevais en vuestro seno ardiente i luminoso los jérmenes inmortales de la vida activa i pensante, que es la gloria de todas las creaciones. Oh, bello Universo! los divinos acentos de mi lira apénas alcanzan a modular el ruido armónico de vuestros ejes inmortales.

«Vais ¡oh,. sublimes Universos! en viaje eterno; i la celeste música de que inmundais todos los abismos, es el coro de voces que va a unirse a miriadas de miriadas de otros universos que, ya desde remotas eternidades llenan de esplendor a otros mas hondos piélagos.

«Salud séres de todos los reinos de la vida universal, a quienes el sacro fuego de los mundos a que vais encadenados, no ha podido purificar aun; el áureo i misterioso grano no fulgura todavía; el área santa inmaculada, no ha abierto aun sus sacratísimas puertas a la divinal jerminacion.

«Palacios refuljentes de luz i de calor suprema, mundos flamíferos, os saludo en aquel momento que ha de brillar a travez de tiempos inconmensurables, en que brisas suaves como aroma divino refresquen el primer pétalo que se despliegue a la luz i a la vida.

«I todos mis cantares, el mas sublime de los himnos que pueda brotar de mi lira inmortal, es para el momento en que resplandezcan aquellas misteriosas i cristalinas pupilas, únicas en que pueden reflejarse todas las luces del cielo».

Canto XV

«Aun repercutian por todos los orbes de este nuevo universo mis cantos divinales, cuando ya habia tendido mis alíjeras alas a otros caóticos abismos.

«I vosotros séres vivientes de este átomo del espacio, libres,

pensantes e intelijentes, desde aquel abismo del tiempo hasta hoi, habeis necesitado que la materia cósmica en poderosa i eterna incandescencia, al fin de miriadas de vuestros siglos, viniera a purificar el jerminal grano en que venia envuelta vuestra misteriosa existencia, para llegar a nacer de este seno materno así como nacen las flores i las mieses allá cuando mas calientan los rayos estivados.

«I luego, habeis necesitado aun de millones de vuestros años para llegar a traves de miriadas de metamórfosis hasta el humilde peldaño de la escala sin fin de la perfeccion a que habeis alcanzado.

«I luego, necesitareis aun, que nuevas eternidades vayan descorriendo el denso velo de los tiempos para que vuestra doble naturaleza llegue ese estado de equilibrio que, hasta los mas exelsos firmamentos, necesitan para su eterna conservacion.

«El lúcido diamante necesita que su estructura material sea perfecta para adquírir la propiedad de destrozar la luz blanca del Sol i transformarla en los siete bellísimos colores del íris. Así nuestro organismo material necesita de la suma perfeccion, la perfecta armonía hasta en su última partícula; que el cerebro cierre las puertas a toda sensacion de dolor físico i no deje otros caminos accesibles a él, que aquellos por donde solo pueden pasar aquellas emociones que simplemente van a risar dulcemente ese antro insondable que llamais el corazon.

«Entónces, i solo entónces, brillará la nebulosa estrella que llevais en vuestra frente.

«I luego, esta es la lei jeneral, la lei universal, la lei de todos los orbes, la lei de todas las creaciones, de todos los universos, i en fin, la lei de la eterna perfeccion.

«Ahora ¡oh feliz mortal! preparaos a contemplar un espectáculo digno de ojos inmortales.

«Yo, con mis dedos de diosa, voi a abrir una de esas flamean-

tes urnas en que van guardadas esas flores del firmamento que llamais estrellas o soles i que hasta hoi habeis creido sordos i mudos a los sublimes encantos de la vida.

«Sí, os voi a presentar el soberano espectáculo de mundos encerrados en urnas de eterno fuego, guardados allí como perlas preciosas i cual encantados paraísos.

I la bella Diosa con sus dedos de rosa abrió las rutilantes puertas de un purpúreo Sol que en ese momento brillaba en el zénit, i ví allí dentro un mundo solitario envuelto en infinita i suave luz i orlada su frente de un manto atmosférico mas diáfano i cristalino que el seno de los diamantes.

I la exelsa Diosa prosiguió:

Canto XVI

«Sí, allí dentro no hai soles ni lunas, ni estrellas que tachonen las eternales bóvedas; la luz viene de todas partes, dulce, suave, tranquila, I si alguna vez, por acaso, se ve como abrirse el cristalino cielo i se ven cruzar flamíjeros rayos de color de oro, es espectáculo sublime que deslumbra, así como deslumbran vuestras polares auroras.

«Allí todo vital aliento es suave como las eternas brisas que corren por estos mundos sin mañana ni tarde, sin crepúsculo i sin noche.

«Aquí el idilio de la vida es sublime, es el cántico perpétuo de la existencia sosegada, tranquila, sin nubes en el cielo ni tampoco en la frente pensadora.

«Oid, hombre de la Tierra, el coro de veces que de este in conmensurable i glorioso mundo se levanta.

«Gloria al sempiterno dia, a la sempiterna luz.

«Gloria a los dulces céfiros, a las cristalinas aguas que corren mansa i eternamente por estos valles siempre floridos.

«Gloria a ese cielo siempre cristalino que nos sirve de eterno fanal i de eterna lumbrera.

«Gloria a la mano que nos da tantos dones, al que nos da tanta paz i sosiego al corazon, al que nos da tanta luz en la frente, al que nos da tan dulces pensamientos, tan modestas ambiciones, tan tranquilo pensar, i sobre todo, al que nos da tanto amor, tantísimo amor.

«Sí, gloria eterna al que nos ha aprisionado con tan deliciosas cadenas que, miéntras mas nos oprimen, mas dulce i mas sublime bienestar nos producen.

«Gloria imperecedera al que nos ha dado este néctar i esta ambrosía, dignas de seres divinales cuyos alcázares nosotros no podemos ni aun vislumbrar allá en las eternales alturas.»

Cesaron las voces que yo creí oir distintamente i la bella Diosa, siempre con sus dedos de rosa, se me figuró verla cerrar con toda suavidad este fanal de infinita grandeza, el cual siguió su eterno camino con una de esas velocidades sin nombre que no pueden tenerla sino los astros del cielo.

Jamas la humana razon podrá comprender tan contrapuestos espectáculos: mundos que llevan en el corazon una perla de infinito esplendor i como adormidas en la mas célica tranquilidad; envueltas en los mas puros alientos de dulces céfiros i de las mas odoríferas i brillantes flores; bordadas de árboles de eternos i sabrosos frutos; aves que cantan como en celestial paraíso i seres pensantes que viven con perfecta calma en el corazon i mucha luz en la mente; i todo ello, todo este edon de perfecta calma, ventura i belleza, guardado en urna de fuego, cuyas ondas flameantes parecen tocar el firmamento i querer devorar el universo.

He aquí un mundo que parece la imájen del esterminio i por

dentro eterna paz, i cielos sin siquiera una nube que los empañe... Pero, infelices, no saben lo que es un cielo estrellado; no conocerán jamas la grandeza ihfinita de la creacion,

Canto XVII

I bien, mortal: ya que vuestras pupilas han tenido la suprema dicha que no han alcanzado otras iguales, de que se halla levantado en su obsequio una punta del velo que la inmensidad de los abismos pone entre vuestro mundo i las esferas siderales, voi ahora a acordaros, por leves momentos, el dón no ménos precioso de que vuestros oidos puedan abrirse a las eternas melodías que se desprenden de todos los orbes.

La Diosa pasando sus dedos de celestial suavidad por mis auditivos órganos, les dió la virtud de oir lo que ningun mortal ha oido jamas; tal es la sinfonía que se desprende de los ejes de diamante de nuestro universo al jirar cadenciosamente en torno de ellos.

I los mil veces mil millones de ardientes soles i de mundos apagados como la Tierra, al jirar sobre sus ejes inmortales, llenaban todos los abismos de melodías divinas, de melodías sublimes elevadas a la mas altísima potencia de la suprema belleza i perfeccion; i mi oido mortal, cual diamantina puerta que por primera vez jiraba en torno de misteriosos desconocidos ejes, abrióse de par en par; i desde ese momento todo mi sér lo sentí alijero como si fuera rayo de purísima luz.

Solo entónces pude comprender las divinales armonías capaces de despertar de su sueño eterno el mismo cáos.

En ese momento creo haber visto a la Diosa tomar todos sus atavíos de divinidad i tenderme sus brazos inmortales para que no muriera de placer.

Las sacrosantas leyes universales salian de cada acento de esta música divinal como el perfume que exalan las flores i lo

envuelven toda en deliciosa atmósfera, embriagando, seduciendo i dejando que el éxtasis se apodere de toda voluntad, fuerza i poder para que todo ceda al dulcísimo amor; cadena misteriosa i divina que ata con hilos de oro i de luz el mundo moral, dejando que todo se mueva en su májica circunferencia en que cada átomo, cada partícula ama el centro como la madre ama al hijo i lo liga a él con lazos de flores de sempiterna duracion.

Así, los jigantes mundos, los titánicos soles, en dulce consorcio van jirando por todos los abismos i llenándolos de sones armoniosos, místicos i como nacidos del pináculo o del nido sagrado de donde salieron todos los rayos que enjendran la vida universal.

I la celestial música seguia embriagando todo mi ser, de modo que, a cada nota creia recorrer como rayo de luz, encantadas rejiones que mi mente no habia soñado jamas.

En medio del supremo éxtasis de mis sentidos, creí ver una flor solitaria i misteriosa de mil veces mil millones de diáfanos pétalos, mas blanca i rosada que todas las auroras que producen los bellos soles al nacer, i me pareció que esta flor seria la reina o la diosa de algun celestial jardin.

La misma celestial música de los orbes, me pareció comprender que decia: «Esa flor es la flor del amor: Ella todo lo puede, a ella todo obedece, todo cede, todo se humilla, todo se doblega».

Mis pupilas tomando su mas fúljido brillo vieron claramente que esa celestial flor era el centro, invisible para ojos mortales, en torno del cual jira todo nuestro universo.

Como por encanto, mis oidos dejaron de percibir el dulcísimo coro de los mundos para dar paso al coro de todos los inspirados lejisladores que mas alto han alzado la voz en los mil veces mil millones de mundos apagados como la Tierra que contiene este luminoso universo.

En mil millones de lenguas, oí claramente este himno o leyen-

da cosmojénica salida de cada orbe de este insondable pié lago.

«En el principio de los principios reinaba la nada, el no ser i la infinita lobroguez; ni aun el ala sombría de la muerte se cernia en esa eternidad, porque la muerte misma aun no habia nacido.

«El silencio de los silencios era lo único que vogaba por esa desolacion sin fin en la que no corria el Tiempo.

«En un instante de aquellas eternidades, un rayo de luz brilló salido de un seno misterioso i la nada dejó de ser: fué el nacer de la vida i de la muerte.

«Un estremecimiento súbito de los infinitos i lóbregos abismos hizo nacer la luz i el calor i con ellos nació la aurora de la vida i el pié del tiempo principió su eterna e inmortal carrera.

«Los abismos se sacudieron horrísonamente entre flamíjeras convulsiones i principió la existencia del horrendo cáos.

«I reinó éste por eternidades, hasta que a la profunda confusion de los elementos sucediéronse serenísimas auroras.

«Al fin rasgáronse las eternales puertas, i del seno informe del hermoso i centellante cáos brotó este mundo grande, hermoso i sublime.

«El Hacedor Supremo, el Ser Único, la Divinidad Suprema, el Increado, el Padre Universal, se gozó en esta obra nacida de su propia voluntad.

«Aquí en esta flor quedó marcado el centro universal, fijó por toda una eternidad, como diamante engastado en los abismos del espacio.

«La mano del Ser Eterno labró esta joya hasta hacer que le sonrieran las mas suaves i bellas luces.

«I fué creado el cielo recamado de estrellas para que todo ello le sirviera de eternal recreo.

«Al fin abriéronse todas las celestiales puertas para dar paso

al Hacedor Supremo que vino a derramar los jérmenes de la vida sobre la haz de esta sublime i excelsa mansion.

«Ábrense todos sus poros i reciben la divina semilla: ruedan en seguida» las mas dulces brisas por todos sus ámbitos, i al resplandor de los mas suaves rayos de luz i calor aparecen las primeras hijas de la vida—las balsámicas flores.

«I mas tarde, aquí i allá, ábrense pupilas que brillan como el fuego, i mas tarde aun, brillan aquellas en que se reflejan todas las estrellas del firmamento.

«I el Hacedor Supremo dió por coronada su obra e hizo que todo el firmamento principiara su eternal carrera en torno de este bello lirio al cual dejó el perfume de su divinidad para que viviera como reina de todos los espacios i creaciones.

«Entre estas divinales voces se oia, en lengua hebráica, aquella del gran lejislador Moises».

Canto XVIII

I la luminosa Divinidad fijando alguna de sus mas brillantes pupilas en las mias, les dió nueva i poderosa virtud. I sin salir del éxtasis embriagador en que estaba sumido, oí de nuevo su voz brillante que me decia:

«Os invito a subir una grada mas de la escala maravillosa de la creacion, pues no estrañeis que os diga que todos los prodijios de esplendor i belleza que han cruzado por vuestra vista, solo es el primer átomo del gran Todo.

«Mortal, mirad ahora hácia todos los vientos de este ardiente universo i fijaos en las miriadas de ventanas que al poder de vuestra vista se van a abrir.

Sí, mirad hácia la Osa Mayor, mirad hácia la Osa Menor, hácia Andrómeda, hácia Orion, hácia Hércules, hácia Sajitario, hácia el Centauro, hácia Argos, hácia la Vírjen, hácia la Lira, hácia la Cruz Austral.....»

¡I qué vieron mis ojos! Ya no un cielo recamado de soles, de estrellas, sistemas i constelaciones sin número, sino que por cada una de esas portentosas ventanas vi otros abismos bordados de nuevos i magníficos universos. Todos los portentos que habian fascinado mis ojos i mi mente ¡todo ello no era mas que el principio de los principios!

Mis ojos, dejando como tras de sí toda la rejion sideral, se lanzaron hácia mas allá, a ese mas allá donde no ha llegado ningun ojo mortal, i vieron otros cielos recamados de nebulosas, pero de nebulosas ardientes, brillantes, infinitas de grandeza, verdaderos universos colocados unos a continuacion de los otros como las simples estrellas, i todo en vertijinoso movimiento, en eterna trasformacion, en eterna creacion de nuevos soles, sin fin, sin término, sin medida posible, sin riberas, sin otro término que el infinito en todo su esplendor.

I luego ¡qué luces tan bellas! Aquel universo color de oro, aquel otro color de la púrpura, de las esmeraldas, de los záfiros, de los rubíes.....

I si mis pupilas en esos momentos no tuvieran algo de la divinal virtud que la bella Diosa les habia comunicado, habrian recibido como saetas mortíferas esos otros colores que el Iris, esconde para siempre i eternamente de la vista humana, esos colores que el hombre presiente su existencia sin verlos jamas. Pero ¡ah! me fué dado verlos brillando en sin número de soles, i nada mas delicioso; pero nada tampoco mas incomprensible e inesplicable a mis sentidos.

I mis ojos doslumbrados acertaron por último a mirar los cielos Magallánicos i vieron ahí nó ya constelaciones de estrellas sino constelaciones de diamantinas nebulosas, rodeadas de espacios infinitos, vacíos como si tuvieran la pretension de ser en medio del insondable espacio una flor única i sin rival en hermosura i grandeza.

Canto XIX

Diosa—«Mis alas, mis alijeras alas ¡oh mortal! son las únicas en toda la creacion que pueden llegar a esas nuevas rejiones de luz que acabais de vislumbrar a traves del manto azul cristalino de este delicioso i jigantesco Universo, al que va eternamente ligado vuestro mundo i vuestro Sol.

«Si, mil veces, mil millones de vuestros años he necesitado para asentar mi pié en cada una de esas inmensas creaciones; para verlas salir del cáos en forma de soles tan bellos, tan refuljentes i colosales como los que habeis podido contemplar en todo su esplendor, mediante la virtud que por un momento he prestado a vuestras débiles pupilas.

«Si, i todavía mas al fondo de esas miriadas de universos que os acabo de mostrar a traves de las cristalinas ventanas de esta magna constelacion, reina aun el cáos en sempiterna elaboracion, para que a su tiempo, despues de miles de eternidades, nuevos soles, nuevas estrellas, nuevas constelaciones, nuevos mundos brillen con esplendores tan nuevos, tan brillantes e inconcebibles para vuestros ojos, que ellos os cegarian para siempre con uno solo de sus rayos.

«Por no heriros de muerte no os muestro una sola de esas centellas que llevo escondidas en mis pupilas i que son las que han de ir a incendiar esos inconcebibles campos donde hoi reina la *nada*.

—«Oid en fin: mi mente divina voltejeaba por todos los abismos buscando la sacratísima rejion de donde nació la luz del primer dia; pero todo inútil, siempre la inmensidad de las inmensidades, sin embargo que mis luminosas alas son alíjeras como el pensamiento.

«En valde me sumerjia en las diáfanas aguas del eterno rio de la vida, a cuyas inmaculadas riberas venia a pasar eterni-

dades de eternidades a contemplar con infinita delicia, o mejor, con todos los delirios de sempiternos goces, correr tan dulce i mansamente esas diamantinas aguas, de las cuales cada gota era suficiente para alimentar de eterna vida al mundo mas espléndido de la creacion.

«Mis divinas pupilas con trabajo podian soportar la clarísima luz de esas ondas del rio de la vida. I todavía mi celestial mente, la mas clara que han visto nacer los vastos e inmaculados cielos, sentíale anublarse ante la suprema grandeza de las maravillas que iban envueltas en sus ondas luminosas.

«Por allí corrian sin cesar todos los secretos i misterios de la creacion; pero jamas un rayo de la luz que alumbró el primer dia.

«Pero he ahí que un momento de allá de lo mas remoto de los tiempos, un vértigo,o un sueño letárjico se apoderó de todo mi sér, i en medio de deleites infinitos tuve una sublime vision.

Canto XX

Oid:

«He visto brillar en toda su plenitud mas orbes que gotas de rocío brotan en vuestras noches i, sin embargo, no han visto mis divinas pupilas nada semejante en soberano esplendor i belleza que el espectáculo que en ese letárjico ensueño embargó de deleite infinito todo mi sér, La creacion entera ya no estaba descompuesta en millares de millares de firmamentos, sino que todos formaban un solo i cristalino globo.

«Pero yo que con mi refuljente mirada puedo abarcar en toda su omnipotente grandeza vuestro universo, sentí que las miriadas de miriadas de cristalinas pupilas que resplandecen en mis potentes alíjeras alas, que envian luz a todos los soles, eran impotentes para envolver a este infinito.

«La sublime ilusion o la realidad me dicen que he viajado muchas eternidades en torno de este límpido globo con la

rapidez con que vuestro pensamiento puede recorrer los sublimes espacios i, sin embargo, todo era como avanzar lo que podrian recorrer vuestras aladas mariposas si quisieran llegar hasta el radiante Sol.

«Pero, mediante un poder que no conozco, sobre divinal, sentí que las virtudes de mi vision se centuplicaban hasta el infinito, i allí, dentro de la radiante i límpida esfera, se me mostraban como salidas del seno del éter mas purísimo, resplandeciendo millones de millones de veces mas que vuestras piedras preciosas, los jérmenes de la vida universal, bajo las formas mas inconcebibles, mas bellas i mas graciosas.

Pero, todo aun, en el eterno silencio i en la sempiterna inmovilidad del no sér; de ese no sér que es un infinito de veces mas silencioso, mas tétrico i mas inmutable que lo que vosotros llamais la muerte.

«De donde se desprendió una centella que vino a incendiar todo este infinito i á convertirlo en el éter impalpable elevado a todas las miradas de color de la naturaleza ¡no lo sé!

Canto XXI

La Diosa, al finalizar este cántico divino que salió de sus labios i como embebida en las delicias de la mas suprema felicidad, reberberaba a mis ojos, mas que las cristalinas Pléyades en serena noche; i yo, próximo al deliquio, sentí repentinamente inundarse todo mi sér de dulcísima calma, pues algun rayo de la mas alba i pura luz de la celestial frente de la Diosa debió bajar hasta el misterioso palacio en que reside el débil corazon humano.

I oí de nuevo su virjinal voz con el mismo encanto con que las flores deben percibir los dulces secretos que al oido los susurran los blandos i matinales céfiros al pasar.

Sí, oí de nuevo su voz como un raudal de celestes melodías,

que han quedado de tal manera grabados en mi mente, que hoi es mi eterna delicia estasiarme en su recuerdo. I la celeste Divinidad al hablar de nuevo, i al bajar su frente hácia mí, sentí como si fuera el Sol mismo el que se inclinaba para hacerme invulnerable a los desfallecimientos hijos de los supremos deleites.

I de sus labios divinos brotaron estas palabras:

Canto XXII

«Débil creatura, aun no habia concluido mi letárjico ensueño i oí ¡oh qué infinita delicia me trae el recuerdo de aquel momento! oí lo mas excelso que puede encantar i aun hacer morir a una divinidad. Sí mortal, así como a vos se os hace sensible la música del ave que a la hora matinal canta en vuestra ventana, así tan sensible es a mis divinos oidos el tremendo i sublime concierto de este universo que pisamos al rodar de los soles en sus ejes i órbitas impalpables; i sin embargo, tan divinal música en medio de aquella excelsa melodía de que os hablo, solo habria sído como nota perdida i discordante, como el ruido de una gota de agua en medio del estruendo de una catarata.

«I no obstante, este infinito, este océano inagotable de armonías que entraba por mis oidos, por obra de no sé que maravillosa virtud, solo me hacia el efecto de una voz que repercutia por todos los abismos i que en ese momento despertaba o nacian del seno misterioso del reino del no ser.

«I esta voz que hacia estremecerse por primera vez los insondables abismos, era tan clara para mi mente, como es el rayo de luz para la pupila que despierta a la primera alborada del dia,

«Oid, pues, débil creatura lo que por una eternidad ha quedado grabado en mi clarísima mente.

«¡Delicia de las delicias!

«Sempiterna felicidad! Embriagadora existencia! Dulces eternidades que no correis, gloria inmaculada que jamas tuvisteis ni tendreis una mancha.

«Virtudes excelsas! Belleza infinita! Libre albedrío! Poder omnímodo! Amor sin fin! Todas son flores de mi divinal diadema.

«Mi pedestal es la nada, mi cielo es la nada, i los abismos de la nada en todas partes en todas direcciones i yo el abismo inagotable e infinito que todo lo posee.

«¿Quiero cielos resplandecientes como las luces de mi frente inmortal, mas vastos que el infinito mismo? Todo quedará hecho instantáneamente? Quiero un pedestal? Fabricaré tantos tesoros de deslumbradora hermosura que lleven luz i alegría hasta los mas recónditos i lóbregos vacíos? Quiero hundirme en mas esplendores aun? No tengo mas que ajitar mi excelsa diadema para ahogarlo todo en luces inmortales.

«Si, soi la imájen i a la vez el espejo en que eternamente me estasio en la mas dulce contemplacion. Todo es Yo i Yo soi todo. Mi pedestal i mis cielos son los antros de la nada, en todas partes, i Yo, el abismo inagotable, infinito que todo lo posee i en que todo se resume.

«La eterna gloria, la sempiterna gloria soi Yo tambien i ella nace de mí. Todo lo bello, lo grande, lo inconmensurable, todas las inmaculadas luces i armonías, toda obra, todo pensamiento, toda voluntad, toda sensibilidad, toda intelijencia, toda razon, toda verdad, todo deleite sin medida, todo, todo irradia de mi i Yo me complazco i me deleito hasta el infinito en esta estática vision de mí mismo.

«Abrid, pues, vuestro seno, pavorosos antros, sin centro ni medida, i recibid el jérmen sacrosanto que os inundará hasta el último i mas recóndito abismo de luz i de vida. Sed mi cielo i mi pedestal i esperad que esta palabra mia fructifique en las

eternidades del Tiempo, cuyas ruedas principiarán desde luego a jirar por todo un infinito.

I vos Amor, esencia la mas inmaculada de mi divinidad, destilad una sola gota sobre todo los lóbregos antros del no ser para que la obra salida de mi excelsa voluntad sea eterna como Yo; sí, una gota de mi divino amor, para que las supremas armonías sean tan dulces que, de todas partes nazca la vida en medio de la mas suave tranquilidad i se realice así el mas inefable don a que es posible levantar cada átomo de los abismos de la nada.

I vos Tiempo, principiad vuestro eternal camino, i con vos toda esa nada que se levantará en forma de tumultuoso cáos, de donde al fin brotarán todas las maravillas que solo a mi divina mente cabe el comprenderlos.

«I vos Destino, principiad vuestra inflexible i eternal mision, para que todo se cumpla segun mi indeleble voluntad.

«I vos Lei Inmutable, estended vuestras alas inmortales, i que las rejiones i cuanto encierran sus entrañas, se doblegue blanda i dulcemente a vuestro mandato, i principie con vos el eterno cántico i las eternas armonías de la sustancia recien levantada a la altura inmarcesible de la vida.

«I Yo, envuelto en la infinidad de mi gloria, contemplaré absorto la obra salida de mi divina mente i de mi inmutable voluntad».

Canto XXIII

La eternal melodía, mas dulce que el cántico diario de todos los cielos, pareció a mis oidos como si se hubiera desvanecido poco a poco en los gloriosos espacios por donde iba siempre a rodar la mas sublime de las maravillas—la vida universal.

¿Qué sentí despues? Algo así como el rumor de infinitos millones de celestiales arpas, cuyas vibrantes cuerdas fueran ajitadas por etéreas brisas.

Era el sagrado rio de la vida que, desde ese momento con aguas mas claras i etéreas que la luz misma, se deslizaba hácia todas partes i hasta tocar las riberas de todos los infinitos.

Sí, el rio mismo del agua de la vida, saliendo de la sacra e increada fuente i deslizándose desde la máxima altura, desde la cúspide de las empíreas mansiones por los abismos misteriosos que iban a cubrirse de deslumbrantes maravillas.

Considerad de qué sublimes delicias quedaria poseido mi sér inmortal, al sentir correr estas aguas que iban a despertar a la nada i levantarla a la altura de la vida, de la felicidad, de la alegría, de la luz i del amor!

Sí, considerad que estas divinas aguas llevaban en cada uno de sus átomos la vida o el jérmen de la existencia, a cada orbe que mas tarde, en la eternidad del tiempo, iban a brillar como faros inmortales de las etéreas bóvedas.

I oí tambien las notas solemnes de la rueda del Tiempo; i sentí, aun en medio del letárjico ensueño en que estaba sumerjido todo mi sér inmortal, como si todas las auroras del nacimiento de tantas miriadas de mundos i constelaciones que he visto nacer, hubieran roto los hilos impalpables que los unian a la eternidad, para desde ese momento, someterse a la lei inexorable de este nuevo dios que iba a marcar el pasado, el presente i el futuro.

Luego oí el estremecimiento de todos los espacios que principiaban el sublime instante de la vida, en medio del fragor de tantos infinitos que abrian por primera vez la májica i encendida pupila a la vision del sér i de la existencia.

Tambien sentí como el seno estrepitoso del cáos arrojó por siempre el sudario de la inercia i apareció su cabeza en forma de la bóveda de todos los cielos que iban a irradiar como pedestal del Ser Increado.

I los divinos resplandores de misteriosa luz se cernieron sobre el abismo, i las melodías inefables que llenaron la inmen-

sidad de las inmensidades, era el primer compas que marcaba el tiempo al principiar su eternal camino.

Las serenísimas rejiones reverberaban como sempiternos faros de luces increadas, i arrojaban desde este infinito de los infinitos, ese rio de la vida cuya contemplacion me sumerjió mas i mas en mi dulcísimo ensueño.

¡Oh felicidad sin nombre! ¡Oh delicia de las delicias! Tal fué lo que sentí al creerme recostada a las orillas encantadoras de estas vivificantes aguas que allá en el principio de los principios, ántes que el Tiempo naciera, era todavía un manantial tranquilo sumerjido en el Sér Único e Inmaculado.

El éter mas puro de los clarísimos firmamentos no es tan límpido ni tan trasparente como las aguas de este rio de la vida. Allí la luz de la mas plácida de las estrellas habria sido una mancha oscura; la luz primitiva, la luz increada, solo divinos ojos pueden contemplarla sin morir de placer.

¡I pensar que cada gota de esta agua divinal llevaba el jérmen de toda vida a cada mundo o sol que mas tarde habian de rodar en número sin fin por los insondables espacios!

Cada átomo de esta sustancia creadora en que brillaban mas que mil luceros las nobilísimas virtudes que llevaban en su albo seno, al rodar hácia las profundas rejiones del no sér, formaban esa célica música que solo las divinas arpas pueden imitar.

I he creido oir en mi dulcísimo ensueño ¡Oh mortal! cantares elevados a tan sublime grado de poder i grandeza, cual si fuera la sacra trompeta que anuncia el despertar a todos los vacíos que hai bajo las bóvedas del infinito.

I de en medio de tan inconcebibles armonías, me pareció oir estos acentos que bajaban de la excelsa i gloriosa cumbre:

«Felicidad mia, amor mio, claridad de un solo rayo de mi divinidad, átomos de la esencia mia, átomos de mi inmortalidad, de mi grandeza infinita, de mi bondad, de mis virtudes excelsas,

de mi poder infinito, de mi clemencia infinita, de mi belleza sublime, de mi intelijencia sin límites, de mi voluntad omnipotente.....
id i sumerjios en todos los abismos, atravesad todos los tiempos, todas las eternidades i que sea el primer instante del movimiento, del calor, de los crepúsculos i de la vida».

Canto XXIV

Diosa.— «En ese instante sentí que la horrible soledad se estremecia hasta en su última fibra i que nacía en ese momento la primera centella de la vida universal, llenando las eternales bóvedas con las dulcísimas melodías que brotaban de este misterioso seno, de donde iban a surjir las brillantes i luminosas creaciones.

«Tambien vi en ese instante, mil veces supremo, en que la lei de la vida fué lanzada a todos los antros de la nada, que tambien fué el primer momento de las celestes i divinales creaciones; pues, de la mas blanca i reverberante luz que, como océano sin riberas bordaban de eterna claridad las espíreas mansiones, vi que de cada partícula de esa luz purísima i sin semejante, salia una celeste flor, una divinidad de formas tan bellas, encantadoras, sublimes, arrobadoras, que la vista mia fué ofuscada de tanta riqueza de formas, de luces i de gracias.

«Vi las empíreas arpas, cual astros flamíjeros, rodar por entre los dedos de estas divinidades nacidas del seno de la mas alba luz, i oí brotar de las luminosas cuerdas el primer cántico de los cielos. I cada nota parecia llenar todos los espacios al subir vibrantes hasta los cielos de la Eterna Beatitud.

«¡Oh, con qué delicia recuerdo la solemne melodía de cada acento al celebrar el nacimiento del primer dia!

«Oid, pues, mortal querido, el primer himno de estos celestes númenes: oid el primer canto a la primera alborada de la existencia universal en los eternales verjeles del celeste Paraíso: oid el canto de las celestes flores.

«¿De dónde venimos? Quiénes somos? Quién nos levanta del no sér? Quién nos da este sentimiento de nosotros mismos? Somos algo? De donde venimos i a dondo vamos?

Ah! Sí, ya comprendemos: somos rayos de divina luz. Nuestra madre es aquel piélago de albísima claridad que se cierne por los mas encumbrados cielos. Somos las primeras flores del Empíreo.

«Qué purísima belleza es la nuestra! Qué dulcísima es nuestra voz! Qué celajes tan deliciosos orlan nuestra frente! Qué pupilas tan serenísimas i rutilantes! Qué celajes luminosos tan suaves i bellos nos circundan! Qué balsámicas esencias se desprenden de todo nuestro sér! Qué ambrosía tan dulce es la que llevamos en nuestros labios! Qué nectar tan embriagador es el que libamos en las etéreas copas! Qué númen tan poderoso nos alumbra! Qué sentimientos tan puros i cuanto amor! Oh felicidad suprema, la del amor! Oh, el mas celestial de los alimentos, decidnos donde está el que os ha dado la virtud de hacernos tan felices?

¡Oh Tiempo! Pero ¿qué palabra es ésta que se nos escapa? Qué es el Tiempo?

Pero, si es ese algo que cruza por nuestra clarísima mente, ese algo que no comprendemos bien, ese algo que hace que el presente se deslice i se escape de nuestro sér, entónces, os decimos—deteneos, deteneos—no os vais, no nos arrastreis a otros momentos; si, quedaos eternamente en este presente donde nos alimenta el amor, este amor, único *don* que puede

hacer que la eternidad de las eternidades nos sea igual al presente, a este dulcísimo presente.

¿I el amor de los amores, donde está para adorarlo? Ah! debe estar mas allá de esos celajes de nítidas luces en las que el ojo podría estasiarse por una eternidad: tan bellos son!

«Allí nuestras purísimas luces serian como oscuras manchas, Ah! qué maravillosa claridad! Qué inmensidad de gloria debe rodear al que tiene por pedestal tan infinita claridad!

«Cómo tiemblan las divinas arpas entre nuestros dedos al solo pensamiento de que ese sublime pabellon pueda abrirse aun que sea por un momento!!

.....

«I vi millones i trillones de estas celestes flores, de estas divinidades mas relucientes que las brillantes estrellas, como heridas por el rayo, perder sus inmaculadas luces i rodar de sus manos las divinas arpas.

«I oí esta esclamacion que rodó por todos los cielos:

«Ah, El divino Padre del Amor!»

«En ese momento salí de mi letárjico ensueño:

«¿Será esta mística vision la realidad del primer dia?»

TERCERA PARTE

Canto XXV

Aquí la Diosa hizo una pausa i yo como, saliendo de dulce letargo, pude fijarme en los millones de pupilas de que parecia cubierto su manto de luz i como fijas en algo mas allá de todo, i fué entónces que pude modular esta frase:

«¡Oh Diosa! me habeis sumerjido en un abismo de felicidad

i sin embargo creo que aun no ha salido de vuestros labios el cántico de los cánticos.

Diosa.—«Oid, pues, lo que a ningun sèr de la creacion he revelado aun:

«Fué en un instante de allá de la mas profunda eternidad, cuando al brillar los últimos soles que iban a engastarse en uno de los mas bellos universos que brotaba de los etéreos espacios, de repente se apagó la luz de tan infinitos soles; pero así como acá en vuestro mundo se apaga la luz de la aurora en el seno de los rayos del Sol naciente. I yo luz de la luz, fuí a la vez una sombra tan pálida como la noche.

«I de allá, de mui allá, de mas allá de todo, venia la luz que eclipsaba a la luz misma, a la que derrama de su seno todos los resplandores de que se alimentan los inmortales universos.

«Sí, de mas allá de todo, de allá a donde no habia ido jamas a batir mis alas, allá donde hai vértigo aun para la Diosa que ha voltejeado por sobre todos los antros de la creacion; sí, desde ese allá, digo, irradiaba esa divinal luz, uno solo de cuyos átomos habria bastado para alumbrar todos los orbes.

«¿I que fué lo que vieron mis radiantes ojos al penetrar en esos abismos de inmaculada claridad?

«Mortal: levantad vuestra mente de entre el sucio polvo i oidme:

«Yo, la Diosa de la luz que, como veis en este momento, hago de vuestra negra mansion una diáfana perla, a traves de la cual se ven las estrellas ya ocultas por el horizonte; yo, que le he dado luz a todos los astros que brillan en este firmamento; yo, que hago que hasta las burdas piedras tengan el brillo de los límpidos diamantes; yo, que con la punta de mis alas encendí la luz inmensa de vuestro claro Sol; yo, que derramo mi luz por todos los orbes creados i que aun tendré que dárselas a otros orbes que, a todos los instantes del tiempo están naciendo, ni mas ni ménos que como nacen las flores en vues-

tros jardines; yo, que en este momento inundo vuestro globo de tan clarísima luz como jamas habian contemplado vuestros ojos i que, para hacer que no murais he necesitado guardar profundamente en mi seno todos aquellos resplandores con que he encendido todos los astros del cielo; yo, Diosa de la luz, os digo en fin, que al hundir mis pupilas luminosas en aquellos abismos de divina claridad, la Vision Beatífica que cual celeste miraje se presentó a mis ojos, me envolvió entre sus ondas luminosas como los rayos de vuestro Sol envuelven los átomos de polvo. Sí, desde ese momento sentí la nada en todo mi sér, así como la sentirá la chispa de rocío que nace con la aurora de los mundos i que al contacto de los rayos de algun Sol, se desvanece i se pierde en el hondo seno del éter impalpable.

«Sí, yo, Diosa de la luz, que me bastaria cerrar mis inmaculadas pupilas para que todos los orbes apagaran sus luces, solo pude contemplar aquella Vision gloriosa por un instante, rápida como el latir de mis alas cuando voi de un mundo a otro; i, sin embargo, bastó ese instante para cegarme i sentir por todo mi sér inmortal correr el ambiente de la nada.

«Ahora ¡Oh mortal! oid, pues, el cántico de los cánticos; oid lo que ví en ese fúljido i alijero instante i que, a deciros verdad, aun no habia fulgurado en el firmamento la primera mañana de vuestro universo estelario, entre cuyos pliegues vuestro Sol es ménos que una piedra preciosa i vuestra Tierra el polvo que encuentro en mi camino».

Desde ese momento la voz de la Diosa fué para mí un raudal de melodías como nacidas de millares de divinales liras pulsadas por manos inmortales, i principió el éxtasis en que me sumerjí, pues las sublimes notas llegaban a mis oidos tan dulces i misteriosamente como el ruido que debe hacer el beso de amor que las lindas flores se envian unas a otras.

He aquí lo que en caractéres de luces inmortales se grabó en mi mente,

Canto XXVI

Diosa.—«Mortal: yo, la Diosa de la luz, víme sumerjida en olas flamíjeras de luces mas claras, mas ardientes, mas bellas, mas deslumbrantes que aquellas que derraman mis ojos para dar vida a todos los mundos i constelaciones. Pero estas ondas infinitas de dulcísima luz no eran sino las mensajeras que precedieron al Sol de los Soles.

«Vi en seguida que estos abismos infinitos de luz se desvanecian de la misma manera que nuestras matinales auroras se desvanecen a la llegada del astro rei que trae la luz poderosa del dia.

«I luego sentí caer en mi frente el primer rayo de la Aurora increada, de la Aurora divina, de la Aurora de la vida universal, de la Aurora de las Auroras, i perdí por completo la luz de mis clarísimas pupilas i la conciencia de mi inmortalidad.

«I desde ese momento, me sentí mas desfallecida que vos lo estais en este momento.

«Lo que vi despues como a traves de millares de cristalinas esferas, es el encanto de los encantos de mi inmortal existencia.

«Vi abrirse los misteriosos arcanos del infinito i lanzar torbellinos de luces de miles de miles de fúljidos matices, como aun mis ojos de Diosa no habian visto jamas.

«Vi que todos los infinitos quedaban iluminados como jamas podrá estarlo el mas brillante de los universos creados.

«I solo entónces apareció ante mi infinita pequeñez, ante mi infinita nada, el Infinito de los Infinitos, el *Todo* i el *Unico*.

«¿Esperais ahora, débil mortal, que os diga cual era aquella fisonomía? Esperais que os diga que hai en alguna estrella algun sér que le sea semejante?

«Oid: vi sus ojos i creí verlos a millares; miré sus pupilas i creí ver mas luz en cada una que en un millon de firmamentos;

miré su frente, i no sé si todos los cielos juntos son mas vastos i mas límpidos.

«Mis ávidas miradas quisieron abarcar toda la gloriosa Vision, así como podia abarcar con ellos todos los orbes, pero mi vista fué impotente para ello, por que los orbes, las creaciones en su imponderable grandeza, eran pequeños todos juntos ante la sublime Vision.

«Mortal: poneos la mano en vuestro corazon i ántes que haya latido dos veces, yo puedo llegar desde este mundo hasta la pálida antorcha que alumbra vuestras noches. Aquella brillante mariposa que atraviesa vuestro jardin, emplea mas tiempo en ir a libar la miel que está ahí mas al fondo, que yo en ir hasta el Sol mismo.

«I sin embargo, hace millares, millones, trillones..... de vuestros años i de vuestros siglos que cruzo los espacios, sin divisar jamas las rocas de diamante en que se encierra este océano sin fin que se llama el espacio.

«I no obstante ¡Oh mortal! al abrir mis ojos i ponerlos en la sublime Vision, vi que todo aquello no era mas que el lóbrego fondo de los abismos, por encima de los cuales i a una aterradora distancia, a donde serian impotentes mis alas para ir, están los celestes, eternos i divinos campos de lo ideal i de lo incomprensible.

«Las miriadas de deslumbradoras estrellas de acá abajo, vienen a ser como las arenas que hai en el fondo de vuestros mares, i arriba, mui arrriba, en lo inconmensurable, en lo infinito, la superficie de las divinas i celestes aguas de la vida.

«La eternal Vision no tenia forma comprensible, ni aun para mis ojos inmortales, i sin embargo, al posarse mis pupilas en ella, sentí el deleite de los deleites, la felicidad de las felicidades, el placer de los placeres, el arrobamiento infinito, sublime, todo el que cabe o puede soportar un sér inmortal.

«Todos los jardines siderales, todo cuanto los soles mas

bellos i mas magníficos alumbran de mas hermoso, de mas incomprensiblemente hermoso, todas las maravillas que habian pasado por mi vista en mi eterna existencia ¡ah, cuan nada eran!

«Allí, en aquella fisonomía, vi reflejados los capullos en que nacieron el Tiempo i el Cáos, i las auroras en que se mecieron la Belleza, el Bien i la Verdad, i tambien los albores en cuyo seno se albergaron el Amor i la Esperanza.

«Vi tambien reflejarse la imájen del rayo de *luz increada*, de cuyo albo seno brotaron las dos flores mas excelsas: la Luz i la Vida, entre cuyos divinos pétalos figura el de la luz de la razon i de la Intelijencia.

«Vi tambien reflejarse el nido de flores en que nació el Destino, i la perla en que van guardadas las leyes Universales.

«Pero ¡oh portento de los portentos! Vi, en fin, en aquella ideal frente, mas clara que todas las cristalinas esferas, reflejar en olla, a manera de divina corona de laurel, la imájen de todos los universos que encierra la creacion, engastados cada uno de ellos en deliciosas flores entrelazadas unas con otras.

«La flor que representaba vuestro sideral sistema, lo recuerdo bien, aun no brillaba en el firmamento, pero estaba ahí, i si no era la mas bella flor, sin embargo, a mis ojos de Diosa de la Luz, era una ideal belleza, una de cuyos infinitos pétalos era vuestro Sol: si, sus cien mil millones de pétalos blancos, verdes, azules, amarillos, rojos..... representaban con el mas deslumbrante esplendor, este espléndido universo de cien mil millones de soles.

«Allí estaba la roja i magnífica Aldebaran: allí estaba la blanca i cristalina Sirio, que desde aquí se le ve fulgurar como la mas rica luz del cielo; allí estaban esos soles magníficos llamados acá en la Tierra, Estrella Polar, Arcturo, Riguel, Procion, Vega, Antares, Régulo, Centauro, Canopo.....

«Allí lucian tambien esas miriadas de soles jemelos, ostentando todos los deliciosos matices de la banda espectral, i mi-

les i millones de otros mas bellos, mas deslumbrantes i mas incandecentes, que para vuestras imperfectas pupilas son invisibles, pero a cuyo lado el sol que os da el luminoso dia apagaría sus luces.

«I así, entrelazadas unas con otras, ví miles de miles de otras flores en la sacra frente, en cada una de las cuales iba la imájen de otros tantos cielos, a cual de todos mas deslumbradores.

«Pero ¡oh la mayor de las bellezas! Sobre este laurel de divinas flores, i como si éstas no fueran sino límpidas perlas, se destacaba cual ramillete de fúljidos diamantes, la flor de cuyo cáliz nace el sagrado, el inagotable i el eterno rio de la vida universal.

«Desde esa cumbre excelsa, que es el pebetero divino de donde se exalan todas las virtudes jerminatorias que vivifican en el templo universal la flor mas graciosa, la hija unijénita del consorcio de todos los elementos del Universo material; de esa cumbre excelsa, nace esa armonía de las armonías, esa nota tan mística que se guarda en una urna de la esencia mas pura de la luz increada i cuya cerradurra no hai sino una celestial i omnipotente mano que pueda abrirla i ver sin morir el misterio de los misterios—cual es, el secreto de la Vida.

Canto XXVI

«Oh mortal! yo, colocada en el pináculo de los mundos; yo, una de las perlas mas diáfanas de todas las creaciones; yo, una de las flores mas deliciosas de todos las jardines celestiales; yo, la Diosa de la alegría i del júbilo universal; yo, Diosa inmortal, os invito a levantar la frente, pues, os digo que ante el secreto para el cual no hai mas llave que aquella que vi colgada de la cintura de luz del Sol de los Soles, somos iguales, somos igualmente ignorantes: si, este es el eternal misterio, ante el cual todo otro es como si fuera alumbrado por clara luz.

«Si, de esa flor mil veces maravillosa, sin igual, i en cuya deliciosa belleza, aun las flores que llevan en su corola los orbes siderales, apagan su divinal brillo; si, de esa mística flor se desprende ese rio de la Vida en ondas mas refuljentes, mas suaves i dulces que las luces de losmil májicos colores que nacen de mi seno inmaculado i vana derramarse en el piélago a cuyas riberas ni aun el rayo de mis pupilas habia llegado ni creido que llegara jamas.

«I esta divina esencia, al apoderarse del tremendo cáos, lo impregna de todas sus virtudes maravillosas i principia la jerminacion, marchando silenciosamente por los mas inescrutables i misteriosos laberintos, hasta que hai un mundo que se estremece de placer i principia la mañana de su existencia,

«Si, he visto el primer estremecimiento de los soles mas bellos que han nacido del cáos, para principiar su eternal carrera, i los he podido contemplar con ojo tranquilo; pero, al primer movimiento espontáneo i libre, aun del infusorio cuyo universo es una gota de agua, me he sentido hundida en abismos de estupor i de solemne admiracion.

«¿I cuál habrá sido ese estupor i admiracion cuando la flor que jermina es el sér pensante, libre i perfectiblo?

«Ah! que maravilla de los estrellados cielos se puede comparar con esa aurora de la vida de los seres, al abrirse por primera vez esas misteriosas puertas por donde entra a raudales la sávia del mundo esterior; i, sobre todo, cuando se abren por primera vez esas cristalinas ventanas, que llamais pupilas, por donde penetra el mayor encanto de la vida, que es la luz.

«I luego ¿qué abismos hai en los espacios tan lóbregos como aquel que el primer rayo de luz tiene que cruzar para ir a abrir la corola de esa flor de las flores que se llama la conciencia de los seres?

«I en fin, en aquella divinal frente, a traves de todas las eternidades del tiempo, se dibujaban las auroras mas frescas i son-

rientes de la juventud; las flores de las infinitas i misteriosas creaciones, todas juntas, no podrian formar una primavera mas deliciosa i de mas virjinal dulzura.

«Alli estaba floreciente como en la primera mañana, la eternal juventud, pues que esa misma frente es la misma luz increada, sin pasado ni futuro; es la hoja verde de un sempiterno presente.

«Jamas, eternamente jamas, cruzaron por aquella frente otra cosa que divinales sonrisas de infinita complacencia; para que se sombreara, seria necesario que en algun momento de la eternidad de los tiempos, aun el mas vil grano de polvo dejara alguna vez de rodar armónicamente en sus inmortales quicios.

«I como si aun fuera posible mas infinita belleza en esa faz deliciosa, a medida que mis pupilas se estasiaban mas i mas en ese piélago de hermosura, creí ver que brotaba aun mas luz, pues, entre matices nunca soñados por divina mente, vi: oid ¡oh mortal! al lado de la flor incomprensible de la vida, otra igualmente bella o infinitamente mas bella, no lo sé; vi otra flor en cuyo cáliz se encerraba el misterioso Destino, o el pavoroso Destino, como vosotros débiles mortales le llamais.

«Pero, oid por boca de una divinidad: el misterioso e inescrutable Destino, está encerrado en el cáliz de una flor de beldad sublime, i ahí dentro, los destinos universales escritos con flores de tan celestial fragancia i de tan incomparable suavidad de divinas tintas que yo, que he dado el perfume i los mas bellos matices a las flores mas bellas de todos los orbes, me estasié en su contemplacion; i aunque para mi sér inmortal eran aquellos caractéres indecifrables, llegaba hasta mi frente un soplo de embriagador aliento, de clemencia eterna de infinita ventura i de inmortal esperanza.

«Sí, desde ese momento tengo plena conciencia de mi dicha sin fin, porque el mas delirante deseo de mi divinal esencia, es una realidad que ya se está cumpliendo, que ya es mi pasado,

mi presente i mi futuro; i en fin, que ya es la realizacion de amor de los amores sin medida i sin mancha.

«Sí, mortal, a nadie le es dable descifrar esos caractéres del libro del Destino; pero un libro de donde se desprenden raudales de tan balsámicas esencias de amor i esperanza, no deberá consignar una sola lei en que no brille la bondad, la clemencia i el amor infinito.

«Sí, aun a vosotros, hijos mortales de este átomo de polvo, os llega ese hálito de amor i esperanza, pobres crisálidas, que tan léjos está aun el rayo de Sol que alumbrará aquella feliz primavera en que os convertireis en seres alados de sublime pureza; i eso lo presentis vosotros, pues, cada vez que llega su fragancia hasta golpear en vuestro corazon, os sentís renacer a la vida de inmortales goces.

«Sí, ningun Sol querria alumbrar con tan clara i brillante luz a los seres vivientes que están derramados por todos los ámbitos de la creacion, de los infinitos i gloriosos firmamentos, si no brillara en la frente de cada sideral familia la hoja eternamente verde de la esperanza.

«Sí, los destinos universales que van grabados en la ánfora mas bella de la creacion, no pueden haber sido trazados sus caractéres sino con los dedos de rosa del divino amor.

Canto XXVII

«Yo, Diosa de la luz, madre de todas las auroras celestiales, al sentir que la Vision Divina posaba en mí la omnipotente mirada i como desprendida de una rejion mas alta que todos los cielos que yo conozco; de una rejion que está mas allá que todo, a donde nada i nadie puede alcanzar, rejion de purísima gloria, donde los astros mas luminosos serian granos de polvo; desde esa rejion, digo, ví venir esa ola poderosa, esa catarata de altura infinita que con la rapidez que solo puede tener el

pensamiento, llegó desde aquellas pupilas deliciosas, resúmen de todas las maravillas creadas e increadas, hasta tocar mi frente, i como la ola que se recoje, así la catarata de luz primitiva me llevó en sus alas con la rapidez que nunca concebí, tal, que me hizo caer en el éxtasis de los infinitos goces, de todos los goces que se pueden crear para una divinidad.

«¿Qué espacios recorrí?

«Lo único que sé es que mis poderosas alas que cruzan esos abismos de los abismos que separan vuestra Vía-Láctea de las nebulosas—universos llamados Magallánicos, Osa, Centauro, Orion, Hércules, Andrómeda.... habrian sido impotentes para atravesar el puente infinito que separa los orbes materiales de las encantadas i divinas mansiones de la luz increada.

«¡Oh qué bello despertar tan magnífico i sublime!

«I repercutió por todas las cristalinas esferas el himno que se desprendió de mis labios. Oid:

«¡Oh templo de la Belleza, de la Verdad i del Bien!

«¡Oh templo infinito de la Divinidad Increada!

«¡Oh mansion sublime e incomparable, que los astros mas ricos i maravillosos no son dignos de adornaros!

««¡Oh celestes campos que no teneis horizontes ni cielos porque sois infinitos i sois el cielo mismo!

«¡Oh mansion de las eternales auroras de la vida, qué feliz fuera el mas bello de los universos creados si mereciera ser una flor de vuestros elíseos jardines!

«¡Oh sublime Infinito, no es una palabra vana vuestro nombre, pues solo el Infinito de los Infinitos conoce vuestras riberas!

«¡Oh bendito seais, campos de sempiterna salud i ventura!

«¡Oh, acabad de despertar divinas e inmortales pupilas mias, para que os embriagueis e inundeis de esta casta luz increada!

«Sí, ya principia a ser mi vista límpida como el cielo, como la luz misma.

«Sí, ya se desbordan ante mis ojos todos los divinos tesoros.

«Sí, desde luego distingo que estoi sentada en un trono que se mece sobre todos los cielos i firmamentos.

«Si, veo a mis piés todas aquellas creaciones tan grandiosas i bellas que forman los encantadores campos siderales.

«Si, veo que cada sol aislado, aun el mas portentoso, no serian en estos elíseos jardines sino perlas perdidas entre las frondosas flores de estos divinos campos.

«Si, ya veo que cada flór va a ocultar su divinal copa allá en el seno mismo de la divinidad.

«Si, todo aquí es lo infinitamente bello i lo infinitamente grande.

«Si, todo aquí es de la esencia increada, todo aquí habla, todo aquí es una aurora, todo aquí es la última i primera evolucion de la vida de allá abajo, de allá de los abismos estrellados.

«Si, ¡oh portento de los portentos! reconozco en vosotros, seres ideales de belleza, la imájen de aquellos otros seres vivientes de todas las estrellas i soles que adornan los májicos cielos de la creacion; aquí estais en plena vida, en plena juventud, en plena inmortalidad, en plena belleza, en plena perfeccion i en plena felicidad.

«Si, os he visto a todos guardados, ya en burda materia o ya en magníficos i artísticos vasos de frájil arcilla, i aquí sois flores de luces inmortales.

«Si, estoi contemplando en este momento las tres eternidades, el Pasado, el Presente i el Futuro, formando una sola entidad, una eterna juventud. I en vosotras, brisas divinales, que correis por estos campos de sempiterna vida, siento en vuestro suave i fresco aliento el perfume que no se siente en ningun campo de la creacion; el perfume de lo infinito.

Canto XXVIII

«Mortal: aquí llegaba en el canto que fulgurante de amor i de admiracion se desprendia de todo mi sér inmaculado, cuando vi llegar hasta mi, cantando el himno del amor divino, lejiones infinitas de flores de formas mas bellas que todos los ideales de mi divina mente, i de ojos mas radiosos que los soles de vuestro cielo.

«Las célicas arpas brillaban mas que la luz de mis alas, i los dedos de nieve i de rosa que se deslizaban por las luminosas cuerdas, parecian mariposas aladas que voltejearan en jiros inauditos de rapidez, produciendo los inmortales acentos que aun traigo grabados en mi mente desde aquella eternidad.

I así decian:

«Seno inmaculado i sacrosanto de la vida; arroyo de agua dulce como el amor; catarata de luz increada; océano de la verdad; manantial Sempiterno del Bien i de la Belleza; himno eterno de alegrías infinitas ¡Ah! quién pudiera pronunciar una sola de las letras de vuestro nombre sin reducirse a la nada!

«¡Oh cielos de la eterna vida! cantad con nosotros las sublimes delicias del que es Todo, del que vive en el alcázar del Infinito, donde nadie puede hundir el clarísimo relámpago de la dulce pupila.

«Aquí ¡Oh deliciosos campos! aquí todo es encanto, luz, armonía, belleza, vida sin fin, sin nubes, felicidad perpétua i todo amor i todo grandeza, sin medida ni término, todo gloria, todo esplendor, todo infinito i todo nadando en el seno glorioso, dulce i suave de la bienaventuranza sin tasa ni medida.

«Si, nosotras, flores bellas, encantadoras, despleguemos nuestras resplandecientes alas i vamos hasta el pináculo a donde no puede llegar ni el pensamiento de las humanidades estelarias; vamos allá a divisar, a contemplar el Principio de los

Principios, el primer peldaño formado de todas las luces que pueden soportar nuestros divinos ojos.

«Diosa de la Luz, mas hermosa i bella que todas las auroras, nuestras manos traen la virtud de cortar los hilos invisibles que os aprisionan las triples alas de blancura inmaculada, que en todas las eternidades corridas no os ha sido posible desplegar.

«I subimos a un cielo sin estrellas ni soles, adonde solo se puede llegar con alas de luz primitiva; nunca sentí delicia igual ni tampoco emocion mas suprema, mas divinal i encantadora; iba a tocar el umbral o mejor, la primera aurora en que se asienta la mansion en que se resume el Tiempo; cual es e eterno Presente sin principio ni fin.

Canto XXIX

«Una ola de luz increada, ideal, sentí que me envolvia i elevaba mi sér a las mas sublimes escalas de la perfeccion, bálsamo de la mas pura esencia divina, que me sirvió para no desfallecer al contemplar los sacrosantos umbrales del empíreo tabernáculo donde reside la Luz de la Luz, la Verdad de las Verdades, la Belleza de las Bellezas, el Infinito, el Centro, el Principio i el Fin de todas las cosas.

«I luces cada vez mas vitales, mas rejeneradoras, mas frescas, bellas i suaves, venian a envolverme, i sentíame crecer inauditamente en potencia intelectual.

«I nuevas inmensidades de luz, de luz desconocida a mis reverberantes ojos, venian a inundarme mas i mas i a levantar i a dar mas poderosa lucidez a mi mente, i nuevas ondas aun, en que ya se adivinaban las brisas del Empíreo, vienen en fin a hacer de mi númen divinal la mas resplandeciente de las centellas; i solo entónces apareció a mis deslumbradas pupilas la Claridad Primitiva, Increada.

«I las radiantes cuerdas de las arpas inmortales, se unian a las de otras lejiones de incomparable belleza, a las de otros millones i trillones de flores cada vez mas encantadoras i de mas arrobadoras pupilas, i seguimos a otros cielos sin estrellas i cada vez de mas resplandeciente claridad, hasta que al fin de una eternidad de tiempo, cesaron de alumbrar las luces de miriadas de colores, apagados por los resplandores de una segunda esfera, aun mas cristalina i pura que las primeras.

«I siguieron apareciendo millares de millones de otras mas luminosas esferas, siempre mas deslumbrantes, hasta que al fin de los fines, apareció a mis deslumbrados ojos el resplandor de una luz nunca vista por ningun cielo, por ninguna creacion, por ningun universo, por ningun abismo, ni jamas resplandeció en mi corona de Diosa de la luz una sola de sus centellas; i esta luz jamas vista ni comprendida, ni aun por las celestes divinidades, como ola de poder supremo, barrió con los clarísimos océanos de divinos matices, i siguió alumbrando ella sola como único fanal de todos los infinitos.

«¿Era el Almo Cielo o el Cielo de los Cielos el que se desplegaba a mi vista?

«Doblegada como débil espiga de vuestros campos a quien abate el huracan, yacia postrada ante tan estupendas bellezas.

«¡Oh virtudes maravillosas, las que tiene esta luz única en que se envuelve el máximo cielo! Ella apaga toda otra luz, por mas excelsa quo sea, pues ella es la madre de todas las luces, así como la luz blanca de vuestro Sol, es la madre de los siete colores del íris.

«Ella da la inmortalidad i tambien la mas suprema de las alegrías i felicidades; ella da el Amor inefable.

«I en fin, esa luz nace de las divinales i mil i mil veces cristalinas i dulcísimas pupilas del Grande Hacedor, que penetran por todas partes, por todos los mas recónditos abismos, i que hace claridad sin fin i que no reconoce obstáculos ni distancias

«Esta luz es el único seno en que el gran Todo, llamado Creacion Universal, se hace visible desde un infinito a otro infinito.

«¿Por primera vez se iluminaba la Creacion con esta luz de tan divinales virtudes que permitió a mis pupilas gozar de un espectáculo solo digno de dioses?

De un espectáculo que permitia a las mas altas postestades inmortales contemplar a la vez los mil veces mil universos creados!

«¡De un espectáculo en que cada uno de los maravillosos carros de fuego que mirados aisladamente, parecen no caber en todos los espacios, no son sino hojas perdidas en tanta infinidad de maravillas!

Allí el movimiento es eterno, cadencioso, obediente a leyes inflexibles; cada mundo jira en torno de un centro, cada familia de soles jira en torno de un centro, cada universo jira tambien en torno de un centro: i en estos movimientos precisos, uniformes, pavorosos, en que se alternan todas las luces creadas, en que brilla cuanto hai de mas bello i sublime en la creacion, en que alterna todo aquello en que un dios puede estasiarse, desde la sublime magnitud, desde la estupenda magnitud, desde la absurda magnitud para quien no sea una divinidad, hasta el número, hasta el terrible número, que pareceria la poesía de las poesías si se le llegara a escribir.

«I luego tener la facultad de poder admirar en su conjunto tan estupendas maravillas, es para una divinidad un don especial que solo es concedido el contemplar a aquellos seres de la mas suprema jerarquía que tienen el privilejio de cernerse en la máxima rejion de la infinita gloria.

Canto XXX

Pero, esto aun no es nada. Oid: «Mis rutilantes ojos, los

mas bellos i poderosos de la creacion, quedaron casi ciegos al contemplar el espectáculo que se desplegó en seguida: los divinos Campos Elíseos.

«¡Campos Elíseos! Campos sin horizontes! Ningun mortal en todo lo creado, ni aun los que habitan las mas felices i grandiosas moradas de los estrellados cielos, podrá jamas comprender lo que es un campo sin horizonte. La pupila misma de una divinidad se estremece de admiracion i de horrendo placer al contemplar en todas direcciones el terrible infinito.

«¡Sí, los Elíseos Campos no tienen horizonte!

«I sin embargo, en aquellos campos de delicias sin fin, donde mis poderosas i alíjeras alas en vano se fatigarian por encontrarles término, reverberaban de un infinito a otro infinito, luces celestes, flores de suprema hermosura, seres vivientes, inmortales, divinos, libres e intelijentes en el grado mas supremo.

«En cada frente, en cada pupila, resplandecian de una manera tanjible, viva, palpitante, como aladas mariposas, como flores ajitadas por los céfiros, como celajes, como rayos i como auroras, la Razon, la Verdad, la Belleza, el Bien i el Amor.

De cada movimiento, de cada sonrisa, de cada mirada, de cada emocion, de cada sentimiento, de cada resplandor, de cada perfume de estos seres nacidos de la mas sublime esencia de la vida, nacen divinales músicas con que se embriagan ellos mismos. Cada uno lleva un cielo de ventura en su propio sér. Cada uno vale mas que una creacion entera de orbes. Cada uno es un abismo de Amor.

«Por estos celestes campos corre el rio de néctar, el rio del agua de la vida; es la eternal lira que arroba de placer los mas sublimes cielos con el murmurio que enjendran sus divinas aguas; es el cántico glorioso sin principio ni fin que en melodías siempre diferentes, con notas que no se repiten jamas, con

acentos siempre nacientes como nuevas auroras, enjendra el prodijio de la Vida Universal.

«Pero, oid: estos jardines de incomprensible beatitud, de dichas sin fin, nada son aun en presencia de la sacratísima montaña, de la santa colina, del Empíreo mismo, donde reside el espíritu Creador e Increado.

«Este es otro Cielo, el corazon i el cerebro de todos los cielos, el Tabernáculo, la Gloria, el Empíreo, la Beatitud infinita.

«Allí las clarísimas lunas, las rutilantes estrellas, los soles deslumbradores, las resplandecientes constelaciones.... son astros vivientes, inmortales, fuentes de vida eterna, de belleza, de verdad, de felicidad i de amor.

«Cuando esta luz del último cielo alumbró mi frente ¡Oh mortal! Así como vuestras pupilas se habrian cegado a la repentina vista de una jigantesca montaña de oro recamada de diamantes, perlas, rubíes i záfiros, así me sentí deslumbrada ante esta deidad de belleza sempiterna, sin nombre, sin punto de comparacion, única, inesplicable, incomprensible, misteriosa, resúmen de todo, punto final, si es que para lo infinito pudiera haber fin.

«Sí, mortal, mis pupilas que pueden vivir en su elemento en medio del fuego incomensurable de las mas ardientes estrellas, allí donde vuestro mundo se evaporaria como una gota de agua en ménos tiempo que un latido de vuestro corazon, mis pupilas, mis divinales pupilas, os digo, en presencia de tal omnipotencia de grandeza, de suprema grandeza, de belleza sin nombre, sin límites, de esta gloria, mis pupilas se estremecieron a tal punto que yo, Diosa de la Luz, comprendí de nuevo la posibilidad de quedar ciega por una eternidad.

«Pero, este deslumbramiento duró solo un rápido momento, porque aquellas centellas, aquellas luminarias que arden al pié mismo del santuario de los santuarios, son suaves i dulces

como aliento de las mas ricas flores de los celestes jardines; el deslumbramiento lo produce la contemplacion de la Verdad i la Belleza en su estado mas virjinal de pureza.

«Aquí al pié de esta sacratísima montaña es donde principia el verdadero idilio de la inmortal felicidad i dicha i alegría sempiterna, el verdadero altar del Amor sin mancha e infinito como todos los abismos.

«Solo aquí se ven brillar las arpas de mil veces mil cuerdas cual luminarias i auroras, brillando en ellas el millon de radiantes matices en que se descompone la luz de las luces, única que alumbra el inmaculado Empíreo.

«¡Qué miriadas de ejércitos de vivientes estrellas recorrian los verjeles gloriosos que bordan la sacratísima montaña! ¡Qué bellezas tan desconocidas a mis ojos! Qué esplendoroso cielo podrá compararse con estas célicas fisonomías ¡Qué deleite sin fin en contemplar una sola de ellas! ¡Qué sol o estrella se envuelve en un manto de luz mas refuljente i dulce!

«Allí, en esas ideales i serenísimas frentes arden eternamente esas tres estrellas misteriosas que significan Amor, Libertad i Felicidad, tres atributos que se ostentan ahí como en el mas hermoso de los cielos en su estado mas nítido, puro i glorioso.

«Las empíreas arpas de mil i mil matices diferentes resplandecian entre sus dedos como jamas ví fulgurar ningun sol de la creacion.

Sus alas, si es que así puedan llamarse las nubes luminosas en que se envuelven, es una Via-Láctea de riqueza í hermosura,

«I en cada grada de este trono, que es la montaña de la vida universal, de cuya cumbre se desprende el sacro rio, nuevas flores vivientes se suceden de nuevos albores, de nuevos perfumes, de nuevas formas, de nuevas bellezas, de nuevas virtu-

des, de nuevos resplandores, de nuevos idilios de felicidad; i en fin, de el amor mas puro i de mas suprema libertad.

«I las gradas de este trono sublime son mas numerosas que las estrellas de todos los cielos, i los númenes divinos que los adornan como astros resplandecientes, son tambien verdaderos firmamentos de flores que se multiplican, como las cristalinas perlas que cada mañana derraman las auroras al pasar por los mundos que habitan.

«I solo con las virtudes del poder divino que dan las aguas de la vida, que corren incensantemente por estos verjeles celestiales, se puede llegar hasta el divino Zenit donde arde el fuego Creador e Increado, la Gloria de las Glorias, en una palabra, el sér Incomprensible.

«Cuando mis ojos percibieron la Luz mil veces santa, ví al fin, las mil divinas Visiones, las mil Diosas Leyes encadenadas por las del Amor, formando un Ser Unico, cuya fisonomía al reverberar sobre mi frente, habria caido como el rayo, sino hubiera llevado la éjida de la inmortalidad.

«Pero inmediatamente sentí el bienestar sin fin, sin igual; el bienestar que borra la idea del tiempo, que lo abate, que lo anula, que lo desconoce i que lo anonada i lo destruye con la planta. Allí, el Presente es inmutable, allí no se conoce el pasado, ni el futuro; tanta es la delicia que proporciona a las inmortales divinidades la presencia del Ser Unico.

«De allí nace el jérmen de todo mundo, de todo universo, de toda creacion, de todo grano de polvo, de toda intelijencia, de toda razon, de toda conciencia, de toda libertad, de toda vida, de todo amor, de todo órden, de toda armonía, de toda belleza, de toda verdad, de todo bien, i en fin, de toda lei, hija de una voluntad Suprema, inquebrantable i eterna, que encadena, eslabona i correlaciona toda materia, todo organismo i toda entidad; que les da propiedades jerminatorias, desde el átomo que forma la muda e inerme roca, desde el átomo que

lleva el jérmen bendito que va desde la hoja verde hasta la flor de mil veces mil formas diferentes i hasta el hermoso i benéfico fruto; desde el átomo que trae mas altos destinos, que se desarrolla en círculos aun mas misteriosos, mas enigmáticos i mas sublimes, hasta llegar al insecto en el que ya resplandecen las primeras auroras de la voluntad i del libre albedrío, ya empleando sus propias fuerzas para arrastrarse por el polvo o voltejear por el aire; hasta el pez que vive i surca las trasparentes aguas; hasta el reptil de vida solitaria; hasta el ave que hiende el espacio en plena libertad. I hasta llegar al átomo mas noble, mas altísimo, mas misterioso, de mas arcanos, de mas laberintos, de mas círculos; que ha atravesado eternidades de tiempo en la elaboracion i en las evoluciones mas tenebrosas i enigmáticas, no obstante la clara luz de los caminos que sigue, pero que ni las divinidades mismas conocen el misterioso sendero que al fin conduce hasta una pupila que se abre por su propia virtud, rival de la flor mas hermosa que hayan visto los mundos, por que el rayo de luz que cae sobre ese cristalino espejo lo devuelve a los espacios i se confunde con la luz de las mas resplandecientes estrellas.

He aquí el prodijio de los prodijios: un átomo oscuro de forma misteriosa i desconocida, que tuvo por cuna el cáos i mas tarde alguna de las hogueras del cielo, convertido en sér pensante, intelijente, libre i perfectible mediante el rocío celestial bajado de esta cumbre donde todas las divinas flores beben las aguas de la inmortalidad, de la verdad, del bien i de la belleza.

Canto XXXI

«¡Oh mortal! Este mundo que es vuestra morada, que necesita de una feliz estrella del firmamento para vivir, es de la Creacion Universal solo una débil nota que se desprende de las eternas melodías: es el principio de los principios. Las univer-

sales leyes son las luminosas ruedas del carro triunfal en que todas las humanidades, hasta aquella de la mas sublime jerarquía, van caminando con paso eterno i seguro a una suprema perfeccion. El final de este trabajo se pierde aun en lo mas profundo de los tiempos.

«I es de esa cumbre bendita que yo contemplaba con todo el arrobamiento de una sublime divinidad, de donde se desprende el rio de la vida con todos los profundos secretos i virtudes que ciegan al que quiere mirar en su fondo.

«I, oid aun: en ese momento tan supremo, de todo se desprendian músicas divinales. Era el infinito ajitado por todos los céfiros de la creacion, produciendo nó esos ruidos vagos, confusos, discordantes de vuestros bosques, de vuestros verjeles, sino esos celestes cantares, suaves, dulces, embriagadores que solo es posible oir sin morir en estos empíreos jardines.

«Si, de todos los infinitos parecia llegar estas encantadoras brisas a juguetear entre bosques sin fin de deliciosas flores; pero flores vivientes, númenes perfectos de inconcebibles gracias, númenes inmortales resplandecientes de todas las virtudes mas excelsas; si, por allí, las dulcísimas brisas pasaban llevando de una a otra flor los perfumados besos de sempiterno amor que naturalmente se enviaban con todas las efusiones que produce el amor divino, del amor acabado de salir de la sacra fuente.

«Estos rumores saturados de amor infinito i de todo lo que aquí abajo llamais divina poesía i que allí es todo realidad, hai instantes en que imperan en toda su majestad, sin que haya una sola cuerda de las inmortales arpas que resuene, como si fuera la hora misteriosa en que los empíreos cielos dormitan embriagados de amor.

«Fué en este momento del tiempo infinito, que todo mi sér rejuvenecido i perfeccionado hasta lo mas supremo, se doblegó no obstante, como un simple lirio de vuestros campos al soplo

de los vientos, i no conservando mas fuerzas que las necesarias para que los raudales de mi mente divina elevada a la potencia mas alta de la intelijencia, pudiera entonar el himno de los himnos.

I todos los elíseos jardines cuyos términos van de infinito a infinito i todas las celestiales i empíreas flores de rutilantes pupilas, en medio de este santo i embriagador recojimiento del amor de los amores, oyeron este cántico que rodó por todos los cielos:

«He oido el ruido de miles de miles de universos al rodar en sus órbitas i en sus ejes inmortales:

«He sentido las primeras palpitaciones de los mas bellos soles i de las mas excelsas creaciones,

«He sentido el crujir del Cáos i sus convulsiones al brotar de su seno misterioso los imponderables universos.

«He sentido las sublimes melodías de las sacrosantas leyes universales.

«He visto i soportado en mis pupilas los rayos de mil universos:

«He visto los primeros i fúljidos rayos que cada celeste lumbrera lanza a los imponderables abismos:

«He visto con profundo asombro los primeros celajes de la vida universal, activa i perfectible:

«He visto los flamíjeros relámpagos i tambien los tibios albores suaves i dulces que nacen a la vez de estos átomos vivientes:

«He visto esas centellas que, cual rayos de luz de mis alas, iluminan los lóbregos espacios:

«He visto aun, desde la roca en cuyas facetas se dibuja la luz purísima de mis pupilas, hasta la excelsa intelijencia que sabe posarse en las flores mas bellas de los mundos siderales:

«He palpado la sustancia del misterioso Cáos:

«He aspirado el perfume de todas las flores siderales:

«He gustado el néctar de la vida inmortal:

«He batido mis alíjeras alas por todos los orbes creados i sobre el Cáos mismo:

«He asistido a aquel primer instante de los orbes en que, para cada ser mortal se abren esas misteriosas i cristalinas ventanas, maravilla de las maravillas, que son las únicas en que vienen a reflejarse los brillantes firmamentos:

«He asistido a todas las auroras matinales, a todas las auroras del primer dia de cada mundo, i he visto i he sentido el primer estremecimiento vital de todas las flores, desde la que depende del jentil tallo hasta el de aquellas que saben volar hasta los cielos:

«He pasado eternidades de eternidades a las sacratísimas márjenes del rio de la vida universal, i he visto correr por ahí desde el polvo divino que va a dar vida al límpido cristal i a la esbelta espiga, hasta aquellos que llevan el astro divinal de los seres pensantes i libres; i he visto este sacratísimo polvo bajo miriadas de miriadas de formas diversas, de formas incomprensibles i desconocidas para todo ojo mortal; i yo que no he podido encontrarle término a tantos raudales de vida, i eternamente colocada en medio de tan supremas bellezas i maravillas sin que mi naturaleza divina e inmortal se doblegara; en este instante, el mas supremo para mí, en el tiempo infinito de mi existencia ¡Oh Divinidad Increada! apénas he visto un rayo de vuestra luz i apénas he libado una sola gota de este insondable piélago de la Verdad, de la Belleza i del Bien en que reposa vuestro inmaculado trono, cuando me he sentido doblegada por todos los espasmos de una beatitud infinita:

«I este pétalo de la flor del Amor que llega hasta mí, siento que con él iré a incendiar todos los universos que se ajitan en melódicos torbellinos a los piés de estos alcázares de sempiterna luz.

Canto XXXII

«I brotaron miriadas de miriadas de cataratas de los divinos manantiales de la Vida.

I como si fuera un eco que brotaba de todos los cielos ¿sabeis ¡oh mortal! lo que he creido oir en el momento en que mas sumerjida me encontraba en el éxtasis de la mas profunda felicidad?

—«Mensajera de la Luz, id a la mansion de los soles i sed tambien la mensajera de mi infinito *amor*.

—«I de las arpas inmortales, mas numerosas i deslumbradoras que todas las estrellas, brotaron estas célicas armonías, este himno del Amor, a cuyos acentos parecen moverse todos los firmamentos de la Creacion:

«¡Amor! Amor! Delicias de todos los cielos, de todos los soles, de todas las creaciones; aquí, en esta mansion donde converjen todos los infinitos placeres, todas las infinitas grandezas, i donde hasta el Tiempo detiene su rueda i donde el espacio pierde sus horizontes; aquí, dulcísimo Amor, está el fanal que os guarda i la fuente de donde naceis; aquí, están los pebéteros inmortales, en forma de flamíjeras estrellas, desde donde irradiais sempiternamente, llevando vuestro divino perfume hasta el átomo de polvo que se oculta en los remotos abismos.

«Divino Amor: teneis un templo aquí en el seno de cada divinidad; lo teneis en cada gota del rio de la vida, en cada átomo de las empíreas brisas, en cada rayo de la increada luz, en cada pupila de las celestes divinidades, en cada pensamiento, en cada deseo, en cada sonrisa i en cada nota de las arpas inmortales.

«Sois la flor mística, santa inmaculada, la sola que creceis en estos verjeles del óptimo cielo. Sois la ánfora de mil luces donde todos venimos a beber el sustento de la vida, de la alegría

i de la felicidad eterna. Sois la luz de vuestros ojos, sois la gloria de vuestra existencia, sois el fuego de vuestro sér, sois la centella que brilla en nuestras frentes i sois el término final de todos nuestros deseos.

«¡Dulce Amor! Dulcísimo Amor! ¿Quién lo creyera? Sois tambien la fuerza omnipotente; sois el soberano absoluto; sois la inquebrantable cadena; sois el padre que manda con la voz musical de los cielos; sois el hermano, el amigo que manda con la dulzura de los céfiros; sois tambien el niño que manda con sus labios de rosa; i sois un mundo, i sois un astro rutilante que, en forma de una pupila dulce i cristalina como una matinal aurora, ordenais un simple deseo i sois obedecido como si fuera un mandato de los cielos.

«¡Divino Amor! Celeste Amor! Soís la gota de rocío mas delicada, díafana i luminosa que ha nacido, i sois tambien la columna mas robusta que abarca cielos i tierras i a quien cielos i tierras dedican sus mas dulces cánticos.

«I sin embargo, vos, divino Amor, que parecias Dios omnipotente, no sois mas que una centella desprendida de la corona del Padre Universal.

(CONCLUSION)

Canto XXXIII

Ptolomeo.—

Desde ese momento la celeste mensajera principió a tomar sus divinas formas i yo a pasar de la embriaguez del oido a la embriaguez de la vista.

Poco a poco me pareció que me envolvia en una aurora de tan blanca luz, i a la vez, tan deliciosamente suave, que mi vista, léjos de lastimarse, parecia descansar dulcemente de los efectos de la luz natural.

Si, vime envuelto en mas clara luz que las mas bellas ondas con que he visto alumbrados los cielos, i en medio de rutilantes luceros, que no eran otra cosa, que las miriadas de pupilas de que estaban sembradas las alas de la bella Diosa, i que parecia estar envolviendo con ellas toda la haz de la tierra, que en ese momento brillaba como deslumbrador diamante.

¿Era una alada mariposa? Era una flor de los celestiales jardines? Era una forma humana? Era un ser ideal? Imposible decirlo. Lo único real i verdadero era que aquella divina Vision era la mas purísima esencia de la belleza i su forma el conjunto de la mas ideal poesía.

Envuelto entre las luces inmortales de esta divinidad, que parecia llevar un firmamento en sus alas, sentia como si mi espíritu renaciera a la vida de eternales goces, i por tanto capaz de soportar la presencia de una divinidad que desplegaba en ese momento cuanto los humanos ojos pueden soportar de mas ideal i de mas bello.

Ondas de luz mas puras que las que derrama el Sol naciente envolvian a la Diosa, que parecia tocar el firmamento con los rayos de su divinal corona. I en este momento de tan supremo deleite, a pesar de la sublime altura moral a que me sentia levantado, me creí tan pequeño como un simple grano de polvo, i sin embargo, desde esta ínfima pequeñez, me encontré con la fuerza necesaria para levantar mi voz i decir a la excelsa mensajera:

¡Oh Diosa de incomparable belleza! me habeis mostrado infinitos abismos luminosos; de vuestros divinos labios ha brotado como un torrente de celestial música, el cántico de los cánticos, i he necesitado que vuestro celestial aliento me envolviera en sus inmortales efluvios para no morir de placer; pero ¡oh diosa encantadora de la luz! vos que me habeis mostrado tantos arcanos, donde no he visto ni sentido sino vida, siempre vida, eterna vida, la vida perdurable siempre corriente, siem-

pre jóven i eternamente luminosa: decidme, sublime Diosa ¿porqué, aquí en este grano de polvo está la muerte, la horrible muerte, siempre sentada al lado de la vida?

Si, recordad que me habeis hablado de todas las celestes esferas, mansiones dichosas de la vida, i no me habeis mostrado aquellas en que reside la siniestra muerte. I decidme ¿porqué este punto negro, oscuro i lóbrego llamado Tierra, se encuentra en medio de tan deslumbradores jardines sideralos?

Apénas acababa de formular esta súplica, cuando la celeste mensajera, envuelta en sus inmensas i fulgurantes alas, cual si fueran un cristalino i estrellado cielo, dejó salir de sus divinos labios estas dulces palabras:

—«Mortal, voi a desatar de nuevo por un instante los lazos con que a la burda materia va uncido como esclavo el soplo divino de la vida, hasta dejarle tomar la altura incomensurable de la suma libertad, donde se cierne glorioso mi númen divino».

—I la inmaculada Diosa de la Luz, deslizó por mi frente sus dedos mas frescos i rosados que los de la Aurora, e hizo brotar de esta urna misteriosa los rayos místicos de la luz inmaterial de la intelijencia en su mas sublime pureza, i mi frente se iluminó tan lúcidamente como las lumbreras del cielo, i mi espíritu sentilo como si se levantara de nuevo de una tumba, aprisionada hasta aquel dia en burda materia, i ahora, sintiéndose libre de esas ligaduras, se levantaba triunfante i poderoso, latiendo unisónamente con todas las palpitaciones del universo. I en ese momento me sentí cual un dios, i sentí vacilar la humilde Tierra a mis piés, i mis pupilas centellaron mas que los rayos de la estrella matutina, i mi númen se paseó triunfante por la Via Láctea i luego le ví perderse como una sombra a la luz de otras maravillas de la creacion.

I entónces apareció a mis rutilantes pupilas la naturaleza pensante, intelijente i libre, mas o ménos ligada a la materia i

bajo todas las formas impresas por las inflexibles leyes universales, i vi tanta variedad de humanidades como hai mundos en la creacion.

He podido admirar el ramillete que constituye la flora terrestre i mis ojos han quedado extasiados al contemplar tan infinita variedad de especies; allí he visto todos los rangos posibles que puede establecer entre ellas, la belleza de la forma, de los matices, del perfume i las virtudes de cada una; he visto desde lo mas humilde hasta lo mas rejio, desde lo mas pobre hasta la mas suprema riqueza en forma, gracia, magnitud, belleza i fragancia. I sin embargo, seria débil reflejo comparado con la variedad de humanidades que pueblan el universo.

Si, allí hai mas atrevidas diferencias que las que puede haber entre las humildes gramíneas i las jigantescas Wellintonias, entre la triste flora de las rejiones polares i la lujuriosa de las rejiones tropicales.

Si, la humanidad universal es una cadena sin fin en su variedad i en su inmensidad.

Ah! He visto la humanidad de miriadas de constelaciones i en ninguna he encontrado la imájen perfecta del hombre de la Tierra; i si es triste, tristísimo decir que el hombre de este planeta puesto en ese infinito de mundos, seria como un poco de barro en medio de piedras preciosas, tambien lo es que hai otros tantos mundos donde el hombre de nuestro globo resplandeceria como astro luminoso.

Pero, he aquí, que al fijarme en un potente Sol, miriadas de miriadas de veces mas soberbio que el nuestro, i que en el libro de Uranía lleva el nombre de Alfa Capella, entre el millon de mundos que le rinden homenaje, jirando en torno de él con todos los acordes musicales que les prestan las universales leyes de la gravitacion, fijé todos mis sentidos i potencias en uno de ellos que creí era la imájen mas perfecta de la Tierra: su cielo azul, sus verdosos mares, sus nevadas montañas, sus

continentes, sus años, sus noches, sus dias..... i luego una voz como la humana en la Tierra, que llegó hasta mi oido, que talvez era de algun Platon de aquel mundo, que en estraño idioma decia a sus oyentes:

«La vida! Qué palabra que encierra tanta majia! Las mas altísimas imajinaciones no han podido ni aun sondear el abismo en que se encierran los albores de esta perla preciosa.

«¿Dónde estará la hoja del libro de la naturaleza en que va escrito el secreto de este enigma? Pues, bien sabemos que la poca luz que hoi nos alumbra, son centellas arrancadas de esta gran naturaleza que va desde aquí hasta las estrellas.

«¡Quién no sabe que en hilos de luz, estas celestes lumbreras, han enviado ya palabras de oro a la mansion nuestra!

«Si, la naturaleza es el libro sagrado i universal, único que puede algun dia esplicar a nosotros, seres pensantes, el terrible enigma de la vida.

«I mas aun ¿qué es la vida cuando se presenta con todo su continjente de belleza moral, intelectual i perfectible? Quién podria definirla?

«Entra en la universal creencia que todo ello es obra de una voluntad divina i omnipotente, de una voluntad dulcísima i sapientísima; voluntad que no obra sino mediante leyes en que brillan inmortales armonías.

«Así, los ajentes físicos, o divinas potencias que gobiernan el Universo, llamados fuerzas, calor, luz, electricidad, magnetismo..... i que debemos considerar como otras tantas facultades del alma universal de la materia, se presentan al sér pensante, ya sonrientes, ya amenazantes, ya entre divinos colores, ya con fuerzas irresistibles, o ya con las celestes voces del amor; pero, siempre con musicales acentos i produciendo el acto final i sublime de la jerminacion.

«Ahora, si nos remontamos con el pensamiento hasta los primeros albores de la materia; es decir, de la materia ya do-

tada de todas sus potencias, recien salida de esa tumba pavorosa, llamada cáos! qué divinos acordes entre tantas fuerzas diferentes es necesario imajinar para concebir al sér viviente, i todavia, al sér pensante, libre i saliendo de ahí, talvez como nacen las espigas i las flores!

«Preguntadle a esas hermosas chispas de luz con que adornais vuestras personas, cual es su oríjon i como han llegado a ser astros refuljentes cuyo seno va adornado de fuegos tan esplendentes.

«Preguntadle a las flores como han llegado a ser portentos de belleza i de delicados perfumes.

«Preguntadle a esas lindas avecillas, llamadas flores del aire, de donde han sacado sus brillantes alas que les permite revolotear en los jardines como rayos de luz.

«Preguntadle a nuestro orgánismo de donde le vienen las májicas virtudes del pensamiento.....

«I todos os contestarán en el mismo diapason:—«hemos llegado aquí haciendo mil i mil jiros voluptuosos por un ancho camino de espirales, de círculos, de elipses, de parábolas.... i por otra infinidad de curbas bellas i de misteriosas propiedades.

«Así hemos pasado de átomos del Cáos a la máxima altura de seres vivientes en todas las jerarquías de la vida universal, sin que las eternas armonías hayan dejado jamas de alumbrar i dirijir nuestros pasos. I no creais que hemos llegado al término: vamos aun recorriendo curvas mil i mil veces misteriosas, hasta que en alguna eternidad del tiempo, todos seamos flores del Paraíso, patria de la vida inmortal.»

—«Tal lenguaje, respetables oyentes, será siempre el de toda la naturaleza, lo que nos indica que Dios comunica con todos los mundos, con un idioma digno de él.

«Ha colocado los soles i universos, unos en pos de otros, i eterna música los sostiene en el espacio en inmortal equilibrio.

«Ha querido que el sér pensante sea digno de mirar al cielo i le dió el don de la intelijencia, i en su vanidad ha creido que el Ser Increado ha necesitado arrancar una centella de su frente para enjendrar este milagro, i no recuerda que él mismo es una prodijiosa máquina que produce por sí sola esa chispa luminosa, tan naturalmente como las flores producen el grato perfume.

«Ha querído que el sér pensante no se contentara con el polvo que pisa i la yerba que crece a sus plantas, i le dió el don prodijioso de la voluntad para que sacara de las entrañas de su mundo las deslumbrantes riquezas, para que surcara los mares, para que se hiciera dueño de todos los continentes, para que edificara palacios... i fuese soberano.

«Ha querido que nuestra especie sea una familia, i le dió la sensibilidad para hacerlo capaz de la ternura, de la compasion i del cariño. I todavía del amor, tal como el que ha dado a la madre para que adore a su hijo; que es como haber colocado una radiante estrella en medio de un cielo oscuro i tenebroso,

«¿Quién no querrá beber de su luz?

«Ha querido que el sér pensante se asimile al mundo en que vive, i le dió esas materiales ventanas de los sentidos corporales, por donde entra todo el mundo esterior, i da principio así ese divino concierto que se traduce por la conciencia i la vida activa e intelijente.

«I desde ese momento ¡cuántas facetas distintas nos presenta el sér pensante!

«I este sér débil i activo, mirado a la luz de la ciencia, por el solo hecho de bastarse así mismo, sin mas que el aliento que le presta la naturaleza entera, tiene que ser bello i sorprendente todo lo que de tan sublime maquinaria se desprende, porque allí va la vida natural con mas su esplendente corona llamada conciencia.

«Todas sus potencias físicas, morales e intelectuales, son otras tantas facultades en perpétua actividad, i que, si cada una brillara con una luz especial sensible a la vista, el sér humano resplandeceria miriadas de veces mas que el diamante.

«El hombre así dotado, con solo elevar una mirada al cielo i empapar su pupila con la luz de una estrella, se alza por sobre todo lo que no es humano.

«El diamante tan bello como es, en el que no se sabe qué admirar mas, si el rayo verde, el rojo, el amarillo, el azul, el violeta... que nacen de su misterioso seno; sin embargo ¡cuán superior es la vil e inmunda oruga! I por tanto ¡cuán superior a todo será aquel que entre otras coronas lleva aun la de la conciencia!

«I sin embargo, en medio de tantas luces en que va envuelto el sér humano ¡quién no sabe que allí hai tambien tantos abismos i tinieblas!

«Si ¡cuánto trabajo o acciones útiles i detestables, cuánta verdad i cuánto error no brota de esta sublime maquinaria!

Las tres facultades con cuyo ausilio todo acto se ejecuta, son limitadas i no siempre en proporciones armónicas, por tanto, sí llamamos un crímen atentar contra nuestra vida, el que bebe un tósigo, ha hecho un mal, pero, sin responsabilidad: en ese momento fatal algunos átomos mas de fuerza de voluntad i un rayo de luz mas a su intelijencia, lo habria salvado.

«Dos almas desigualmente templadas, la mas débil sucumbirá en aquellos mismos trances en que la otra sale victoriosa.

«Un matrimonio ha perdido a un hijo idolatrado, la madre se suicida lentamente entregándose al mas acerbo dolor, hasta llegar a sucumbir; aquí ha habido tal exceso de sensibilidad que ha anonadado a la razon i a la voluntad. Un poco mas dósis de estas dos facultades i la madre se habia salvado como se salvó el padre.

«Así, con grados mas o grados ménos de perfeccion en cada

una de estas facultades, es como los seres pensantes son sabios, son necios, idiotas, orates, artistas, filósofos, mediocridades, guerreros famosos, buenos o malos ciudadanos, buenos o malos padres de familia, asesinos, ladrones, justos, honrados, valientes, cobardes, filántropos, avaros i aun bestias i tambien semi-dioses.

«Todas estas diferencias desaparecen ante la suma e infinita perfeccion de un Dios, de la misma manera que dichas diferencias desaparecen ante la suma inperfeccion de aquellos seres que están en abismo mas abajo que el hombre. Desde estas lobregueces, todos los seres pensantes son iguales: para la fiel bestia, tan dios es el vil asesino como el mas insigne varon, pero, es tan incomprensible a su intelijencia como es para nosotros el Dios que adoramos; pues, si le comprendieramos, no viviríamos sino en eterna humillacion como el mas vil esclavo, i Dios ha querido que el sér pensante lleve la cabeza erguida i que en su mundo se crea grande, haciendo pleno uso de su intelijencia i de su libre albedrío.

«Siento algunos murmullos i no sé si de aprobacion o desaprobacion; pero os advierto que esta es la relijion i la moral del filósofo que al aplicar los labios en la clara fuente para apagar su sed de verdad, mira tranquilamente i con escrutadora pupila lo que hai en el fondo sin que la arredre ni la presencia de los guijarros ni le asombre la vista de las mas hermosas perlas. Para el verdadero filósofo, todo es bello, o por lo menos asombroso; i tanta luz saca de lo que deslumbra nuestra vista como de aquello que lleva formas burdas i descoloridas.

«Al filósofo le está encomendada la gran tarea de buscar la verdad, i una vez encontrada, aceptarla, por mas que venga a descompajinar los mas arraigados principios en que reposaba su mundo dogmático!!

Canto XXXIV

—Así habló el filósofo de este mundo, distante del nuestro de 170 billones cuatrocientos mil millones de leguas!

Pero, al fin, vino el prodijio de los prodijios. Mis potencias elevadas a tan sublime perfeccion, pudieron comprender algo del misterio mas excelso para la humanidad universal; tal es la evolucion de la vida a la muerte,

Si, vi a la humanidad de tantos mundos en eterna ajitacion i transformacion, i en cada vuelta de la rueda del tiempo, operarse en nuevas jeneraciones el prodijio de una nueva perfeccion. Pero cada vuelta de la rueda del tiempo es una espantosa eternidad.

Sí, la madre naturaleza se dignó abrirme su seno i mostrarme muchos de aquellos tesoros de verdad con que se gobiernan los mundos.

Sí, allí pude leer desde luego, que lo que llamamos la vida i la muerte no es mas que una evolucion de la naturaleza que se presenta a los imperfectos sentidos bajo prismas mas o ménos hermosos, mas o ménos deslumbradores, mas o ménos tristes i sombríos; i en fin tan siniestramente horrible como se nos presenta acá en nuestra humilde mansion.

Sí, esta evolucion que acá en la Tierra llamamos muerte, esta evolucion que lleva el carácter mas siniestro i ante cuyo espectáculo tiembla, se anonada i se aniquila el espíritu humano, esta evolucion en la que vemos troncharse el árbol i perder eternamente su entidad física mediante la descomposicion o putrefaccion, que es la imájen de un verdadero esterminio; allá en otros mundos mil i mil veces mas felices, en los cuales las humanidades son tambien mil i mil veces mas perfectas, esta tremenda evolucion es tan tranquila, tan bella como es el dulce paso del boton a la flor, como el paso de la niñez a la hermosa

juventud, como el de la crisálida al de aérea mariposa, o mejor, como es un dulce sueño para despertar mas lleno de vida,

I sentí una tremenda angustia al palpar la espantosa eternidad que la humanidad terrestre necesita para llegar a ese pináculo donde brillan las luces de la suma perfeccion i belleza, allí donde la muerte es una hada que apénas toca con sus alas esos mundos luminosos i felices.

I mi númen, elevado en ese momento a la altura de la gloriosa perfeccion que mortal alguno ha alcanzado, pudo levantar una punta del velo mil veces misterioso de las evoluciones de la vida universal, tal cual ha sido entregada a todos los mundos, envuelta en arcanos tan oscuros e insondables.

Pero en ese momento creí sentir deslizarse por mi frente algo como el aliento de la brisa que en primaveral mañana saluda a las flores. Era la dulce mano de la Divinidad que de nuevo rebajaba mi mente a la rejion sombría que eternamente le sirve de albergue.

I sentí la angustia del Prometeo al ser arrojado sobre una roca solitaria, desde aquella rejion en que solo podia cernerse el ave de Júpiter.

La misma angustia que debe sentir el reo que deja por oscura cárcel el paraíso, donde diariamente bebia el néctar del amor, de la belleza i de la libertad.

I tambien ví que la Tierra, que hasta ese momento brillaba a mis ojos como el mas terso diamante, palidecia hasta convertirse en oscura roca perdida i aislada en medio de la inmensidad de los espacios.

I, en fin, ví como una alada mariposa cruzar el firmamento, perderse en el infinito i la noche cubrirse de nuevo con su manto estrellado,

De repente me encontré solo i en la plenitud de la vida real.

I despues de este ensueño de rosas, la humana naturaleza se doblegó como el lirio bajo los rayos del Sol tropical, i el burdo

i rejenerador sueño, necesario a todos les mortales, se apoderó de todo mi sér i por largas horas me hundí en ese piélago oscuro tan parecido al de las eternas sombras.

Canto XXXV

Ptolomeo.—

Gran Filósofo: Las mismas estrellas, en el mismo lugar, resplandecian en el espàcio, ahora veinte siglos, cuando desde las altas murallas de un templo de Isis en la gran Canopo tuve esta vision sublime; i desde esa celestial noche en que una divinidad alumbró mis pupilas i mi númen con la luz de los cielos, todos los rumores de este mundo, escepto aquellos que nacen de cuerdas de oro de la ciencia, no fueron a mis oídos mas que sonidos estridentes solo dignos del grano de polvo que habitaba,

Filósofo:—Así habló la sombra del gran Ptolomeo, cuyas últimas palabras fueron tan lentas i desvanecidas que ya no las oí, i se perdieron insensiblemente entre los murmurios del nuevo dia.

Ahora, mi buen amigo, yo he llegado hasta voz sin mas título que el de un peregrino que enseña i a la vez, busca la verdad; pero, así como el viajero del desierto que para descansar busca el árbol verde, el agua cristalina i las dulces brisas del querido oásis, así yo necesito encontrar para mi descanso, ya la choza o ya el palacio donde se alberguen nobles corazones, porque entre hombrès indiferentes al bien i al mal, me siento como en pleno desierto con todos sus terribles tormentos.

Ya comprendereis, pues, el título con que he llegado hasta vos; que por lo que respecta a satisfacer vuestra natural curfosidad de saber quien es este amigo de la casualidad, ahí os

dejo esos pocos renglones para los leais, si es que mi recuerdo os interese en algo

Yo.—He aquí, caro lector, lo que con anjelical voz me narró este gran filósofo, durante largas horas, en la última i dulcísima velada que tuvimos i que es la que yo he llamado siempre: Mi Divina Noche.

FIN

GRANDIOSA HERENCIA

DE

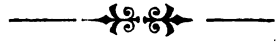
FLORES CELESTES

LEGADAS

POR EL SIGLO XIX AL SIGLO XX

POR

ADOLFO FORMAS



SANTIAGO DE CHILE
Imprenta i Encuadernacion "El Globo"
Agustinas, Núms. 826 a 840
1909

GRANDIOSA HERENCIA

DE FLORES CELESTES

LEGADAS POR EL SIGLO XIX AL SIGLO XX

El glorioso siglo XIX al hacer su eterna despedida, entregando al siglo XX sus magníficas luces, le dirá: «Del Cielo i de la Tierra os dejo abiertas las mil áureas puertas de donde se derrama la esplendorosa claridad con que hoi se ilumina el mundo. No obstante, yo, llamado Siglo de las luces, quizás no voi a ser mas que una brillante chispa, allá en la inmensidad de los tiempos, cuando los siglos venideros, que me han de suceder, hayan pasado victoriosamente cumpliendo sus grandes destinos.

»Sí, los hombres que han nacido i vivido en mi seno no son aun mas que los niños de escuela que recien principian a silabar en ese gran libro que se llama naturaleza, donde se encierra cuanto es posible aprender, i ni una palabra mas allá.

»Pero ¡qué montaña de luz tan esplendorosa será aquella edad en que el niño de hoi se haya hecho un hombre!

»I, sin embargo, si la belleza de las bellezas, que es la beatitud del humano corazon, todavia no ha llegado a su apojeo, aun no será el verdadero dia que ha de lucir en la eternidad de los tiempos».

Así, mas o ménos, hablará en su testamento el siglo XIX al niño siglo XX, que será, desde que abra sus pupilas a la luz del dia, el mas sapientísimo de los innumerables siglos que ya han pasado a mejor vida.

I a nuestra vez diremos: «¡Si! Oh glorioso siglo XIX, las auras que mecieron vuestra cuna ya venian impregnadas de divinos alientos; la gran filosofía ya habia soplado al oido de los mortales los acentos divinales de la suprema razon, diosa del libre pensamiento, que con sus májicas virtudes da al hombre el poder omnipotente de arrancar flores tan bellas de acá abajo como de la rejion de las estrellas.

»Sí, gran siglo XIX, naciste envuelto en rayos poderosos de luces inmortales, eran algo mas que una aurora matinal de simples colores de oro i de rosas, pues eran las clarísimas luces que anunciaban las horas del mediodía.

»Gran siglo XIX, habeis, pues, heredado joyas mui valiosas que os han legado los siglos XVI, XVII i XVIII, en especial, joyas que con el oro i diamante de todo el mundo no se podrian comprar; i, sin embargo, aquellas que con vuestras propias manos os habeis donado, arrancándolas del seno misterioso de la madre naturaleza, son tan numerosas i que derraman tan dulcísima claridad que el mundo os ha saludado ya, gran siglo XIX, con el bello nombre de siglo de las luces».

I bien, en otras edades, pulsar la lira de los Orfeos, de los Homeros, de los Píndaros... era cantar la eterna felicidad de los dioses, semidioses i de todas las divinidades del Olimpo; pero, hoi, pulsar la lira es simplemente ir desde el polvo de acá abajo hasta el polvo de oro de allá arriba, a demandarle el secreto de las virtudes que encierran en su seno, i cada chispa de luz que de allí nazca será una nota deliciosa e inmortal como una divinidad.

Así, en los grandes filósofos modernos está encarnado el Prometeo mitolójico que roba el fuego divino. I este fuego que hoi se traduce por verdades absolutas, o sea, por leyes de la naturaleza, libres de toda mancha i lúcidas como el mas bello diamante, hace la gloria inmaculada del hombre moderno, que en fuerza de un vigor intelectual poderoso lo dirije, no por los floridos senderos de la fantasía i de las simples idealidades filosóficas, sino por los zarzales llenos de agudas espinas en que la naturaleza oculta sus divinas luces, o sea la palabra infalible con que habla hasta la humilde roca, hasta la modesta flor, hasta el mas vil polvo de acá abajo i tambien las mas resplandecientes flores del cielo.

Este lijero exordio ya dejará comprender el motivo de estas líneas, cual es, poner de manifiesto las maravillosas luces bajadas del cielo por los astrónomos i jeómetras de los siglos XVI, XVII i XVIII, en medio de los cuales se meció la cuna del gran siglo XIX, i a la vez, poner de relieve las celestes flores con que este mismo siglo entretejió su propia corona.

Al fin, brilla para la ciencia de Urania el siglo XVI. I como si algun Dios hubiera hablado, estremecióse hasta en sus mas hondos cimientos el mundo relijioso, el filosófico, el moral, el ideal de los poetas, i cuanto en el mundo tiene un pensamiento, un libre albedrío.

¿De dónde nace este soplo divino que trastorna el mundo de las ideas en su eterna majestad de tantos siglos como cuenta la humanidad? Lo diremos desde luego, no es un dios, es un simple mortal llamado Copérnico.

La Tierra, réjia morada del hombre, en medio de la sublime creacion, era la reina i señora; todo jiraba en torno de ella, todo le rendia homenaje; el sol, la luna, los planetas i las estrellas. Su trono estaba en el centro del Universo i allí residia en eterna inmovilidad recibiendo el dulce calor i las bellas i suaves luces de las antorchas del cielo.

Allí parecia colocada por una eternidad. ¿Quién podria sacarla de ese glorioso trono del centro de los espacios? A esa época, solo pensarlo habria sida una demencia. Los millares de millares de siglos estaban ahí atestiguando que tal reinado de la Tierra era inmortal.

Pero, ya lo hemos dicho, brilló al fin el siglo XVI de la era cristiana i cruzó por todos los ámbitos del mundo una voz mas poderosa que las voces apocalípticas, era la voz infalible de la ciencia, la cual, con mano delicada de diosa omnipotente, tomaba al astro del calor, de la luz i de la vida, o sea, el dios Sol, i lo colocaba en el solio del Universo planetario, i a la hermosa Tierra, como reina destronada, i hasta entónces en eterna inmovilidad, la condena a jirar sobre sí misma, en torno de un eje ideal, o de límpidos diamantes, segun la dulce poesia, i todavia, en vertijinosa carrera de siete leguas por segundo, jirando en union de Mercurio, Vé-

nus, Marte, Júpiter i Saturno, como simples mariposas en torno de esa eternal llama de los cielos, el Sol, que a contar desde ese dia, fué el astro-rei del sistema planetario.

Pero, lo diremos desde luego, físicamente, todo quedó en su lugar, porque aquello habia sido una simple ilusion de los sentidos, un bello miraje en obsequio de la dignidad humana que se gozaba en ver alumbrado su mundo, su morada por todas las estrellas del cielo, simples luminarias, llamadas soles i estrellas que cumplian con un sagrado deber, pero, moralmente, todo se estremeció, como ya hemos dicho, hasta en lo mas hondo de sus cimientos. I principió un nuevo dia para la humanidad siendo su Prometeo el inmortal Copérnico, cuya palabra se encuentra consignada en el libro de las «Revoluciones Celestes».

Hé aquí, pues, una deslumbrante i poderosa luz del cielo entre cuyos magníficos rayos debia mas tarde mecerse la cuna de nuestro siglo XIX.

—I luego, pasan como águilas, ávidas de la luz del sol, los inmortales astrónomos Tico Brahe i Galileo, sembrando los siglos XVI i XVII de bellísimas luces traidas del cielo. Piedras preciosas que venian a dar consistencia al nuevo templo de Urania, edificado por Copérnico, sobre los restos gloriosos de aquél levantado por el gran Ptolomeo, llamado el divino, cuyos cimientos fallaron despues de catorce siglos de existencia, i el célebre Almajesto, o la Grande Obra, dejó de ser el libro sagrado que daba la lei al estrellado firmamento, i a la humanidad terrestre sus mas bellas ilusiones.

Pero, los dos astros humanos que llenaron todo el siglo XVII de sus mas bellos esplendores, uno de ellos fué Juan Keplero, gran lejislador de los cielos planetarios, o sea el modo como se gobiernan ante el trono del padre Sol los mundos llamados Mercurio, Vénus, Tierra, Marte, Júpiter i Saturno, únicos conocidos en aquella época, a los cuales hoi se agregan, gobernados por las mismas leyes, los Asteroides, los dos grandes mundos Urano i Neptuno, i esos astros de larga cabellera, los cometas.

Los años primaverales de la vida de Keplero no están en armonía con los años estivales, en que el árbol da sus flores i sus frutos. Las hojas verdes de los primeros años fueron

siempre marchitas, pero las flores i frutas de los últimos años fueron de oro.

En jeneral, la personalidad de Keplero en toda su azarosa vida se la puede asemejar a una medalla cuyo reverso es de simple metal i el anverso de límpidos diamantes. Como simple ciudadano fué una vulgaridad i como hombre de ciencias una inmortalidad.

El marino que siempre espuesto a las mas furiosas tempestades, i con ánimo sereno i tranquilo escribiera un poema rival de la *Iliada,* del *Paraiso Perdido* o de la *Divina Comedia,* no seria mas de admirar que el ilustre varon que en medio de la mas azarosa vida, llena de necesidades físicas i penas del corazon, en medio de tal tempestad, i durante veintidos años del mas asiduo trabajo intelectual, repetimos, no es mas de admirar, que el que dió a luz las tres admirables leyes con que se gobierna el gran sistema solar, cuyo padre es el Sol. Leyes divinas, nacidas en la eternidad de los tiempos primitivos i que reinarán en la eternidad de los tiempos que se han de perder en el seno del infinito.

Tres diamantes de incalculable valor i belleza que el gran Keplero puso en el templo de Urania, afianzando e inmortalizando el monumento astronómico edificado por el gran Copérnico.

Apénas moria el inmortal Keplero, cuando nacia la otra estrella que venia a dar aun mas esplendor i luz al siglo XVII: tan brillante luminaria fué Isaac Newton.

Copérnico habia fundado el verdadero sistema planetario, Keplero con el descubrimiento de las tres grandiosas leyes que llevan su nombre, era el lejislador que le daba a dicho sistema las leyes del movimiento, segun el cual jiran todos los planetas en torno del Sol, e Isaac Newton debia ser ese otro inmortal lejislador que habia de completar la grandiosa obra: tales eran las leyes segun las cuales todos los cuerpos planetarios estaban desde el principio de los tiempos fatalmente uncidos al carro del Sol.

Hoi, el hombre de todos los rangos intelectuales se estasía en la contemplacion de la obra semi-divina salida del cerebro de Isaac Newton. I decimos semi-divina porque no podia estar oculta en mas profundos abismos la voluntad divina que dió a la materia la virtud de una fuerza mediante la

cual «los cuerpos se atraen en razon directa de sus masas i en razon inversa del cuadrado de las distancias». De donde resulta ese portento de grandeza i de belleza que se llama Equilibrio Universal, o sea, la armonia en que viven todos los mundos estelarios en medio del espacio infinito i del tiempo infinito.

«Principios matemáticos de la filosofía natural» es el gran libro en cuyo fondo, que es un verdadero abismo, se refleja talvez la mas grande de las intelijencias humanas, mui en conformidad con la inscripcion que ostenta el pedestal del monumento levantado a la memoria del nombre de Isaac Newton en la Iglesia real de Westminster. «Los hombres deben felicitarse que tan grande ornamento de la especie humana haya existido».

Newton, como ente físico, era débil como una flor i tímido como una paloma; intelectualmente es el mas poderoso, fuerte i atrevido de los titanes que han escalado el cielo en busca de flores siderales. En efecto, entre las celestes verdades traidas desde las alturas inconmensurables de los espacios, ninguna mas hermosa que la llamada de la Gravitacion Universal. Esta fuerza es de un poder tal que para gobernar lo infinitamente pequeño tiene dedos de rosa i para lo infinitamente grande tiene brazos de diosa; de donde resulta el canto mas armonioso de la madre naturaleza.

Los cien otros descubrimientos del gran Newton, por mui grandes que sean, como aquellos del sublime Cálculo Infinitesimal i de Óptica, i de cuya ciencia es el fundador, todos quedan eclipsados por el grandioso de la Gravitacion Universal.

Es, pues, Newton el águila humana qué mas se ha remontado en los celestes espacios, i el astro mas esplendoroso del reino de la intelijencia.

A este respecto, citaré la palabra de oro del gran filósofo Voltaire, en obsequio del gran astrónomo i jeómetra. En el último verso de un magnífico cuarteto, refiriéndose a los ánjeles que rodean al Altísimo, dice:—«Hablad ¿del gran Newton no estais envidiosos?

—I se abre el gran siglo XVIII con una pléyade de grandes sacerdotes del templo de Urania, i entre ellos el astrónomo Bradley, que descubrió la aberracion de las estrellas; mo-

vimiento aparente de éstas, debido a la velocidad de la tierra en su órbita i a la de la luz en el espacio; i por tanto, la demostracion matemática del movimiento de traslacion de nuestro planeta en torno del sol.

I todavia, mas tarde, el movimiento de mutacion de la tierra, o sea, un pequeño balance de su eje describiendo una pequeña elipse en 18 años en torno de sus polos.

Dos títulos, mas que de sobra son para colocar el nombre del astrónomo Bradley en el templo de la inmortalidad.

Claireau, como jeómetra, fué el primero en resolver el grandioso problema llamado de los tres cuerpos: el Sol, la Tierra i la Luna, o sean, las perturbaciones que en sus movimientos esperimentan la Tierra i la Luna por efecto de las leyes de la Gravitacion Universal.

Tambien fué uno de los primeros en descorrer el velo tenebroso tras el cual ocultaban los cometas de largo período sus profundas rebeldías a las leyes de la gravitacion, mediante los mas sublimes cálculos de la alta jeometría, fijando el dia preciso en que el rebelde cometa de 1682 debia hacer su aparicion despues de 74 años de ausencia de las rejiones interplanetarias. I como dicho cometa no faltó a la cita que la divina jeometría le marcara para una época dada, i el camino preciso que debia traer a traves de ciertas constelaciones, el misterio en que estos cuerpos de larga cabéllera i de siniestro aspecto envolvian sus largas escursiones por las rejiones polares de los dominios del Sol quedó para siempre envuelto en las mismas espléndidas luces en que viven los mundos planetarios, tan sumisos a las leyes de la Gravitacion Universal.

D'Alembert, como todos los grandes jeómetras, tan escasos entre los hombres como los diamantes golconda lo son en las entrañas de la Tierra, aun perdiendo la luz de sus pupilas naturales, mediante la sublime jeometría, seguirian teniendo una vision tan clara i brillante, que sus pasos por las rejiones de lo eternamente invisible a la vista humana, irian siempre dejando las mismas huellas luminosas. La bella jeometría es luz divina para el cerebro humano, sin ella no se ve nada a traves de ciertos abismos de la creacion.

A traves de veinte siglos, el grande Hiparco i D'Alembert, el gran jeómetra, se dan un abrazo fraternal; el uno descu-

briendo la precesion de los equinoxios, o sea un lentísimo movimiento del eje de la Tierra que lo completa en veintiseis mil años, i el segundo, entreabriendo los mas oscuros abismos en que se guardan los grandes secretos de la naturaleza, hizo la espléndida luz con que pudo leer el secreto de tan grandioso fenómeno terrestre.

I si se preguntara ¿para qué sirve esto en el dominio de las ciencias? La respuesta seria mui hermosa, pues se contestaria que sin la esplicacion de la precesion de los equinoxios tampoco quedaria esplicado el órden maravilloso de la naturaleza.

I lo que decimos de la precesion de los equinoxios es aplicable a toda perturbacion que se observe en el movimiento de los cuerpos, es decir, a todo movimiento que altere en algo las leyes jenerales de atraccion a que están sometidos todos los cuerpos celestes.

El inmortal Lagrange esplicó lo que se llama libracion de la Luna; i si el espiritu humano necesita alguna vez casi desprenderse de la materia para verse libre de toda traba para remontarse a las mayores alturas de la idea, es en el caso como aquel en que este gran jeometra penetró en las profundas oscuridades de los primeros dias de la creacion planetaria, para atestiguar, como único en el mundo, la razon por qué la Luna tiene un movimiento de balance en torno imajinario que se dirije hácia la Tierra, i por qué nuestro satélite, o sea, nuestra hermosa lumbrera de las noches, nos privará para siempre del bello espectáculo de una de sus caras.

Esta es una de las flores bajadas del cielo a costa de uno de los trabajos intelectuales mas poderosos de que es capaz el hombre. ¿I para qué todo este esfuerzo supremo del cerebro humano?

Siempre la misma omnipotente razon: probar que toda aparente rebeldía de los cuerpos celestes, no es sino una flor mas que obliga al jeómetra a tomarla i traerla entre los hombres como lo mas resplandeciente de aquellas verdades que nos hablan con palabra divina de la magnificencia i perfeccion suprema de la maquinaria universal.

—Pero, en el cuadro que bosquejamos no nos es posible sino nombrar todos esos otros Prometeos, como Descartes,

Euler, Fouriere i otros, que han ido a robar el sacro fuego del Cielo, sino concretarnos a las dos estrellas mas brillantes del siglo XVIII, precursor del gran siglo XIX.

Tales son el inmortal jeómetra Laplace i el inmortal observador del Cielo, Williams Herschel. El uno, grande, inmenso; sin salir de las cuatro paredes de su gabinete, viéndolo todo, es decir, el Universo entero al traves de cifras aljebraicas, i el otro grande, inmenso, viajando sin cesar a traves de todos los espacios con el auxilio del poderoso telescopio. El uno como gran lejislador del cielo, i el otro como el gran recopilador de los tesoros celestes. El uno proclamando la inmutabilidad, la eternidad i perfeccion infinita de la maquinaria celeste i el otro, proclamando la grandeza infinita, sin término posible de la creacion. El uno es el dios de la jeometria i el otro es el dios del telescopio.

—Homero, Milton, Dante... cantores ilustres del cielo, vuestras arpas, que se llamaron divinas, ya están rotas sus cuerdas en mil partes, al vibrar aquellas pulsadas por la mano del inmortal jeómetra Laplacs. La *Ilíada*, el *Paraiso Perdido* i *La Divina Comedia* se convierten en meras sombras a la luz clarísima de esos dos poemas que se llaman *Mecánica Celeste* i *Esposicion del Sistema del mundo.*

Es verdad que el gran Newton dijo la palabra mas grande acerca del cielo, o sean las leyes de la Gravitacion Universal; ¡pero qué sombras tan oscuras surjieron despues, que apagaban tan inmenso brillo, tan divinales palabras! El mundo planetario no era inmortal.

Tal presuncion era hija de mil siniestros presajios, que en signos bien claros anunciaban que las leyes newtonianas no eran inmutables, i, por tanto, que el equilibrio planetario podia romperse i tambien el estelario i sobrevenir en algun tiempo el reinado del pavoroso caos.

I bien ¡cuán de cerca nos tocaba a nosotros, habitantes del mundo terrestre, tan inmensa catástrofe! En efecto, se habia encontrado un signo fatal que, en clarísimos caracteres, mas tarde o mas temprano, la Luna, nuestra eterna compañera de la noche, se desplomaria sobre la Tierra con esa velocidad tremenda que le dan a los cuerpos las leyes de la gravitacion.

Ya se comprenderá que dos mundos que chocan con fuer-

zas mas poderosas que todas las conocidas, su resultante será el caos en toda su pavorosa grandeza.

I con los mismos clarísimos caractéres se leia en otra parte, que el jigante del sistema solar, el gran Júpiter, de donde pueden salir mil quinientas Tierras, con sus cinco satélites, infaliblemente llegaria un dia en que tan jigantesco sistema se hundiria en las olas de fuego del padre Sol.

I en fin, la joya mas rica i mas hermosa del sistema solar, el gran Saturno, con su triple corona i sus diez lunas, tomaria el camino de algun otro sol que la diera mas calor, mas vida i mas luz, sobre todo para lucir mejor su real corona; pero, con mas seguridad, para ir a morir léjos del padre Sol por falta de luz i de calor, pues, llegar a engastarse en los dominios de otro sol, aun de los mas cercanos, seria una eternidad de millones de años a traves del vacío i de pavorosas tinieblas.

I bien, a semejanza de estos caractéres, por demas siniestros, mil otros que no es posible enumerar, que descompajinan las órbitas planetarias, que alteran la marcha acompasada, armoniosa i musical con que deben hacer sus movimientos las mil ruedas de la maquinaria solar, que alteran el tiempo de las revoluciones; todo esto, decimos, no se escapó a la penetrante vista del gran Newton, que espresó el hondo sentimiento de que las divinales leyes de la gravitacion, como la flor mas hermosa de los cielos, cojida por sus propias manos del jardin sideral, no eran, como él habia creido, la fuerza omnipotente que debia mantener el eternal equilibrio universal, sino que creia que alguna mano poderosa debia venir de cuando en cuando a reparar tan tremendo desórden.

(Pero entiéndase por tremendo desórden, fenómenos que no están al alcance de las pupilas materiales del hombre i que sólo se comentan secretamente i en el silencio del gabinete de los grandes jeómetras).

I cuando rodaba por el mundo profano, la tremenda noticia de la frajilidad del equilibrio planetario, fué entónces cuando bajó a la arena del palenque mas grandioso de todos los tiempos, el gran jeómetra Laplace.

El pueblo escojido de Israel seguramente no acojió con mas sumision i entusiasmo a su gran lejislador Moises, cuan-

do bajó de las alturas del Sinaí trayendo en sus manos sus tablas de la lei que cuando el inmortal jeómetra Laplace, como bajando del cielo, se presentó a la faz del mundo entero con su gran «Libro de Mecánica Celeste», o sea, el libro en que sin majía de ninguna clase i sin divina revelacion anunciaba a todas las jeneraciones presentes i futuras que el equilibrio universal era eterno. I quien habló por boca de la jeometría, o sea, por el sublime análisis matemático, es como si hablara por boca de una divinidad, porque es la única palabra infalible que puede bajar del cielo a la tierra, la única pupila que puede penetrar en los abismos, en donde la pupila material es impotente.

El idioma de la divina jeometría, en su acepcion mas sublime de el análisis matemático, si hubiera sido conocido de la antigüedad griega o romana, le habria llamado el idioma de los dioses; pero hoi basta con llamarlo el idioma de los jeómetras, pues que para ellos es sólo comprensible el idioma de la fórmula aljebráica; el mundo entero es ciego ante ella, i, sin embargo, es palabra resplandeciente de verdad para el jeómetra.

I bien, ahí está el gran «Libro de la Mecánica Celeste». Si la verdad tuviera la virtud de alumbrar como la luz material, este gran libro ofuscaria la luz del dia; i, no obstante, su palabra es oscura como la noche; no hai sino la pupila de los grandes iniciados en el sublime análisis matemático que puedan decirnos que ahí están consignadas las mas grandes verdades que han salido del cerebro humano. I decimos las mas grandes verdades, porque ahí están consignadas las palabras de los primeros dias de la creacion, o sean leyes nacidas en el seno de la eternidad de los tiempos, que no tienen principio ni fin. Verdades que sostienen al universo estelario en perfecto equilibrio, i que esos tres mundos que se llaman Luna, Júpiter i Saturno, de que ya hemos hablado, ya el primero no se precipitará sobre la Tierra, ni Júpiter sobre el Sol como simple mariposa, ni Saturno, el magnífico, irá a rodar espacios como niño aventurero.

El libro *Esposicion del Sistema del Mundo* es otra perla de brillo estraordinario, digna de figurar en el templo de Urania como estrella de primera magnitud. Este libro, como aquel de la *Mecánica Celeste*, hacen de esta jeometría eminente uno

de esos jigantes de la intelijencia, que cuesta trabajo mirar los como simples mortales.

Así, el gran Laplace, mirado de frente, por el anverso como personalidad cientifica, brilla como una montaña de diamante.

Pero, no hai que admirarse de que este gran jeómetra i filósofo tuviera grandes flaquezas, pues que los mismos dioses mitolójicos no dejaban de tener pasiones indignas de su divinidad: en efecto, el inmortal Laplace dentro del hogar doméstico dejaba de ser el águila de Júpiter para convertirse en ave de corral.

El que guardaba con el mismo esmero las llaves del departamento en que se depositaba el arroz i el azúcar i aquellas con que habia abierto tantas i tan sublimes puertas del cielo, no estaba en armonía con el inmortal autor de la *Mecánica Celeste* i *Esposicion del Sistema del Mundo*.

El lector disculpará este último concepto acerca del ilustre jeómetra Laplace, por ser enteramente ajeno al espíritu del presente artículo, así como uno que otro de la misma naturaleza que se espresa en otro lugar.

—Laplace i Herschel, ámbos subieron despues de Newton a las mayores alturas del cielo. El primero ya lo hemos visto como subió en alas de la sublime jeometría; pero, Herschel lo hará en alas del poderoso telescopio, cuya virtud es abrír los abismos del espacio, i que es como haberle robado las pupilas a alguna divinidad.

Herschel es un titan que quiere ver con sus propios ojos lo que hai en los abismos mas insondables de los celestes espacios, i lo consigue, ayudado por el telescopio i todavia por el telescopio construido por sus propias manos, trabajo que por sí sólo habria constituido una verdadera gloria para su autor.

I bien, todo lo que ve i todo lo que discierne de tal trabajo, que lleva el sello de una grandeza infinita de voluntad, de intelijencia i seguridad, está escrito en esos libros prodijiosos que se llaman *Transacciones Filosoficas*, que parece el trabajo de miles de obreros, trabajo de una fuerza de voluntad e intelijencia de tal naturaleza que equivale a la fuerza física que necesitaria un hombre, como la del bíblico Sanson, para echar abajo un templo.

¡Qué torrentes de luz se desprenden de las *Transacciones Filosóficas!* Desde luego, nuestro Sol, arrastrando consigo a todos los mundos de su imperio, dirijiéndose hácia la constelacion de Hércules, con una velocidad de 172,800 leguas por dia. La existencia de multitud de sistemas físicos de estrellas, o sea, sistema de Soles espléndidos, que van en familia jirando en torno de un centro de gravedad, que es un floron mas, i de inestimable riqueza, en obsequio de la verdad i universalidad de las leyes newtonianas.

Mil nubecillas imperceptibles a la simple vista desplegando ante la pupila telescópica toda la grandeza de verdaderos universos recamados de millones de espléndidos soles. Descubrimiento del lejano i gran mundo, hijo del sol llamado Urano i sus satélites. ..

I en fin, bien se puede decir que durante los treinta o cuarenta años que Herschel fué astrónomo, hizo caer dia por dia, sobre la Tierra una verdadera lluvia de flores celestes de inapreciable valor.

I decimos *miéntras fué astrónomo*, porque el gran Herschel durante los primeros años de su vida no fué otra cosa que un hábil profesor de música, que a la edad de treinta años aun tocaba el órgano en la catedral de Halifax.

Este es el jénio humano elevado a su mayor potencia de voluntad e intelijencia.

En la antigüedad se dijo del mas grande astrónomo de esa época, del grande Hiparco, que habia hecho la obra de un dios porque habia contado las estrellas del cielo sin otras pupilas que las naturales. I bien ¿qué podria decirse de la obra del que descubrió tres o cuatro mil nebulosas como otros tantos jardines donde brillan millones de flores siderales, del que resolvió en brillantes estrellas los abismos nebulosos mas profundos de la Via Láctea; del que pobló las constelaciones, aun las mas pobres a la vista, en centenares o miles de estrellas...?

En una palabra, ¿cómo podrá clasificarse al autor de las *Transacciones Filosóficas*, cuyas pájinas mas parecen escritas por algun viajero que en realidad ha bajado de las estrellas a la Tierra i no que un simple hijo de esta insignificante morada hava podido desde acá ver tan estupendas creaciones i descifrar tan hondos misterios?

Nace, pues, el siglo XIX mecido entre las luces mas bellas del templo de Urania: la gran filosofía natural arrancada de los misteriosos campos celestes es el ornato mas esplendoroso para el espíritu humano, con que los siglos XVI, XVII i XVIII han dotado al hombre del siglo XIX.

Pero este brillante siglo nacido cual riquísimo heredero, i que bien pudiera decirse de él que ha nacido entre pañales de púrpura, no será el hijo opulento dueño de tan inmensas luces que se deja fascinar por el brillo de tanto esplendor, no, el siglo XIX será su digno vástago que no hará de sus riquezas un arma de simple ostentacion, sino un arma de prodijiosos trabajos.

En efecto, dentro del siglo XIX el hombre, talvez evocando la antigua sentencia del filósofo Bacon—«Si quereis tener luces verdaderas dadle tormento a la naturaleza hasta hacerla hablar»—talvez, decimos, alentado de tal precepto, se lanzó con sublime ímpetu i osadía en lucha abierta con la naturaleza. I si en los tres siglos anteriores se conquista, mediante la jeometría i el telescopio, lo mas rico del imperio del infinitamente grande, el siglo XIX, por medio del poderoso i diminuto microscopio, se apodera del imperio no ménos grande del infinitamente pequeño.

El dios Vapor solo deja conocer su divinidad en el siglo XIX, i con él la fuerza soberana que da vida i movimiento (suprimiendo la fuerza humana) a millones de maquinarias, i hace deslizarse las mas poderosas naves, como un torbellino, a traves de los mares.

La diosa Electricidad, como el vapor, tambien divinidad del siglo XIX, es luz casi tan bella como la del Sol, fuerza tan potente como la del vapor: es divinidad que hiere como el rayo, i de la misma manera puede dar vida i salud, es la hada de alijeras alas que vuela con la rapidez del pensamiento i de aquí el *telégrafo* i el *teléfono*, hijos del siglo XIX.

La naciente navegacion aérea i submarina son otras dos hermosas hijas del siglo XIX, que allá por el siglo XX irán a hacerse dueñas del reino de los aires i tambien de aquel del fondo de los mares.

La química, la física, la paleontolojía, la jeolojía... han dado sus mas hermosas flores en el siglo XIX.

.....

Pero nuestro tema no es éste, aunque lo quisiéramos. Navegar en ese mar de útiles i brillantes descubrimientos que se han llevado a cabo en el siglo XIX, es para náuticos de aquellos que pueden ir victoriosamente a la conquista del Vellocino de oro.

Nuestra tarea es simplemente dar a grandes rasgos, i si se nos permite la espresion, dar a conocer, a brocha gorda, la obra de nuestro siglo en los campos celestes, así como lo hemos hecho en lo referente a la herencia que en flores del Cielo legaron los siglos pasados al brillante siglo llamado de las Luces.

I bien, a esa corona de luces inmortales tejida con flores del cielo por los tres siglos pasados, el gran siglo XIX le ha agregado riquísimos diamantes traidos de esos mismos campos siderales.

Tales son, entre otros muchos, los grandes anteojos astronómicos, que tan inmenso poder han dado a la pupila humana, sin que esto quiera decir que el telescopio, hijo del siglo XVII, no siga siendo un poderoso factor que sabe abrir los mas profundos abismos del cielo.

I con el objeto de manifestar la confraternidad del anteojo i de la jeometría i del poder de ámbos cuando dirijen sus pupilas al cielo, i por tanto, el poder del hombre, que es aun mas grande en la casa ajena que en la propia, que es la Tierra, pondremos de relieve dos hermosos ejemplos que honran al siglo XIX.

Uno de esos prodijios es la prediccion analítica del gran astrónomo Bessel de un satélite completamente invisible que debe jirar en torno de la estrella Sirio, la mas bella del cielo. I bien, aquí está el gran prodijio, once años ántes de que se pudiera certificar la profecia del misterioso satélite por medio del anteojo astronómico ya se sabia que dicho cuerpo debia jirar en una órbita elíptica, bastante alargada en torno de la hermosa Sirio, a razón de siete grados por año, i completar una revolucion en cincuenta años, el ángulo de posicion de 85 grados i distancia aparente de 10″.

I, como decíamos ántes, solo once años mas tarde, en 1862, un astrónomo americano, Alban Clark. pudo descubrir, mediante uno de los mas poderosos anteojos del mundo, el misterioso satélite, bajo las mismas condiciones con que la

jeometría ya habia hablado, i a donde fatigosamente habia llegado la pupila del mas grande anteojo astronómico.

I como éste es uno de los muchos casos en que no faltará quien pregunte ¿i para qué sirve esto? La contestación será la misma de otras veces.—Una de las mas hermosas pruebas de las leyes de la Gravitacion Universal i una de las mas espléndidas victorias del análisis matemático, i todavía que algo tiene que hacer con nosotros, es decir, que la Luna jamás se nos vendrá encima.

—El gran mundo llamado Neptuno, el mas lejano de los hijos del Sol, perdido entre las brumas de mas de mil millones de leguas del centro de la vida, de la luz i del calor, es otro gran fenómeno que admirar; i como en el caso anterior, dos prodijios a la vez, el uno del astrónomo Le Verrier, que valiéndose de esos ojos semi-divinos del análisis, predijo la existencia de un gran mundo de la familia del sol, oculto desde la eternidad de los tiempos en el mas profundo de los misterios, velada su existencia para el ojo del hombre por un abismo de distancia; i sin embargo, la palabra del análisis matemático, infalible cuando habla, señaló un punto preciso del espacio en la constelacion de Capricornio. Tocábale a los grandes i poderosos anteojos hacer el prodijio de encontrar ese punto en el cielo, i fué encontrado en la ínfima pequeñez de estrella de octava magnitud.

I este mundo, ciento diez veces mayor que la Tierra, de la manera analítica como ha sido encontrado sin otro indicio de su existencia que el mas levísimo movimiento irregular del planeta Urano en su órbita, es como lo han espresado los mas grandes astrónomos, uno de los triunfos mas espléndidos de la verdad incontestable de las leyes de la gravitacion universal.

Al anteojo astronómico se debe el descubrimiento de doscientos pequeños mundos de la familia del Sol, que son otras tantas flores puestas por la mano del siglo XIX en el templo de Urania.

Todos ellos tienen una rejion del Cielo que les es propia entre las grandes órbitas del rojo Marte i el jigante Júpiter.

I aunque en el espacio infinito, relativamente, todo es pequeño o grande, pues, el mismo padre Sol, un millon quinientas mil veces mayor que la Tierra, en el espacio infini-

to, es un simple grano de arena, dentro del sistema llamado Solar, es un jigante; es un portento de grandeza. Así, no hai que estrañar que mundos como estos, viviendo entre otros grandes cuerpos de la misma familia, se les considere como la parte infantil de dicha familia, haciéndose notar entre èllos Juno, Palas, Vesta i Céres, como los hermanos mayores, tanto por haber sido los primeros descubiertos, como por ser los mayores en volúmen.

I luego, sin salir de nuestro sistema planetario, el anteojo astronómico ha contribuido a adornar el gran ramillete de celestes flores con dos satélites del planeta Marte, uno mas para el gran Júpiter, ocultos hasta hoi a causa de su estremada pequeñez i dos mas para el gran Saturno.

La fotografía celeste, o nuevo modo de fijar la posicion de los astros, es otra de las maravillas astronómicas del siglo XIX, lo cual permitirá, en algun tiempo mas, tener de los espacios celestes la imájen mas perfecta, aun de aquellas mas profundas, como son las rejiones de la Via Láctea, i con tal facilidad relativa a aquellos de los pasajes meridianos, con tan poca fatiga del observador i con tan maravillosa exactitud, que, al fin de algun tiempo, conocer el cielo solo será cuestion de estudiar los mapas celestes como se observan los mapas terrestres; la diferencia consistirá en que en aquéllos la exactitud será inmensamente mayor.

Mecida la cuna del siglo XIX entre tan espléndidas luces astronómicas como las que ya hemos enunciado, no obstante, este siglo XIX ha sabido adornarse de luces mui bellas, una que otra de las cuales venimos de manifestar.

Mil otras hai tomadas de los campos celestes que le hacen honor; pero entre ellas hai una flor tan bella, de tan suave aroma, tan artística, tan delicada i tan gráciosa, que bien podemos agregar que es rayo de luz nacido de otro rayo de luz como una divinidad.

En efecto, de los rayos luminosos del sol ha nacido lo que se llama *química celeste*, ciencia nacida en el siglo XIX, cuyos grandes pontífices son el grande óptico Frauenhofer i los dos célebres naturalistas Bunsen i Kirchoff.

El primero descubrió que la banderola de siete colores del espectro solar estaba siempre cruzada por rayas negras mas o ménos anchas i siempre dispuestas de la misma manera i

en los mismos lugares, o sea en un mismo color del espectro, i esto sucedía con la luz refleja de todos los cuerpos del sistema solar; pero que estas rayas negras eran diferentes para cada estrella, o sean, otros tantos soles de luz propia.

Hasta aquí el grande óptico Frauenhofer, i principia el trabajo de los dos profesores de física i química de la Universidad de Heidelberg, i aquí principia tambien a dibujarse la belleza inmaculada de esta flor, hija del siglo XIX, que se llama *química celeste,* o sea aquella ciencia mediante la cual al hombre le es posible fijarse en la mas bella o la mas lejana de las estrellas, allí donde campean billones, trillones de leguas, allí donde una bala de cañon no llegaria en millones de años, i, no obstante, el hombre puede hacerce la ilusion que por arte májico ha reducido al mas espléndido Sol al tamaño de un bello diamante, que puede tomarlo entre sus dedos i analizarlo como el químico analiza una piedra cualquiera, con la diferencia que en el presente caso tal operacion es tan delicada, tan llena de encantos para la vista, que bien pudiera decirse que allí donde no se ven sino rayos de luz solo una divinidad podría descifrar lo que en tal idioma digno de dioses se dice: Pero el hombre del siglo XIX sabe comprenderlo.

En efecto, el gran descubrimiento de los profesores Kirchoff i Bunsen consiste en la virtud tan oculta i tan misteriosa de toda sustancia mineral, que una vez que entra al estado de ignicion arroja una luz que le es peculiar a cada una de ellas en el sentido del número i órden de las rayas luminosas u oscuras con que se dibuja su espectro.

I he aquí un libro abierto cuyos caracteres mas bellos que si fueran de diamante, pero mas enigmático que las palabras de una sibila, sin embargo, dejan que el iniciado en estos sublimes misterios pueda leer ahí lo que se esprese en el mas clarísimo idioma, el idioma de la luz, i poder conversar con las mas remotas estrellas, hasta obligarlas a descubrir todos los secretos de su naturaleza íntima, i con ello una luz inmensa i dulcísima para el espíritu humano el cual, siempre ávido de claridad, en el presente caso, se encuentra satisfecho de estas nuevas luces que le hacen confidente del Universo entero, i todavía, a mas, una palabra de oro para la gran filosofía racional.

¿I por qué no hemos de decirlo? Esta es una flor arrancada de los jardines celestiales que bien puede disputar el premio de la belleza a cuantas otras han sido bajadas de los campos siderales.

—I, en fin, un gran filósofo ha dicho: cuando Dios hizo el Universo, a la vez hizo jeometria. No se estrañará, pues, cuando digamos que si el hombre ha ido, mediante el telescopio i el anteojo astronómico hasta los abismos del cielo, mediante la divina jeometría, ha subido en gloria i majestad hasta el infinito.

En fin, bajó en un dia del siglo XIX al santuario de uno de los mas grandes astrónomos del mundo, algo como una mariposa de luz, a la cual éste le preguntó: ¿de donde vienes?—De la estrella mas cercana de nuestro mundo, de la brillante estrella Alfa Centauro.—Si acaso tienes las divinas alas de la diosa Luz, hará mui pocos momentos que saliste de aquel bello sol; pues las 96 mil leguas que anda un rayo de luz que sale de nuestro hermoso satélite, solo emplea poco mas de un segundo de tiempo en llegar a la Tierra.—Soi la misma diosa Luz, si os place, i debeis creerme, que a ese abismo pavoroso en que mora la estrella Alfa Centauro, ese rayo de luz que va hasta vuestra Luna en poco mas de un segundo, no llega allí ni en muchos segundos, ni horas, ni dias; pues, hace tres años i siete meses que, con el raudo vuelo mas poderoso que se conoce, de 76 mil leguas por segundo sin por un momento darle descanso a mis potentes alas, he podido llegar hasta ver desde aquel radiante sol.

Ahora, desde aquí parto hacia ese otro espléndido sol que se llama Alfa Capella, adonde demoraré en llegar 72 años, despues de recorrer 170 billones 400 mil millones de leguas.

—I la celestial mariposa rosando con sus luminosas alas la frente del gran astrónomo Bassel, le dejó el grandioso secreto de la Paralaje de las estrellas, una de las mas radiantes flores bajadas del cielo durante el Siglo de las Luces.

Envuelto en luces celestiales nació, pues, el gran siglo XIX, que traducido a otro idioma, quiere decir que dicho siglo nació sapientisimo conocedor de las pájinas mas bellas del libro de la Filosofía Natural que, unidas a otras gloriosas pájinas del mismo libro, que ha sabido descifrar por su propio esfuerzo, tales como las que acabamos de apuntar, dan

a este siglo XIX un esplendor digno de admiracion; i en fin, tanta grandeza de luces celestes salidas de entre las manos de los siglos, XVI, XVII, XVIII, i XIX, es la réjia herencia recojida por el siglo XX, que brillará en el tiempo con luces tan desconocidas, quo talvez apaguen las esplendorosas del siglo XIX. Así se debe entender el paso triunfador, potente, luminoso con que hoi el astrónomo marcha a traves de las celestes esferas.

I bien, hasta aquí las flores del cielo, es decir, las mui pocas que hemos podido escojer para colocarlas en la tumba del siglo XIX, o si se quiere, como ya lo hemos anunciado, para adornar la frente del naciente siglo XX. Es verdad que ellas desafian en hermosura a cuantas otras se puedan cojer en jardines ménos brillantes que las del cielo; pero estas flores acá abajo son tambien de admirable belleza, de deslumbradores matices i de los mas deliciosos perfumes; i sobre todo, una abundancia tal i de tal variedad, que parece que la naturaleza, al fin, cansada de tanto luchar con el hombre por ocultarle sus mas escondidos tesoros de bellezas, al fin, decimos, le ha abierto millares de puertas, que significan otros tantos tesoros que, a su voz, formarán la corona de uces inmortales que lega el siglo XIX al naciente siglo XX.

EL ANÁLISIS MATEMÁTICO

I

Así como el Sol es la celeste lámpara que alumbra los mundos planetarios, el Análisis Teórico, chispa nacida del cerebro humano, es la antorcha que alumbra a traves del Universo entero.

Tal es el tema que me propongo desarrollar en el presente trabajo, el cual es escojido entre aquellos que a su simple enunciacion despiden hermosas cambiantes de luz i tal que, ni al oido ni al corazon lleven ruidos estraños que vayan a alterar la serena tranquilidad en que debe conservarse el espíritu del lector. Motivo por el cual, dedico este trabajo a la juventud estudiosa.

I bien, como dicho tema he ido a buscarlo a las altas rejiones de la mas sana filosofía, como se desprende de las pocas palabras que nos sirven de introduccion, me voi a permitir hacerlo descender poco a poco hasta la humilde planicie.

I deseo que al bajar no haga mas ruido que el ala del ave cuando desciende de la altura en busca de una rama verde en que posarse.

La Plácida Luz del cielo, al caer sobre el blanco seno de la hermosa perla, conviértéla en trasparente i diáfana; al caer sobre la bella flor, la da brillantes colores i delicioso perfume; al caer sobre el claro i terso diamante, conviértelo en estrella de siete colores; al caer sobre la tenebrosa atmósfera en que se envuelve la Tierra, trasfórmala en el azulado i diáfano manto de los espacios; al caer sobre la apagada i solitaria Luna, conviértela en la dulce i clara antorcha de la noche.

De la misma manera, que la plácida luz del cielo, todo lo trasforma i lo tiñe con los mas bellos colores del iris, así tambien la luz de la verdad, al caer sobre el cerebro humano, trasfórmalo en el misterioso prisma de donde brota la divina luz de la intelijencia.

Supongo, que el lector mil veces habrá leído este hermoso pensamiento alegórico. «Todas las mañanas la Aurora, con sus dedos de rosa, viene a abrir las etéreas puertas del oriente para dar paso al luminoso dia».

Yo, a mi vez, parodiando tan bella fantasía me permitiré decir: que la luz de la intelijencia en la infantil humanidad al desplegar dia por dia sus impalpables alas, ábrense poco a poco las infinitas puertas i ventanas del lóbrego palacio en que vivia, con la misma suavidad i dulzura con que la rosada aurora abre todas las mañanas las puertas del oriente, con la diferencia que, en lugar de penetrar por ahí el luminoso dia, siempre seguido de su inseparable compañera, la negra noche; lo que penetra es dia sin noche i sin estar perturbada su eterna serenidad por otros écos que el de las suaves armonias que brotan del cadencioso movimiento de la vida universal. Tal es, pues, el tema que me propongo desarrollar. Sin embargo como mis fuerzas son mui limitadas, os prevengo, queridos lectores que solamente os llevaré a una rejion alumbrada con las débiles i suaves luces de la mañana i no con la espléndida claridad del medio dia; por que no es lo mismo dirijir la vista al sol naciente, que mirar a este astro frente a frente cuando alumbra desde lo mas alto del cielo.

Quebraríanse los dedos del inspirado vate i romperíanse las cuerdas de su lira, si una sola de sus notas pudiera interpretar la belleza, la suavidad, la pureza, lo etéreo, lo impalpable..... de un solo rayo de esa luz con que el sol, sin tasa ni medida, inunda la Tierra i llena de fulgores los celestes espacios. Ni aún las cuerdas de oro que, con tan celeste dulzura, hicieron vibrar los cantores sublimes del Cielo i de Ilion, Milton. Dante i Homero i cuyos divinos acordes se oirán a traves de todos los siglos, ni aún ellos, decimos, nada produjieron que fuera digno de interpretar la deslumbrante belleza de un solo átomo de esa luz que el cielo nos envia a torrentes.

¡Quien podria cantar entonces esa luz que brota del cerebro humano, que alumbra lo que el sol mismo no puede alumbrar, pues, va hasta el fondo de los espacios donde los rayos del sol llegan muertos i apagados, así como desde cualquiera otra estrella del firmamento.

En efecto, los rutilantes astros del cielo, siempre envueltos en torbellinos de luz, ván derramándola a torrentes en su vertijinoso i eterno viaje por el vacio; i sin embargo, tanta luz, tan imponderable luz, tan ofuscadora luz, se apaga, se adormece o se vuelve pálida como la muerte, i el hombre sin mas lámpara que la que arde en su frente, se presenta en esas interminables i misteriosas rejiones. I entonces, ni necesita la luz de tantos i tan inconmensurables soles, ni tampoco le deslumbran; le es indiferente para tomár las pulsaciones del universo, para contarle muchas de sus infinitas ruedas i para palpar con asombro i profunda admiracion que para viajar por los espacios en busca de sus términos, vale tanto llevar las alas de una simple mariposa, que en el jardin solo puede volar de una flor a otra, como llevar las blancas alas de la diosaLuz, a la cual le basta un segundo de tiempo para atravesar las ochenta mil leguas que median entre la tierra i su inseparable compañera, la Luna, i ocho minutos para ir hasta el mismo Sol; esto es atravesando 38 millones de leguas casi con la rapidez del pensamiento.

Pero ¡oh poder incomensurable, el de la luz de la intelijencia! Hai un rayo de esta luz, que, cual hilo invisible, se hunde en el tenebroso infinito; va hasta mas allá de los mundos telescópicos, es decir, mas allá de la Via-Láctea, rio de luz que corre por un lecho de estrellas; mas allá aun de esas nubecillas ténues. vaporosas, blanquecinas, llamadas nebulosas, cuyas infinitas esferas estan alumbradas por tantos soles como gotas de rocío lleva en su seno la blanca nube que vemos flotar en el aire; hasta mas allá, digo, de estas nebulosas que marcan el fin de nuestro universo i el principio de otros infinitos. I en fin hasta donde el hombre ya nada ve, nada siente, por que los cristales de su telescopio perdieron ya su misteriosa virtud. Pues, bien, ese hilo invisible que se hunde en el abismo de los espacios, como la sonda del marino que busca el lecho del profundo mar, no es otro que el análisis matemático. Ahora ¿quereis saber lo que es el análisis matemático? Os lo diré en las menos palabras posibles: es una llave que parece fabricada por semi-dioses.

En efecto, uno de sus primeros artifices, fué el que en remotas antigüedades llevó el nombre de el divino Pitágoras,

pues, allí brilla con el esplendor de una estrella, una preciosa piedra puesta por sus propias manos i entre cuyos rayos mas purísimos se lee: «En todo triángulo rectángulo, el cuadrado de la hipotenusa es igual a la suma de los cuadrados de los catetos.»

Nadie da un solo paso dentro de los linderos de la Jeometria (i aquí apelo al recuerdo de muchos de mis lectores) sin que se vean obligados a llevar esa verdad, fija en su mente, a modo de lámpara de suave luz que siempre debe alumbrarle el camino. Sin embargo para el estudiante es una humilde chispa de luz, que mas tarde no espera encontrarla ostentándose como una de las mas hermosas luminarias del templo de la ciencia.

Por no cansar no citaré el nombre de muchos de los inmortales artífices que, por sí propios han forjado nuevas piezas para perfeccionar esta llave maravillosa. Me contentaré con nombraros por de pronto a Isaac Newton, a quien, con sobrada justicia, se le saludó un dia con el nombre de «*ornamento de la especie humana*», el cual se puede decir, dió la última mano a esta otra, que en sí lleva tantas virtudes; la mas grande que ha salido de la mente humana, el magno descubrimiento del Cálculo Infinitesimal, i que fué lo mismo que haber incrustado un rayo de sol en esa májica llave que iba a servir ¿Para qué uso? nada menos que para franquear muchas de las infinitas puertas del insondable firmamento. Los artífices que han contribuido a forjar estas llaves misteriosas, son, pues, dignos de llevar el título de semi dioses, con que los designé poco ántes.

Ahora, supongo que deseais caro lector, preguntarme ¿qué acepcion debe dársele a la atrevida i talvez insensata frase que acabo de emitir, de que el hombre se ha construido una llave digna de un Dios, con la cual puede franquear las puertas del estrellado firmamento?

¿Acaso es posible que el hombre pueda abrir esas eternales puertas que, desde el dia de la creacion, jamas jiraron, ni una sola vez, en torno de sus ejes de diamante?

¿Acaso es posible que el hombre pueda aún, sumerjir su vista en mas hondos abismos que los que le permite el poderoso tetescopio?

Siguiendo la hilacion de lo ya espuesto, me parece, que

es necesario que especifique mas claramente que alcance le doi a esa enfálica frase, «de abrir las puertas estrelladas del firmamento». Para ser mas claro i conciso, pondré un ejemplo.

Un dia Juan Keplero, trastornado de sublime emocion, al clavar la vista en el estrellado cielo, saludaba los celestes mundos planetarios, diciendo: «Despues de 22 años que he andado palpando todos los muros en medio de las profundas tinieblas de la ignorancia, al fin he dado con la brillante puerta de la verdad». Juan Keplero habia descubierto, despues de 22 años de trabajo, las tres inmortales leyes con que se gobierna, se ha gobernado i gobernará, en todos los tiempos, el sol i toda su celeste familia, incluso el mundo que habitamos.

Desde ese dia, las tres divinas leyes, en forma de tres soles, brillaron en la frente de Keplero, i el mundo le aclamó inmortal.

Sin el análisis matemático, no se habrá encontrado jamas esa brillante puerta de la verdad, la cual, al jirar por primera vez en sus ejes de diamante, llevó a los oidos de Keplero el ruido de inmortales armonías que para siempre embargaron su alma de celestes goces.

Otro ejemplo.—El mismo Isaac Newton, de cuya corona de gloria ya conocemos algunas de sus mas lucientes perlas, fué el predestinado para abrir del estrellado firmamento, talvez la mas grandiosa de sus eternales puertas.

Esta vez Isaac Newton, cual moderno Prometeo, fué tambien al cielo a buscar una chispa del divino fuego, pero no furtivamente como el Prometeo mitolójico, sino que en luminoso carro llegó hasta la puerta de oro que ocultaba una de las mas hermosas centellas del fuego celeste ¿I qué era lo que allí en simbolos misteriosos, habia escrito? Nada ménos que el secreto de la vida i conservacion universal, es decir, las leyes del amor i simpatia con que todos los mundos del firmamento, con fuerzas colosales, se ligan i sostienen los unos a los otros en medio del océano sin fondo del vacío. Tales son las leyes divinas de la Atraccion Universal.

I esos mismos brazos de fuerzas titánicas que forman la cadena sin fin con que se entrelaza todo lo que en su seno encierra el universo, cuando bajan hasta nosotros, se hacen

tan suaves i delicados como los brazos del céfiro cuando deja caer la amarilla hoja que arrancó del árbol.

I en fin, ¿si se quiere apreciar la importancia i riqueza de otras puertas del firmamento, por ejemplo, de aquellas que a centenares ha abierto el hombre mediante la llave májica del análisis, bástenos unos pocos ejemplos mas.

Si durante las noches primaverales i estivales dirijes la vista al cielo, la estrella que por su tamaño i brillantes resplandores, os llame mas la atencion estad seguros que esa es la bella Sirio. Su luz, aunque de deslumbrante blancura, parece no obstante, que allí se hubiera desleido alguna gota escapada de la tinta azul del cielo.

I bien llegó un dia en que dos célebres astrónomos, Bessel i Peters, desde el interior de sus gabinetes i siempre con la misma llave májica del análisis, abrieron una pequeña puerta del cielo i pudieron ver con los ojos de la mente, que el astro mas bello que adorna el azulado manto de la noche. ocultaba un gran misterio, por que sus pulsaciones no eran regulares.

I en fin, para decirlo todo de una ves, que allí donde solo parecia haber un mundo, eran dos luminosos globos, grandes como el Sol, que nadaban por el espacio, eternamente unidos en sus misteriosos destinos. Ahora bien, hace mui pocos años, se puede decir en nuestros dias, con los lentes mas poderosos que hasta hoi se han construido, solo ha sido posible ver una casi imperceptible raya que parte por medio a la blanca Sirio, confirmándose asi lo que ya el análisis habia ido a investigar con sus lijeras alas.

¿Sabeis lector a qué distancia? juzgad por los datos que os voi a dar.

Suponed que enviais a la blanca Sirio una ave mensajera, pero teniendo cuidado que sus alas sean dos rayos de luz. En el tiempo que demoro en decirlo, llegaria a la Luna, es decir, en poco mas de un segundo de tiempo, i en ocho minutos mas llegaria al Sol, despues de haber recorrido 40 millones de leguas.

Ahora sin duda creereis que en ocho minntos mas el ave mensajera puede llegar al término de su destino, a ese otro sol que se llama Sirio. Pero, os aseguro, qne ni aun llegará en ocho horas, ni tampoco en ocho dias, ni en ocho meses,

i todavia ni aun en ocho años; pues, solo a los 22 años el ave mensajera, andando 76,000 leguas por segundo, vendrá a desvanecerse como una sombra entre los resplandores de Sirio.

Ahora amontonad en vuestra mente leguas sobre leguas, millones de leguas sobre millones de leguas, a vuestro capricho, a vuestra fantasía i tendreis la distancia de uno de nuestros mas vecinos mundos a nuestra humilde morada. Los rayos del Sol no llegan ahí, pero llegan los de la mente humana, en alas del análisis jeométrico.

En fin, voi a poneros mi último ejemplo, por pertenecer, como el anterior a nuestros dias; pues el jigante o titan que se atrevió a descorrer el velo que habia ocultado hasta entónces a todo ojo humano un otro mundo hermano de la Tierra, se puede decir, que acaba de morir.

La Tierra, así como cada uno de esos otros mundos que forman la celeste familia del Sol, Mercurio, Vénus, Marte, Júpiter, Saturno... la cadencia i armonía de sus movimientos depende de la órbita que recorre. El astrónomo conoce las notas que corresponden a cada uno, i son tan precisas que el gran Keplero creia que, ál rodar de todos ellos celestial música llegaba a sus oidos.

Pues bien, en medio de este concierto que diariamente baja de los cielos al oido del astrónomo, una nota tocada por ajena i misteriosa mano se hacia oir en las cuerdas de oro que, tan melódicamente vibran al rodar el jigante Urano en torno de su inmensa órbita.

Pero, el astrónomo no admite jenios juguetones ni caprichosos que vengan a alterar la solemne majestad de las leyes de la naturaleza; por tanto, para llegar al descubrimiento de esa mano oculta i misteriosa, no habia mas senda que la marcada por ese hilo de celeste luz que solo es visible a los ojos del jeómetra.

Tocóle al inmortal Le Verries hacer esta sublime peregrinacion en busca de lo enteramente desconocido. Es verdad que el camino tendria que ser larguísimo i de infinitas penalidades, pero nunca le faltarian hermosas estrellas que hicieran pleno dia, ni tampoco infinitas perlas i flores que fueran constantemente rodando a sus pies. I luego, viajar por las celestes esferas, no es como viajar por la Tierra; en

ésta, es el trabajo material del cuerpo i en aquellas, es solo la fatiga de la mente mientras que la materia reposa.

Guiado, pues, el inmortal jeómetra por la divina luz del análisis i despues de haber traspasado la órbita de Marte, la inmensa rejion de los pequeños planetas, i todavia, las remotas órbitas de los planetas jigantes, Júpiter, Saturno i Urano coronados de veintidos lunas; i todavía despues de haber hundídose mas de 300 millones de leguas mas allá de los reinos del grande Urano, i por tanto, ya en las heladas i sombrias rejiones que estan a mas de mil millones de leguas del Sol, solo entónces fué cuando el análisis, de entre sus mil facetas de deslumbrante claridad, dejó ver al inmortal jeómetra, la imájen tristísima, melancólica i sombría de un inmenso i colosal mundo, 110 veces mayor que nuestra Tierra i recibiendo del padre de la vida, de la luz i del calor, apénas unos miserables rayos, tan pálidos i muertos que harán talvez para siempre de este mundo la morada de la eterna melancolía.

Ahora, contestando, desde luego, a la pregunta que seguramente está en los labios del lector os diré que en virtud de las supremas leyes de la gravitacion universal, la debil perturbacion que se notaba en los movimientos del grande Urano, provenia de la fuerza atractiva de algun cuerpo hasta entonces desconocido, o mejor, si quereis, era la mano oculta de ese mundo colosal i solitario, que hoi lleva el nombre de Neptuno, que hacia vibrar una de las cuerdas de oro del grande Urano, dando una nota ajena a las que produce su natural i acompasado movimiento al rodar eternamente por su inmensa órbita.

Traduciré mas claramente el pronóstico que con el sublime brillo de una verdad matemática, el gran jeómetra lanzó al mundo el 31 de Agosto de 1846—Allá, en los últimos confines de nuestro grandioso sistema planetario, a una distancia de mil cien millones de leguas del Sol; allá donde este astro poderoso, solo envía una milésima parte de la luz i del calor, (i por tanto de savia vital) con que alumbra i calienta a la Tierra, hai un mundo cuyo volúmen es tal, que de él pueden salir 110 globos como el que habitamos, i su actual situacion en el cielo debe ser a las inmediaciones de la mui conocida estrella de la constelacion austral de

Capricornio; o mejor aun, su lonjitud hiliocéntrica es de 327°24'.—Yo agregaré de mi parte, que este último dato es como poner el dedo en el lugar que se quiere indicar, de donde resultó que el gran astrónomo Galle de Berlin, el mismo dia que recibió el anuncio dado al mundo por el inmortal Le Verrier, mediante un poderoso telescopio que inmediatamente colocó en la misma direccion indicada, vió que se pintaba en el campo, de vista un punto mui pequeño i mui pálido, como estrella de 8.ª magnitud invisible a la simple vista, i el cual, sometido desde ese momento a todo el rigor de la observacion astronómica, resultó ser ese mismo mundo, hermano de nuestra Tierra, predicho por el gran Le Verrier, a mil cien millones de distancia del Sol i 110 veces mayor que el globo que habitamos.

Ahora, decidme, amable lector, ¿qué pensais de las virtudes de esa llave májica, que lleva el hombre de análisis matemático, i que os dije poco antes, habia sido fabricada como por manos de semi-dioses, i con la cual, como habeis visto, se han descubierto tan portentosas verdades que parecian estar para siempre veladas a la humanidad?

¿No es verdad que, a la vista de los pocos ejemplos que os he puesto, está mui léjos de ser una frase pretenciosa i hasta insensata, decir que el hombre ha podido, eclipsando la luz de los astros, con la sola luz de su mente, ir hasta las mas altas cumbres del estrellado firmamento i abrir algunas de sus eternales puertas?

II

AHORA VAMOS A HACER UN POCO DE HISTORIA

El hombre ha principiado á hacerse verdaderamente analista, desde hace cuatro siglos, esto es, desde que Bacón dijo —"Si quereisl uz, atormentad la naturaleza."—No de otro modo o con la misma seguridad con que hoi un maestro de fisica dice a sus alumnos:—Si quereis ver saltar una brillante chispa sin necesidad de fuego, oad vuelta esa manivela que lleva consigo un disco de cristal i la tendreis tan clara i resplandeciente como si hubiere sido arrancada de los rayos del sol.

Sublime inspiracion fué la de Bacón al señalar al hombre el cielo i la tierra, al uno, con su sol, sus estrellas i sus mundos planetarios, i la otra, con sus floridos valles, sus desiertos, sus ríos, sus montañas, sus mares... i decirle:—He aquí el único libro de pura i eterna luz; estudiadlo.

Esta sentencia hizo tan feliz eco en el hombre que, bien se la puede reputar como una de las mas gloriosas concepciones nacidas del espíritu humano. En efecto ¡cuánta grandeza i novedad encerradas en tan pocas palabras! I sobre todo cuánta majia; porque a haber sido lanzada por alguno de los filósofos de la antigua i clásica Grecia, es mas que probable que no hubieran existido esos catorce siglos de tinieblas que constituye lo que se llama *Edad media*, a cuyo término, allá por los siglos XII i XIII, la humanidad aparece sumerjida aun en letárjico sueño intelectual. Pero, al oir esa voz que dijo: ya está encontrado el libro de la verdad; levantaos; el hombre como sacudido por la varilla de algun encantador, despierta i desde entonces principian a aparecerse por todas partes sublimes obreros, desconocidos hasta entonces, escalandos, los unos, el cielo i los otros bajando hasta las profundidades de los mares i hasta las entrañas de la tierra.. i todos en busca del precioso tesoro prometido: la Verdad.

I sin embargo, sin esperar la voz de Bacón, otros obreros aun mas audaces ya habian emprendido el escalamiento del cielo en busca de flores mas bellas de las que creian encontrar en tierra.

Ahora, lo natural es preguntarse ¿dónde están esas alas corpóreas que permitan al hombre viajar por las esferas en que se mecen el sol i las estrellas, con la misma facilidad que lo haría un rayo de luz? Sin embargo ¿quién no sabe que el hombre en lugar de frajiles alas materiales, tiene algo mas que eso, algo que es tanto como ese mismo rayo de luz, pues que lleva en su cerebro la divina antorcha de la intelijencia?

Así pues, deciamos que ya en tiempos mucho mas atrasasados, otros obreros mas audaces, a la manera del águila, habian lanzado su vuelo hácia las rejiones celestes: verdaderos titanes de númen poderoso, entre los cuales se destacan como astros solitarios, que el mundo aun contempla con admiracion. el grande Hiparco i el inmortal Ptolomeo; del primero de los cuales se dijo en aquella época, cien años ántes de Jesucristo, que habia hecho la obra de un Dios, por haber clasificado todas las estrellas del cielo, i del segnndo por ser el autor de la *Grande obra o Almagesta*, que merecia el nombre de divino. I no sin razon deciamos que a estos últimos el mundo los contemplaba como astros solitarios; pues que, desde la época de Ptolomeo se pasa doce a trece siglos para que un émulo mas grandea parezca forzando las puertas del cielo, i esta vez, para arrancar de ahí las flores mas bellas que hasta entonces se habian recojido de los campos celestes, sin embargo que aun les faltabá el perfume de la verdad demostrada; de esas verdades matemáticas ante cuya majestad el hombre inclina gustoso la frente. Esta gloria, aunque falta aun del májico perfume, le cupo al gran Copérnico, filósofo i astrónomo del siglo XV.

A partir de esa época, i ya en pleno siglo XVI, se puede decir que principiaba la grande *era* del mundo moderno; fué por entonces cuando se dejaron sentir aquellas palabras del filósofo Bacón, impregnadas de toda la majia de tan seductora i bella esperanza que el hombre sintió levantarse presuroso su espíritu como si hubiera sido evocado por algun jenio superior para despertar a un nuevo día, en que la luz misma del sol iba a verse eclipsada ante la radiosa claridad de verdades aun desconocidas.

Pero, es necesario detenerse un momento ante el gran

Copérnico para instruirnos, aunque mui a la lijera, del réjio legado con que este poderoso jenio dotó a la humanidad.

Desde luego, i como era mui natural, fué sobre la familia celeste, ccmpuesta de la Tierra, del Sol, de Júpiter, Saturno...donde se fijaron sus ávidas miradas, i por tanto, ésta pájina del misterioso *libro de la maturaleza*, fué el objeto constante de sus desvelos durante treinta años.

Ahora bien, destruir una montaña colosal. para levantar en ese mismo lugar otra, es obra de jigantes; i tal fué el trabajo de Copérnico.

En efecto este inmortal astrónomo se encontró frente a frente de Ptolomeo el divino, el cual al aceptar en su Sistema planetario, que en esta época contaba mas de doce siglos de omnipotente reinado, la inmovilidad de la Tierra i la soberanía absoluta de ésta en el Universo, no hacía mas que traducir las creencias que la humanidad entera habia tenido en todos los tiempos; creencias apoyadas por las simples apariencias i por los mas gloriosos nombres del Ejipto i de la Grecia i fortificadas aun por el inmenso prestijio que da la tradicion i la palabra revelada.

Copérnico, deciamos, se encontró frente a frente de este colosal monumento de las ciencias humanas, de donde sacaban su inspiracion, sus principios i sus dogmas, el poetas, el filosofo i el creyente; i sin embargo sin mas guia que la luz que ardia en su frente, ni mas arma que la mas sana lójica se atrevió a poner su mano sobre él i troncharlo por sus bases. Pongamos, se dijo, al Sol, que es el verdadero padre de la vida universal en el solio del firmamento, i dejemos que la Tierra, con su pálida i triste compañera que de hoi en adelante será su único cortejo, ruede eternamente con sus hermanos en torno del manantial inagotable de luz i de calor. I despues de ese momento dejaron de moverse millares de inútiles ruedas i solo quedó la marcha acompasada de los seis planetas hasta entonces conocidos, jirando suavemente alrededor de sus inmensas órbitas; i mas aun, la humilde Tierra. jirando en torno de diamantino eje que le proporciona el grandioso sepectáculo del dia i de la noche.

I como deciamos poco ha, estas hermosas flores arrancadas de los campos celestes, carecian no obstante del perfume que tienen aquellas que son hijas de la verdad demos.

trada. Pero, a pesar de ésto, fué una nueva luz lanzada al mundo, suficiente para formar una nueva Era, esto es, un nuevo dia para la humanidad.

Así, el nuevo edificio levantado por Copérnico sobre las ruinas del de Ptolomeo, quedó fundado en las siguientes bases:

1º Todos los planetas describen órbitas circulares alrededor del Sol.

2º El Sol no ocupa precisamente el centro de estos círculos.

3º En cada uno de estos últimos, hai un punto desde el cual el movimiento del planeta respectivo aparece como uniforme:

4.º En todas las órbitas planetarias, dicho punto está situado sobre lá recta que une el Sol i la Tierra con el centro.

5.º Este punto llamado de *igualdad*, referiéndose a la órbita de la Tierra, es el centro mismo del círculo.

Repetimos: este monumento astronómico, tenía toda la sencillez, armonía, gracia i belleza de toda concepcion humana en que resplandece la luz de la verdad, o mejor dicho, toda concepcion humana que traduce fielmente las leyes de la naturaleza. Sin embargo, se necesítaban aun manos mas atrevidas i mas poderosas que las del mismo Copérnico para que vinieran a dar a esta obra su inmortalidad con sólidas e inquebrantables columnas.

Desde luego no tardaron en aparecer en la escena del mundo científico (1564 i 1546) dos grandes astrónomos, Ticho-Brahe i Galileo: el primero de los cuales aunque osó edificar, sobre las aun imponentes ruinas del sistema ptolomaico i frente a frente del coperniciano, otro que llevara su nombre llegó tarde; pues ya por la voluntad del májico astrónomo de Thorns la Tierra, flor solitaria i reputada sin igual en el Universo, habia sido metamorfoseada en simple estrella del firmamento.

Asi el edificio levantado por Ticho-Brahé, de órden mixto ptolomaico i coperniciano, pues en torno de la Tierra debian jirar todos los planetas, i todo este sistema en torno del Sol no esperó ni aun que el tiempo hiciera su oficio, pues, se derrumbó por sí solo sin ruido i sin que el mundo se apercibiera de ello.

¡I quién lo creyera! los magníficos materiales que el gran

Ticho-Brahé elaborara en su célebre observatorio, en lugar de ser destinado a levantar i sostener el sistema planetario que lleva su nombre por una misteriosa evolucion de la rueda del destino pasaron mas tarde a reforzar el sistema inmortal de Copérnico.

I por otra parte, Ticho-Brahé reconoce la grnndeza de este último al hacer su apoteosis en las siguientes palabras:

«Los jigantes de la antigüedad, queriendo penetrar en los cielos, superpusieron las montañas: colocaron Pelion sobre Osa! Pero poderosos por la fuerza y débiles por el espíritu, no pudieron alcanzar las esferas celestes. Él, confiado en el poder de su jenio, débil de cuerpo, con tres débiles trozos de madera (1) se elevó hasta las mayores alturas del Olimpo».

Decíamos que Galileo, contemporáneo de Ticho-Brahé, llevaba tambien un nombre inmortal i entre cuyos mejores títulos figura la brillante propaganda que hizo de los principios copernicianos en medio de gobiernos, de poderes y sociedades enteramente rehacias a la temeraria idea de contrariar la cosmogonía mosaica en alguna de sus más inspiradas pájinas. El gran Galileo no solo fué apostol y mártir de esta nueva filosofía; pues, todavía su mayor gloria consiste no solo en que supo agregar mui hermosos florones al sistema mismo de Copérnico, sino tambien a la ciencia astronómica en jeneral.

Galileo es, pues, el primer paladín del nuevo sistema i de la nueva filosofía que es su hija inmortal, i es por consiguiente, tan ilustre varon, una verdadera antorcha en el siglo XVI.

Los hombres cumplen de mui diferentes modos su mision sobre la Tierra: los unos pasan cual simples peregrinos, no mirando sino el suelo que pisan, importándoles bien poca cosa los lugares que atraviesan i que indiferentemente van dejando tras de sí: éstos son los más. Otros van con la frente más erguida, saludando a su paso los bellos panoramas de la naturaleza cojiendo aquí i allá las flores del camino, regularmente sin otro criterio que el de la fantasía: éstos:

(1) Tres reglas de madera de que se habia servido Copérnico en sus observaciones.

son ya los que escriben el romance i la novela. Otros más amigos de la verdad, llevan siempre como el turista su cartera de recuerdos donde va quedando estampado, sin más adorno que el de la exactitud, todo lo que se va encontrando en el camino: éstos son los que escriben la historia. Otros, en fin, son como el viajero que se detiene a cada momento i no prosigue su camino hasta no haber recojido aquí i allá alguna piedra preciosa, que irá coleccionando i guardando como otros tantos diamantes i perlas de inalterable valor: éstos son los que proporcionan las sólidas bases en que deben apoyarse, los prometeos que roban al cielo el sagrado é inmortal fuego, es decir, de aquellos que mediante el análisis matemático escriben los códigos de las leyes universales e inmutables.

Pero, ninguno de estos nuevos prometeos habia aun nacido. Los conocimientos humanos estaban por tanto, en ese límite marcado ya por la nueva filosofía del siglo XVI, de la cual Copérnico i Galileo eran los primeros apóstoles. I bien, como decíamos ántes, las ciencias estaban en ese término en que el hombre no iba más allá que hasta contentarse con acumular las pocas verdades que, cual hermosas perlas, iba encontrando al pasar i que solo esperan el hábil artífice que ha de hacerlas brillar con todo su explendor, cuando a cada una le haga ocupar el lugar perfectamente armónico que le corresponde.

Felizmente, el análisis matemático principia con el siglo XVI a emitir sus primeros albores; ésto es como decir, el hombre había encontrado ya los primeros peldaños de la escalera que más tarde le conduciría con toda felicidad hasta tocar el cielo con sus propias manos.

I ya era tiempo de levantar un poco más el velo que desde el cielo bajaba hasta la tierra y que parecía ser de bronce por lo inflexible i tupido qúe se mostraba a los ojos i al poder humano. En efecto, en esta época, una tremenda lucha ajitaba los espíritus i conmovía los pueblos enteros: la vieja filosofía escolástica se batía contra la jóven filosofía natural i la moderna ciencia contra la tradicion i el dogmatismo.

¿I cuáles eran las altas montañas, los manantiales de donde se desprendían estas dos corrientes tan opuestas? La una,

tenía su orijen en el sistema planetario de Ptolomeo y la otra, en el llamado de Copérnico: en este último sistema se desheredaba a la tierra para siempre, i por tanto, al hombre mismo, de la altísima gloria que le correspondía, segun el sistema de Ptolomeo. Como era natural, tan audaz golpe a la dignidad humana i a la palabra revelada, vino a producir un choque tal de ideas, como jamas el mundo habia experimentado.

Esta lucha podia hacerse eterna, porque ambos sistemas estaban sentados en hipótesis igualmente admisibles; i si es verdad que el uno tenia la sancion de muchos siglos i el de la cosmogonía mosaica, el otro, es decir, el copernicismo, llevaba más sólidas i claras ventajas, tanto por los motivos ya espuestos de belleza. de armonía, de sencillez i de economía en los movimientos, cuanto por que la lójica misma venia a prestarle todo el contijente de fuerza que ella es capaz de dar a toda cuestion filosófica o científica.

Era, pues, necesario que uno de estos dos sistemas reposara al fin en bases inconmovibles que revelaran toda la eternidad i grandeza de una montaña granítica i ante cuya luz i majestad todo otro debería desmoronarse como frájil montaña de nieve. A la ciencia analítica le estaba reservado realizar este prodijio. ¿I hasta dónde podía llegar en esta árdua cuestion el poder de dicha ciencia?

A semejante pregunta, se podría contestar, desde luego que, si el hombre tuviera la facultad de penetrar con su vista material los más recónditos abismos del espacio con una percepcion tan clara i poderosa que se le hicieran sensibles los mundos estelarios aun en sus vertijinisos movimientos; así, a traves de tan infinita claridad, hoi todavia, al geómetra se le escaparian de la mano las divinas flores que del jardin sideral hoi tan fácilmente sabe cojer, sin mas que, el auxilio del análisis geométrico, que es para la vision del astrónomo algo más de lo que es la luz del sol para todo otro ser viviente.

Ahora bien, los epiciclos de Ptolomeo, que obligaban a los planetas a hacer indirectamente sus revoluciones en torno de la tierra i los círculos escéntricos de Copérnico, a moverse en torno del sol (incluso la tierra), eran los dos sistemas que, en la época a que nos referimos (mediados del siglo XVI)

estaban frente a frente uno a otro, disputándose la palma de la victoria.

I como hemos dicho, en estos sistemas, todas eran hipótesis, segun la palabra misteriosa de sus fundadores. Por tanto, los epiciclos i los círculos escéntricos, se harian triza en cualquier día; pero, eso nada importaba, no era sino un medio de explicar los fenómenos de los diferentes movimientos de los cuerpos planetarios; pues, la cuestion palpitante, de supremo interes científico, moral i filosófico, estaba entre el Sol i la Tierra que se disputaban el solio del firmamento, i en esta lucha, el hombre esperando ganar o perder para siempre aquella aureola con que hasta entonces se habia adornado, de unijénito de la creacion.

*

Al hombre que anunciare tener al alcance de su vista una incomparable i diáfana perlo incrustada en lo más profundo del mar, se le tomaria por un visionario y no se le creería; pero, se le rendiría culto y admiración como á un titán, como á un ente superior, si á ésto se agregara una audacia y un poder desconocido á los hombres que le permitiera bajar á esas inmensas profundidades y traer entre sus dedos la brillante perla para que todo el mundo pudiera contemplarla en todo su belleza al ser herida por los rayos del Sol.

Así, un astrónomo geómetra, primera lumbrera del siglo XVII dijo un día que los astros estaban ligados los unos á los otros por leyes armónicas: pero, ésto nadie lo veía ni tampoco lo comprendía, y así nadie la creyo, y por mucho tiempo se le tuvo por astrólogo y visionario. Entonces a semejanza del hombre que buscara una perla en lo profundo del mar, abandonándose á los impulsos de su mente poderosa, se remontó con toda la audacia y majestad del águila, hasta alcanzar los epiciclos y esferas cristalinas de Ptolomeo, rompiólas, y á los 22 años bajó trayendo las tres primeras flores, cual si fueran tres estrellas, arrancadas del cielo por la propia mano del hombre.

Y entonces, el astrólogo y visionario á quien se le prrguntaba la buena ó mala ventura, se convirtió en el inmortal y glorioso Keplero.

Estas tres flores, son tres leyes inmortales que formarán la primera página del código según el cual se han regido los mundos celestes desde el primer día de la creación.

Hélas aquí:

1.ª Los planetas describen elipses, en las cuales, el centro del Sol ocupa uno de los focos.

2.ª Las áreas de los sectores que los planetas describen alrededor del Sol, son proporcionales á los tiempos que ellos emplean en describirlos.

3.ª Los cuadrados de los tiempos de revoluciones de los planetas son entre sí como los cubos de las distancias medias al Sol.

Ahora bien ¿quién no reconoce en estas tres leyes otras tantas columnas que vienen á ajustarse maravillosamente al sistema de Copérnico?

¿Quién no reconoce también, que el hombre ha tenido que humillarse ante estas leyes matemáticas y volver la espalda á las simples hipótesis para introducir en sus códigos científicos este nuevo elemento de verdad absoluta, de verdad resplandeciente y que ha de irradiar, como la primera luz de un nuevo día, aún en los códigos sociales y religiosos que han de regir en nuevas generaciones.

El sistema de Copérnico, sostenido i modificado ahora por estas tres leyes celestes, emite rayos infinitos de luz y de calor, que harán derrumbarse como frágil montaña de nieve el sistema llamado de Ptolomeo.

Pero, no todo es perfecta belleza en el nuevo sistema pues, dos inmensos lunares empañan todavía su radiante faz. En efecto ¿quién podría afirmar que esta celeste familia. cuyo padre es el Sol, estaba unida por cadenas indisolubles que permiten asegurarle vida inmortal? Quién podría asegurar que no llegara un dia en que esta celeste unidad se rompa y se alteren esas leyes que parecen eternas?

Y sin embargo, cada uno de los miembros del gran sistema es un mundo que, según la 2.ª y 3.ª ley de Kleper, cada paso que dan por el firmamento debe ser cadenciosas notas que llenan los espacios de incomparables armonías.

Y todavía, si es verdad que las leyes keplereanas nos aseguran con la inflexible lógica de las ciencias exactas que el Sol es el centro de las órbitas de Mercurio, de Venus, de

Marte, de Júpiter y de Saturno, nada nos dicen ni en favor ni en contra de esta soberanía respecto de la Tierra; pues, todos los fenómenos se explican dando á ésta ó al Sol el puesto de honor en el centro del gran sistema.

Como se ve, para resolver estas dos cuestiones que aún quedaban en pie; se necesitaba de otro Prometeo de la talla del gran Keplero que fuera capaz de ir á robar algunas otras chispas del fuego sagrado, á fin de obtener la nueva luz que aún era necesario para hacer pleno día en los dominios mismos del Sol.

Y todavía, cúpole al siglo XVII la inmensa gloria de ver nacer al que debía asombrar al mundo con su maravilloso genio; al que debía como Keplero ir á sorprender los tenebrosos arcanos del cielo, y traer entre mil deslumbradoras perlas, la más preciosa que sea dado contemplar al hombre, aquella que entre sus infinitos y misteriosos reflejos, lleva escrita las palabras *fuerza, equilibrio, eternidad*, que decifradas, dicen así:

"*Todos los cuerpos que pueblan el firmamento, se atraen mútuamente en razón directa de sus masas é inversas del cuadrado de sus distancias.*

Este es el mayor prodigio debido al genio humano y á la ciencia analítica. Desde este día ya fueron conocidos los lazos, hasta entonces ignorados, que indestructiblemente unían á toda la familia planetaria. También quedaba físicamente demostrado que la Tierra no había sido nunca otra cosa, comparada con el Sol y aún con sus hermanos Júpiter y Saturno, que un humildísimo globo que en todos tiempos habia estado condenado á un perpétuo y eterno movimiento al rededor del gran luminar del día."

Sobre el mármol de un regio monumento erigido á la memoria del descubridor de estas leyes inmortales se lee:

"Los hombres deben felicitarse de que tan gran monumento de la especie humana haya existido."

Tal excelso encomio, se refiere á Isaac Newton.

Pocos años más tarde (1725) otro célebre astrónomo Bradlex, descubrió la *aberración* de las estrellas; fenómeno óptico que se explica por el movimiento de la luz en el espacio, á razón de 76 mil leguas por segundo, con el de la Tierra en su órbita á razón de 7 leguas por segundo.

Tal descubrimiento es la demostracion matemática de que la Tierra se mueve en torno del sol.

Resumiendo, resulta que, en esta época (1725) el sistema Ptolemaico, ya no era más que una mera sombra; que concluyó por desvanecer por completo el descubrimiento de la *aberración*. En cuanto á su inmortal autor, la posteridad no le borrará el título de *divino* que mereció durante 14 siglos, porque realmente fué una de esas lumbreras que aparecen de tarde en tarde en la tierra y que alumbró gloriosamente muchas generaciones. Basta para eternizar su memoria, el haber escrito la *grande obra* ó *Almagesto*, 18 siglos antes del presente, llamado de las luces.

En cuanto al sistema coperniciano, ya se le puede contemplar desembarazado de la mayor parte de las densas nubes que lo cubrían hasta entonces á los ojos de los mortales.

Así, el astro del día aparentemente inmóvil en el firmamento, va presidiendo como un soberano la revolución de los mundos planetarios, regulando su marcha, sujetándolos á las ruedas de su carro con fuerza irresistible y dándoles cuotidianamente el sustento de luz y de calor que necesitan para vivir.

No obstante, en esta época empañaban aún el cielo planetario muy siniestras nubes; pues el mismo Newton venía de encadenar todos los mundos por medio de las leyes de la atracción universal, creyó ver algunos síntomas fatales que le hicieron temer para remotas edades que las cadenas de la gravitación no fueran suficientes para mantener la suprema armonía de los cielos.

En efecto, secretas rebeldías se mostraban en la Luna, Júpiter y Saturno; pues, la primera, entre otros discordantes movimientos, manifestaba claros síntomas de precipitarse algún día sobre la Tierra y como fascinado por los ardientes rayos del sol, se encontró que Júpiter también mostraba la misma propensión, semejante á la de la mariposa, de ir algún día á quemarse las alas en las lamas del sol. En cuanto á Saturno, como si estuviera ensoberbecido con la espléndida belleza que le presta su múltiple corona, sus dieciocho lunas y sus inmensas dimensiones, se manifiesta con tendencias á querer despedazar las cadenas de la gravitación universal é ir á buscar en algún otro sol más espléndido to-

da la luz que necesita para lucir mejor sus riquísimas joyas.

Estos astros se mostraban, pues, rebeldes á las leyes newtonianas.

Pero, no tardó mucho tiempo sin que uno de los más grandes genios del mundo, el inmortal autor de la Mecanica Celeste, viniera á probar que tales rebeldías no eran sino aparentes, es decir, movimientos periódicos que, lejos de ser mal presagio para la estabilidad del sistema planetario, venían á confirmar aún más lo inmutable de las leyes de la gravitación. Y en fin, que la maquinaria del universo, estaba montada en ruedas inmortales que harán eterno el equilibrio de los mundos.

Así, después de esta elevada concepción del gran Laplace, á quien en otra edad se le hubiera permitido llevar el título de semi-dios, la celeste familia planetaria se presentó espléndida de belleza y sin que nadie se atreviera ya, ni aún por espíritu de antagonismo ó de secta, á revelarse en contra de una ley natural tan claramente interpretada por el hombre; el cual, si alguna vez tuvo el orgullo de ser el único objeto de todas las complacencias divinas, hoy que ha perdido definitivamente tan luminosa aureola debe consolarse, porque aliviado ya del peso de su vanidad, ha podido subir hasta el cielo que complacientemente le ha abierto muchas de sus eternales puertas.

Y en fin, merced á los esfuerzos gigantescos de centenares de sublimes obreros, que no tenemos espacio para nombrar, y sin otras armas que el telescopio y el análisis geométrico, á nuestro magnífico y esplendido sistema lo han enriquecido con los gigantes cuerpos Urano y Neptuno (Herschel y Leverrier) que habitan las heladas y opacas regiones que se extienden más allá de Saturno: y todavía con Pálas, Juno, Vesta, Ceres y centenares de otros mas pequeños mundos que habitan en los inmensos espacios que separan á Marte de Júpiter.

Ahora bien, un panorama puede tener todas las bellezas posibles, pero carecería de uno de sus mayores atractivos sino fuera dable llegar á conocer la verdadera extensión que

abarca entre sus límites. Nuestro sistema planetario, hasta el año de 1761 carecía de mérito tan inestimable, equivaliendo por tal motivo al inmenso vacío que nos dejaría la carta geográfica de un país cuya escala se hubiera perdido.

Buscar, pues, dicha escala, es decir, llegar á determinar con toda exactitud la distancia que media entre el Sol y alguno de los cuerpos que giran á su alrededor; ó mejor aún, la distancia que separa la Tierra del gran luminar, era por tanto un problema de la más alta importancia; pues, mediante tal conocimiento, ya se podrían medir los vastos dominios del imperio del Sol.

De aquí la necesidad y toda la importancia que era necesario darle al problema, de buscar la medida de una escala que no se conocía y que era el único medio de completar la monumental obra que acababa de salir de entre los cristales de los telescopios y de entre cifras algebraicas, ni más ni ménos que una ondina de entre las espumas del mar.

Quedando así probado que olímpicas cabezas como las de un Homero, un Platón...no señalaban todavía los límites de la inteligencia humana, sino que, si ésta la tiene, estaría marcada por las de un Keplero, de un Newton ó de un Laplace.

Conocer, pues, la distancia que hay entre el Sol y la Tierra, era el gran problema por resolver.

Y bien, hasta mediados del siglo pasado ¿qué idea se tenía de dicha distancia?

Veamos: Copérnico la suponía, más ó ménos, equivalente á 1,200 radios terrestres, siendo el valor de éste igual á 1,590 leguas métricas; Keplero la apreciaba en 3,500 radios; Nevelins en 7,000 y Haller en 16,500.

Como se ve, los mas grandes astrónomos de aquella época, que tantas pruebas habían dado de saber arrancar los secretos del cielo, no solo diferían en el doble ó triple unos de otros en la apreciación de la distancia que media entre la Tierra y el Sol, sino también que todavía éstas eran meramente caprichosas.

Pero al fin llegó un día, año de 1691, en que el célebre astrónomo Halley, suplicaba á la posteridad que no olvidara que había sido un inglés el que había descubierto el gran método para determinar con exactitud matemática la distancia entre el Sol y la Tierra, valiéndose de los pasos de

Vénus por delante del disco solar (conjunción inferior).

En efecto, razón tenía el astrónomo inglés en mostrarse ufano y orgulloso de haber podido solucionar este bello é importantísimo problema, pues, iba á servir para conocer las verdaderas dimensiones de los celestes dominios del Sol.

Ahora bien, conocido como era el tiempo en que la Tierra y Vénus completaban una revolución en torno del Sol, y además las épocas en que este último planeta, al verificarse alguna de sus conjunciones inferiores se encontraba bastante cerca del plano de la eclíptica, con tales datos decimos, con toda felicidad se pudo determinar las épocas en que se verificaría este raro fenómeno.

Así fueron señalados los años 1761, 1769, 1874, 1882, 2004 .. en que Venus pasaría como un simple punto negro (bajo un ángulo de 58") por delante del disco del Sol.

Por otra parte, el brillante método inventado por Halley reviste cierta magnificencia de que no es posible desentenderse. Desde luego, el fenómeno de los pasos de Vénus no es de aquellos que puedan observarse diariamente, pues, por las fechas que hemos dejado señaladas, se ve que ésta, solo se verifica con intervalos de ocho años y de poco mas de un siglo; y atendiendo á su importancia, obliga á los astrónomos á derramarse por todas las latitudes de la Tierra, desde un polo á otro, con el solo y exclusivo objeto de tomar notas de un fenómeno tan fugaz, que solo durará unas pocas horas y tan precario que la mas ligera y diáfana nubecilla que arrastra el viento puede venir á destruir los ingentes sacrificios de aquellos que han atravesado los mares ó los desiertos con el mismo entusiasmo del que espera ver realizada una soñada esperanza.

Y todavía este método necesita profundos y larguísimos cálculos que vienen á enaltecer aún mas el genio brillante de Halley

Y sin embargo, nadie se imaginará lo modestos que son los datos por recoger en el terreno, al ver la solemnidad de los preparativos. En efecto, instalados los observadores convenientemente en toda aquella zona señalada de antemano por los cálculos en que el fenómeno es visible, llega al fin el solemne momento; y digo el solemne momento; primero, porque va á verificarse un celeste acontecimiento esperado

durante ocho ó cien años; segundo, porque sobre esos astrónomos están puestos los ojos y las esperanzas de todos los sabios de la Tierra.

Y en fin, la solemnidad propia de aquel momento en que el astrónomo se prepara para coger del cielo una flor tan delicada, y que necesita que ni una sola hoja se desprenda, y para lo cual es menester que su corazón no lata ni un golpe más que lo que tiene de costumbre.

Decíamos, pues, que dichas observaciones eran muy modestas, porque solo se reduce el trabajo á tomar la hora de los contactos del planeta con el limbo del Sol, tanto al principio como al fin del fenómeno.

Pero. no es la observacion aislada de donde nacen los datos del problema, sino de la feliz combinación de las observaciones hechas en tan diferentes latitudes; pues, por efecto del fenómeno llamado de la *paralaje*, los momentos en que cada observador fija la hora de la entrada ó salida del planeta en el disco solar son diferentes, como también el tiempo que éste demora en su pasaje. De donde resultan dos métodos diferentes para llegar á determinar la paralaje solar; el uno fundado en la hora de la entrada y salida del planeta y el otro, en el tiempo de la duración total del celeste fenómeno.

Este último fue el propuesto por su propio inventor Halley.

Y como del conocimiento de la paralaje solar (ángulo bajo el cual se ve el radio de la tierra mirado desde el centro del sol) resulta por ese medio la más clara luz de la distancia media exacta, matemática entre el centro del sol y el de la tierra; y por consiguiente, determinada así la escala ó unidad de medida que iba á servir para determinar los celestes dominios del Sol.

Ahora bien, las observaciones practicadas por primeravez en dicho año, dieron para valor de la paralaje un valor de 9″ Pero las practicadas ocho años más tarde, en 1,769, en que tomaron parte todas las maciones de Europa, dieron los siguientes resultados: 8.″71, 8.″55, 8.″39, 8.″50, 8.″78, 8.″39, 8.″62... de donde resultó en definitiva 8.″69 para valor de la paralaje solar que equivale á una distancia entre el sol y la tierra igual á 3.984 radios terrestres, ó bien, 38″ 300.496 de leguas métricas

Sin embargo que los pasos de Vénus por delante del disco solar sirven también para determinar longitudes terrestres y que ya á Keplero le habían servido para corregir los elementos de la órbita de dicho planeta, es Halley el que se lleva la palma por ser el inventor del bellísimo método que ha podido darnos resultados matemáticos para valor de una unidad de medida digna de las regiones celestes, ó mejor dicho, del precioso dato que esperaba la 3.ª ley de Keplero para que el hombre llegara á conocer con toda la exactitud deseable la dilatada y prodigiosa extensión de los espacios celestes en que el sol ejerce su omnipotente poder de atracción y hasta donde llegan sus vitales rayos de luz y calor.

En efecto, hemos dicho que la 3.ª ley de Keplero se expresa así:

Los cuadrados de los tiempos de las revoluciones de los planetas en torno del sol son proporcionales a los cubos de los semi-ejes mayores de sus órbitas.

Ahora bien, si representamos por T el tiempo en que la tierra hace su revolución completa en torno del sol, es decir, el año trópico que todos sabemos consta de $365\frac{1}{4}$ días; por t el tiempo de la revolución de un planeta cualquiera (que bien sabemos son todos conocidos); por R la distancia del Sol á la Tierra y por r la distancia de un planeta. Luego tendremos que la 3.ª ley ya enunciada podría escribirse así:

$$T^2 : t^2 \quad R^3 : r^3$$

Esta es una simple proporción como las que aprendemos á resolver en Aritmética; la cual solo esperaba un valor numérico matemático de R para quedar resuelta en virtud de la regla tan conocida: en toda proporción geométrica se verifica que el extremo desconocido es igual al producto de los medios dividido por el extremo conocido.

Y como en el caso actual este extremo desconocido es r^3, que hemos dicho representa el cubo de la distancia de un planeta cualquiera al Sol, el problema queda resuelto de la misma manera que se hace en Aritmética.

—Partiendo, pues, de la distancia que separa la Tierra del Sol, igual 38 millones de leguas métricas; número que, cual rayo de celeste luz ha brotado del cálculo y de la observa-

ción astronómica, es la cifra mágica que aplicada al tercer término de la proporción encerrada en la 3.ª ley de Keplero, permite determinar la distancia del Sol á cualquier planeta; y por consiguiente, tomando por límite de los vastos dominios del Sol, la órbita descrita por el lejano, frígido y pálido Neptuno resulta que, el astro luminoso domina como soberano absoluto y como el único dispensador y padre de la vida del universo planetario, dentro de una esfera, cuyo radio es de más de mil millones de leguas.

Si más allá de estos límites hay otros mundos planetarios, la ciencia no lo sabe, ni tampoco el astrónomo se complace en suponer la existencia de mundos que estarían casi enteramente desheredados de la luz y del calor solar; mundos que, á ser habitados, el hombre de la Tierra no comprendería la vida con tan mísere patrimonio de elementos vitales y de lúcidos espectáculos.

Sin embargo, si quisiéramos fijar los límites de los dominios del astro soberano por las órbitas cometarias en lúgar de las planetarias, los límites ya fijados, comprendidos según hemos dicho, en una esfera de más de mil millones de leguas de radio, aparecerán entonces á nuestra imaginación tan estrechos y tan humildes, que, el grande y triste Neptuno, ya no será el lejano Neptuno, sino aquel vecino á donde podríamos mandar un mensajero cuyas alas formadas de dos rayos de luz, con seguridad, en menos de un tercio de dia, esto es, en menos de ocho horas, nos traería noticias de ese melancólico y gran mundo. Mientras que para que el mismo mensajero de alas de luz, atravesara hasta los últimos límites cometarios y volviera como ave mensajera de aquellas sombrías regiones, no demoraría menos de treinta y dos días!

En efecto, el astrónomo al sondear tales abismos, ha encontrado que esos estraños viajeros llamados *cometas* que, de cuando en cuando, vienen á quemar sus vaporosas alas en las llamas del Sol, pueden haber surgido de profundidades hasta de cien mil millones de leguas. Lo que quiere decír, que las leyes keplerianas y newtonianas con las cuales se gobierna todo el reino planetario, al llevar su acción hasta encadenar estos extraños cuerpos que se sumergen en el abismo, hasta alcanzar tales profundidades sub-estelarias, es

porque esta estrella que, entre tantas otras, llamamos Sol, en números redondos podemos decir que, su imperio absoluto puede extenderse sobre una esfera diáfana y cristalina cuyo radio puede alcanzar hasta cien mil millones de leguas!

—En conclusión, diremos: los esplendorosos rayos del Sol nos sirven para cerciorarnos de la existencia de los obscuros y lejanos mundos planetarios; pero, las leyes eternales de sus armónicos movimientos y de su inmutable equilibrio, solo se hacen sensibles á través de más clarísima antorcha: el *análisis matemático.*

Copérnico, Ticho-Brahé, Galileo, Keplero, Newton, Laplace, Bradley... son los titanes que han descorrido el pesado velo que encubría las inmortales columnas en que reposa la portentosa maquinaria del imperio del Sol.

LOS DOCE MOVIMIENTOS DE LA TIERRA

Con permiso de los infalibles inquisidores que condenaron al inmortal Galileo por haber proclamado la sublime teoría Copperniciana de un doble movimiento de la Tierra en torno de un eje y al rededor del Sol, los modernos astrónomos se permiten agregarle á la livianísima Tierra, diez movimientos más; es decir, dejarla en doce que para todo un mundo que se preciaba de ser enteramente inmóvil no es poco decir, sobre todo en concepto de los que condenaron por herejía la palabra luminosa del gran Galileo de solo dos movimientos del mundo Tierra.

Y bien, el que llamaremos el duodécimo movimiento de la Tierra, por ser el último descubierto y también el más insignificante, es un pequeño desvío del eje, ó si se quiere, de los polos del mundo en el sentido de desarreglar las latitudes terrestres describiendo una curva irregular en torno de un punto medio cuya amplitud no va más allá de 15 á 20 metros.

Por tanto, nada de movimientos acompasados y en tiempos fijos, nada de eso, son movimientos desordenados que provienen de dolencias inherentes á este mundo, como son sus *corrientes submarinas*, del peso de su *movediza atmósfera*, de sus *mareas*, de sus convulsiones seísmicas y de muchos otros elementos que la hacen tan liviana como una pluma.

Este es el pedestal en que reposa la humanidad, no tan tranquilamente que digamos, pues, á este duodécimo movimiento pertenecen esos sacudimientos que pueden voltear ciudades enteras sembrando el pánico más pavoroso á causa de saber el hombre que no hay nada más allá en que favorecerse.

Ahora, no estará demás una rápida ojeada acerca de los once movimientos restantes, sin omitir los dos primeros de

de rotación en torno de un eje i de revolución al rededor del Sol, los únicos movimientos del mundo Tierra que todo sér viviente puede saborear día por día y los nueve restantes, solo son exquisitos bocados para el astrónomo, el cual tiene la bondad de brindárnoslos envueltos en todos los misterios de la gravitación universal.

Si la luz de la divina razón, que ardía en la frente del inmortal Galileo, se hubiera hecho sensible á ojos humanos, este gran filósofo, delante del Tribunal de los infalibles inquisidores que lo juzgaban por herético, habría sido el fiel reflejo del astro del día, el luminoso Sol, irradiando en medio de los centenares de mundos apagados que lo rodean.

¿Y qué herejía era esa? Una palabra sublime, semi-divina; palabra de dulzura, de armonía y de altísima concepción que un sacerdote de Uranía, el inmortal Copérnico, había bajado, como la más hermosa flor, del estrellado firmamento.

—La Tierra se mueve en torno de un eje y al rededor del Sol—El pedestal del Hombre rey, no era pues, el centro del universo: era un átomo como Mercurio, como Vénus, como Marte, como Júpiter, como Saturno, como Urano, como Neptuno, como los centenares de asteroídes, como los millares de cometas que voltejean humildemente al rededor del gran luminar del día.

Y esta palabra repetida por el gran filósofo Galileo con inspiración, nó de profeta, sino con aquella de los gloriosos Prometeos que saben arrancar algunas chispas del sacro fuego del cielo de la luz y de la verdad, fué la sublime herejía que el rayo místico trató de herir mortalmente, pues, allí estaba la sublime cabeza que era el divinal pebetero de donde irradiaba esa inmensidad de luz que causó tal estupor en el mundo bíblico como si repentinamente, en plena noche, hubiera alumbrado un Sol radiante; y ese pebetero ó esa sublime cabeza era la del inmortal Galileo.

Allí venían todas las auroras de un nuevo día para el filósofo, para el poeta y para toda humana intelectualidad de libre albedrío; pero, para el mundo místico y para el mundo inconciente, era la palabra anti-bíblica, anti-cristiana,

anti-científica, que venía á desautorizar la palabra profética, la palabra apocalíptica y la palabra científica astronómica del gran Ptolomeo llamado el divino; y si se quiere, era la palabra divina que había acariciado toda la humanidad como sublime convicción de su grandeza suprema dentro de la universal creación.

La sentencia Copernicana—La Tierra se mueve en torno de un eje y al rededor del Sol—era de celestial grandeza, iba hasta el Sol y las estrellas á ordenarles que se detuvieran en su eternal é inverosímil carrera en torno de la Tierra para dar á ésta el día y la noche y la cuatro bellas estaciones del año.

Y ¿quienes son esas estrellas y ese Sol? Donde moran? Cuál es su grandeza? Cuál es su misión? Cuál es su número?

Ese sol es una de las luminarias que decoran el firmamento y las estrellas son otros tantos Soles; su morada son esos espacios infinitos cuyo centro se encuentra en todas partes; su grandeza puede medirse por la de nuestra estrella y Sol que puede contener un millón quinientos mil mundos como la Tierra; su misión es la de dioses del firmamento que derraman la luz, la vida y la alegría por mundos apagados como la Tierra; su número es infinito y sus distancias aterradoras, fantásticas, el cerebro humano es impotente para comprender semejantes distancias y mucho menos podría comprenderse la vertijinosa marcha de todo el firmamento; todo este abismo de grandeza y de lejanía para en 24 horas hacer una revolución completa en torno de la Tierra; es decir, la Creación, la divinal Creacion elevada á un infinito de grandeza jirando en torno del átomo Tierra.

La diosa Luz andando á razón de 76,000 leguas por cada segundo de Tiempo demoraría millones de años para hacer tal revolución.

Y bien, este colmo de los imposibles era la antorcha de luz con que la infalible inquisición trató de apagar la suave dulce y divinal luz que ardía en la frente del gran filósofo Galileo; ella fue sofocada, pero no apagada, puesto que más tarde esa misma luz reventó potente, deslumbradora, inmortal, sucesivamente de la cabeza de los kepleros, de los

Newton, de los Laplace... i que la ciencia hoy ostenta como ramilletes de celestes flores, las leyes del movimiento, las leyes de la gravitación y del equilibrio universal de los mundos siderales.

Hoy la madre Tierra, en lugar de creerse la reina del Universo, reconoce su infinita pequeñez, una nada en medio de la imponderable maravilla de la creación.

Obedece, pues, la humilde Tierra, desde luego, á dos grandes movimientos, que son los únicos que se hacen tangibles y sensibles á todo ser viviente; el uno, el de rotación, nos hace paladear dulce y suavemente en el pequeño espacio de tiempo, llamado día, todas las bellezas naturales en aquellas horas en que alumbra el omnipotente Sol, y cuando éste se oculta, todo el brillante y estrellado firmamento.

Y para que se vea apreciado en números cuan hermosa luz era la que el gran Galileo llevaba en su mente clarísima, y precisamente lo que lo constituía reo de altísima herejía ante el mundo cristiano bíblico, apuntamos los siguientes datos: La estrella más próxima á la Tierra es Alfa del Centauro, distante de 32 billones de kms (32^2 000000 000000) para hacer su revolución diaria en torno de la Tierra, necesitaba hacer un trayecto de doscientos billones de kilómetros (200 000000 000000); en número redondo lo que equivale á una velocidad de más de dos mil millones de kilómetros (2000 ¹ 000 000) por cada segundo de tiempo!!

Velocidad que, ni en cabeza de dioses cabría.

La estrella Alfa Capella que figura tambien entre las 21 estrellas mas próximas á la Tierra, á una distancia de seiscientos ochenta billones de kilómetros (680^2 000000 000000) que, á su vez, para hacer una revolución diaria habría de recorrer un trayecto de cuatro mil doscientos billones de kilómetros (4200^2 000000 000000), que equivale á una velocidad de cincuenta mil millones de kilometr. (50.000¹ 000000) por cada segundo de tiempo!!

Como ya hemos dicho, estas velocidades, son absurdas hasta tocar en lo imposible; números que no caben ni en la más loca fantasía.

Así, aquellos inverosímiles números de miles de millones de kilómetros de velocidad por segundo de tiempo, quedan substituídos por 480 metros con que nuestro mundo se mue-

ve en torno de un eje, produciendo el grandioso fenómeno de el claro día y de la estrellada noche, recorriendo un punto cualquiera de su ecuador, una circunferencia de cuarenta mil kilómetros durante una revolución completa.

En cuanto al movimiento de revolución de la Tierra en torno del Sol, lo hace en una órbita de nueve mil trescientos millones de kilómetros (9300'000000) que corresponde á una velocidad de 29 kilómetros por cada segundo de tiempo, que da lugar á las cuatro diferentes estaciones del año.

Así pues, la madre Tierra, mediante su propio trabajo, se dá todos los placeres de que puede gozar un mundo que tiene un Sol que le alumbra y un cielo estrellado en que extasiar sus pupilas, gran Copérnico, gran Galileo, de vosotros fue la victoria y la inmortalidad de vuestros nombres y el olvido eterno de los jueces que os condenaron.

Sin embargo, en obsequio de aquellos inquisidores y del gran Ptolomeo, llamado el divino, autor del Almagesto ó la Grande Obra Astronómica, si en aquellps tiempos se hubiese sabido que Alfa del Centauro era la mas cercana de todas las estrellas del firmamento y que su distancia á nuestra Tierra era de ocho billones de leguas y que para hacer su revolución diaria se necesitaba de una velocidad de 532 millones de leguas por segundo de tiempo, se hubiera derrumbado por si solo todo el colosal sistema cosmogónico bíblico y el gran libro llamado Almajesto, su autor llamado Ptolomeo el divino, la había cerrado para siempre por sus propías manos.

Y bien? quien nos dice que la estrella solitaria de primera magnitud que iluminó al mundo antiguo, desde la clásica Grecia, dos mil años ántes que los inmortales filósofos Copérnico y Galileo! anunciaran al mundo el doble movimiento de la Tierra, no se inspiraran estos dos grandes sabios en la luz purísima de esa brillante estrella á quien se le llamó el divino Pitágoras? A esta lumbrera de la antigua Grecia le pertenece la gloria de haber sido el primero en proclamar y enseñar en la célebre Escuela Itálica el doble movimiento de la Tierra en torno del Sol y sobre su eje que, con el poeta, llamaremos de diamante.

Justo es pues, que siempre que se aborde tan grandioso problema, en cuyo nombre la Ciencia y la Religión se han

dado tremendas batallas, y que hoy resplandece con todo esplendor la victoria en favor de la Ciencia, no se olvide recordar al gran prometeo, llamado el Divino Pitágoras. Hemos anunciado en nuestro epígrafe, doce movimientos diferentes de la Tierra, de los cuales, los dos de que acabamos de hablar son los únicos de que en todos los tiempos han preocupado al hombre, tanto porque ellos son los únicos que se hacen sensibles, cuanto porque ha sido necesario del todo el poder de la ciencia astronómica para llegar á descubrir y esplorar los diez movimientos restantes, entre los cuales hay algunos de grandiosísima importancia.

Precesión de los equinoxios.—Al traves de veinte siglos los dos grandes astrónomos Hiparco y D'Alambert, se dan la mano felicitándose mutuamente de ser ámbos los verdaderos Prometeos en haber arrancado al cielo esta hermosa chispa del fuego sagrado, llamado Precesión de los equinoxios.

El grande Hiparco descubrió un movimiento cósmico del eje de la Tierra. de tal naturaleza que va marcando en la celeste esfera una curva cerrada en el espacio de 26 mil años; y el célebre astrónomo y jeómetra D'Alambert determinó por medio del sublime analisis geométrico las causas de tan grandioso fenómeno que. como he dicho, lleva el nombre de Precesión de los equinoxios.

El marino que navega en pleno Océano del hemisferio boreal no pierde jamás de vista durante las noches un punto brillante del cielo que se llama estrella polar, ó sea Alfa de la constelación de la Osa Menor, la cual, en los tiempos que corren se la ve eternamente fija señalando el polo norte del mundo, ó sea la dirección que actualmente tiene el eje en torno del cual hace su rotación diaria el mundo Tierra.

Y si el marino que navega por los mares australes no toma por guía la estrella polar del sur, que en la actualidad es Siguma Octante, es porque es una estrella invisible á la simple vista, pero, con la particularidad de fijar con más precisión el polo sur que la alfa de la Osa Menor, el polo norte.

La palabra, *eternamente*, que acabamos de emplear, sólo se refiere á una serie de generaciones, pues, pasados doce mil años, esa pupila brillante que se llamará estrella polar, estará marcada por la centellante y hermosísima estrella Vega de la constelación de la Lira.

Desde luego, vendrá con fuerza irresistible á la mente del hombre pensador el hacer algunas reflexiones acerca de lo que será el mundo Tierra en sus grandiosas funciones de madre del género humano, cuando el eje de este mundo marque por segunda vez la estrella de hoy, Alfa de la Osa Menor, teniendo presente que en los últimos tres mil años corridos han nacido todas las naciones que hoy florecen con más ó menos esplendor y poder intelectual y material, dejando sepultados para siempre otras muchas que también brillaron con más ó menos fulgor como los Celtas, Asirios, Medas... y opulentas ciudades como una Babilonia, una Persépolis, una Balbek, una Palmira... Y si esto sucede en tres mil años ¿qué será en este sentido el mundo Tierra en 26 mil años? ¿Estos 26 mil años barrerán con cuanto hoy existe en sus relaciones con la humanidad?

Y luego ¿quién nos dice que esta madre fecunda llamada Tierra para entonces no sea ella misma un cadáver, como talvez es la pálida Luna? El mismo gran padre Sol que ya tantas arrugas lleva en su frente, son signos fatales que anuncian que en algunos miles de años se haga impotente para seguir dando calor y vida á nuestro mundo y por consiguiente á todo ser de vida activa. Hoy mismo el gran padre Sol con su luz amarillenta está muy lejos de acusar la brillante juventud de otros soles como, por ejemplo, la resplandeciente Sirio de blanquísima luz.

Nutación del eje de la Tierra.—Este es otro pequeño movimiento de la Tierra, que se traduce por desvío del eje de rotación en el sentido de recorrer con sus estremos una pequeña elipse en el espacio de tiempo de 18 años, alterando ligeramente la posición de todos los astros.

Al gran astrónomo Bradley se debe esta flor arrancada con mano de hada de los jardines celestes.

El vulgo y no vulgo de los hombres es completamente ageno á este fenómeno celeste engendrado por nuestro satélite al ejercer su fuerza de atracción sobre la parte más inflada, que es la región ecuatorial. Y lo que decimos de la indiferencia del hombre en general, para los efectos físicos de la

nutación sobre el mundo Tierra, lo decimos para la Precesión de los Equinoxios, de que acabamos de hablar, y para los restantes movimientos quo hemos anunciado en nuestro epígrafe.

El hombre solo se da cuenta de los dos movimientos de rotación y de traslación, el uno, porque nos da esos dos fenómenos tan intensamente diferentes, como son el día y la noche; y el otro, por el cambio de estaciones, que, á semejanza de cuatro diosas, cada una con su belleza especial, van siempre en acompasado y eterna danza, tomadas de las manos, redondeando lo que se llama un año.

Y aún así, solo el astrónomo se preocupa de que vamos en carrera desenfrenada; por una parte, con una velocidad de una bala de cañon y por otra, con una de sesenta veces mayor que, poetizándola un poco, bien se le puede comparar á la velocidad del pensamiento ¡28 mil metros por cada segundo de tiempo!

Y en fin, lo diremos una vez por todas, fuera de los movimientos de revolución y de rotación de la Tierra, todos los demás no tienen eco mas que en los grandes observatorios Astronómicos, ó sea en los templos de Uranía.

Disminución de la oblicuidad de la Ecliptica.—El plano llamado del Ecuador, divide á la Tierra en dos hemisferios, boreal y austral y el eje en torno del cual gira es perpendicular á dicho Ecuador. Pero, la Tierra en su movimiento de revolución, lo hace en un plano que corta al Ecuador según un ángulo de 23° 27′; este plano se llama de la Eclíptica. Y bien, dicha inclinación entre ambos planos se llama oblicuidad de la eclíptica, la cual disminuye de 47″ segundos por cada siglo, lo que significa que en poco más de doscientos mil años (200000), ambos planos, del Ecuador y la Eclíptica se confundirían en uno solo: y como dicha oblicuidad de la Eclíptica es la que produce la alternativa de las cuatro estaciones del año, de verano, de invierno, otoño y pirmavera, la humanidad de aquellos remotas edades, vivirán eternamente bajo un clima siempre igual que nos viene á la fantasia llamarlo primaveral.

Y dejando por un momento hablar á la poesía, según el autor del Paraíso Perdido, el gran poeta Miltón, estos dos planos, del Ecuador y de la Eclíptica nacieron juntos, no formando sinó uno solo hasta la época en que pecaron nuestros primeros padres, Adan y Eva y el entonces llamado Jehová que talvez se le equivocaba con el olímpico Júpiter, ordenó que un ángel, dulcemente le aplicara un dedo en el sentido de desviar al mundo Tierra, hacia el camino que hoy lleva, llamado de la Eclíptica, con el ojeto de castigar á los descendientes de aquellos pecadores, y hacerlos sufrir todos los rigores del frío y del calor, tal como hoy la pobre humanidad los soporta pacientemente.

Pero, habló la Ciencia por boca del gran Geómetra La Place y afirma con la palabra sacramental del análisis algebraico que la Tierra nació con la enfermedad del frío y del calor alternativamente y además, que dichos planos de la Eclíptica y del Ecuador, jamás se confundirán en uno solo y que el fenómeno de la disminución de la oblicuidad de la Eclíptica no es sinó un movimiento oscilatorio verificado entre los estrechos límites de poco menos de tres grados.

Movimiento de la Tierra en torno de un centro de gravedad. —Cuando dos cuerpos celestes, que forman lo que se llama un grupo físico. son iguales en masa, ámbos giran en torno de un punto, que se llama de *gravedad* igualmente distante de ámbos; pero, si sucede como entre el Sol y la Tierra, siendo esta inmensamente inferior al Sol, 355 mil veces, entónces el centro de gravedad está en el Sol mismo y por tanto, la Tierra gira en torno de este astro.

Así, en todo grupo físico, el centro de gravedad ó de revolución, estará tanto mas cerca del cuerpo que pesa mas, cuanto mayor sea la diferencia. La Tierra y la Luna que tambien forman un grupo físico, siendo la Tierra ochenta veces mas pesada que la Luna, el centro de gravedad estará ochenta veces mas cerca de la Tierra que de la Luna y por tanto, nuestro planeta tendrá este otro movimiento en torno de dicho punto de gravedad que se renovará mensualmente ó sea dentro del mes lunar de 28 días.

Y bien, siendo la distancia entre la Tierra y la Luna, en números redondos, de 95 mil leguas ó sean 380 mil kilómetros, el centro de gravedad estara á 4750 kilómetros del centro de la Tierra, y será el punto en torno del cual girarán ámbos cuerpos en el espacio de un mes.

Exentricidad de la órbita terrestre.—La órbita en que se mueve la Tierra al rededor del Sol no es circular sino que es una elipse que, en la sucesión de miles de años la hace más ó menos escéntrica, de donde provienen para la Tierra movimientos más ó menos rápidos, á medida que se aleja ó aproxima á su centro de revolución que es el Sol. Se calcula que dicha exentricidad será demasiado débil durante 24 mil años, habiendo sido la fuerte ahora cien mil años.

Movimiento de la línea de los ápsides.—Se llama línea de los ápsides, al gran eje de la órbita terrestre. El movimiento de dicho eje se traduce en el sentido de alcanzar la Tierra su perihelio en el espacio de 5250 años al pasar de los equinoxios á los solsticios, todo lo cual se verifica en 21 mil años.

Perturbaciones.—Los planetas segun la situación y distancias que guardan respecto á la Tierra, desarreglan la marcha de esta en torno de su órbita, á causa de las leyes de la atracción que los astros ejercen unos sobre otros cuando van en grupos físicos.

Centro de gravedad del sistema Solar.—El centro de gravedad del sistema planetario es variable á causa de las diferentes situaciones de los planetas en sus movimientos al rededor del Sol, por cuyo motivo no siempre en el Sol mismo está el centro de gravedad, sino que está fuera de él y por tanto, ese es el centro en torno del cual gira la Tierra en ciertas épocas.

La pupila telescópica del astrónomo susceptible de hundirse en esos insondables abismos de millones y billones de leguas de nuestro mundo, es la que ha realizado el principio de los prodigios, el de ir hasta la mansión de las estrellas y traer de esos abismos en que habitan millares de millares de estas luminarias del sublime firmamento, verdaderos tesoros de nuevas luces que vienen á sublimar el espíritu humano al recibir secretos tan profundos de la naturaleza, tales como aquellas que nos dan á conocer las aterradoras distancias de unas pocas estrellas que no pasan de treinta, que serán las más próximas de nuestro mundo y por consiguiente las millares que se despliegan á nuestra vista, bien podemos decir que ellas viven en el seno del infinito.

Entre otros prodigios que de esas sublimes regiones nos trae la pupila telescópica igualmente fascinadoras, son las velocidades que cada uno de estos estupendos soles van cumpliendo sus inescrutables destinos, velocidades que abisman, equivalentes á veinte, treinta, cuarenta ó más veces la velocidad de una bala de cañón.

Así, en este movimiento universal, va tambien nuestro Sol, arrastrando todo el sistema planetario y por consiguiente á nuestro mundo en un torbellino de más de diez mil metros de velocidad por cada segundo de tiempo.

Y bien, la pupila telescópica anuncia que toda la gran familia solar marcha tormentosamente en la dirección de la constelación de Hércules y de la celeste Lira donde brilla la hermosa Vega á lo cual nos acercamos cada día unos novecientos mil kilómetros, alejándonos otro tanto de la bella Sirio, y no obstante tan incomprensible velocidad, la simple vista del hombre, verá pasar los años y los siglos y los millones, billones y trillones de leguas recorridas, todo lo cual, sin la pupila telescópica nada nos diría que en convoy con todo el sistema planetario guiado por el padre Sol íbamos eternamente cambiando de lugar dentro de los siderales espacios.

Este es pues uno de los doce movimientos del mundo Tierra, el cual no pasará jamás por el mismo lugar, y si lo hace, será en millones, billones, trillones de siglos, que el astrónomo no se atreve ni siquiera á bosquejar en la nota mas alta de la fantasía.

La ciencia astronómica que á tan altísima altura ha remontado su vuelo, ha tenido que plegar sus alas con la certidumbre de que será para siempre oculto el sublime y misterioso problema de saber donde están esos centros siderales en torno de los cuales se mueve todo el universo estelario con la prodigiosa velocidad del pensamiento.

La gloria del eternal movimiento de nuestro sistema planetario corresponde al inmortal astrónomo Willians Herschel.

Mirar hácia el mundo antiguo, es como buscar la luz del Sol, fijarlos de preferencia en la clásica Grecia, patria de inmortales filósofos y poetas, de inspirados artistas y de famosos guerreros, que aún hoy son luminarias que resplandecen, á través de veinte siglos; en esa Grecia que tambien parecía ser la eterna mansión de la dulce primavera, allí aún se vivía bajo la sublime ilusión de habitar un mundo que era el centro del Universo sin otra humanidad que el hombre terrestre. El Sol y las estrellas no eran sino antorchas enclavadas en la celeste bóveda, destinada á dar claridad al día y á la noche.

Nada de extraño era, pues, que las mismas divinidades que tenían por padre al omnipotente Júpiter, bajaron constantemente desde el celeste Olimpo al mundo Tierra y de preferencia á la perla más brillante de aquellos tiempos: la inmortal Grecia.

Todo esto se creía en aquellos tiempos, ya remotos, no obstante, las voces proféticas del divino Pitágoras que hablaba por boca de la eterna sabiduría.

¡Qué diferencia de vivir entre los ríos de poesía que se desprendían de vivir en contacto con dioses y en un mundo único y un eterno sosiego en el centro de la creación, á vivir como hoy, dentro de la eterna prosa en un grano de arena, de una nada, en sempiterno movimiento hasta llegar á los doce que hemos expuesto.

¡Oh gran Galileo! Vuestra palabra era palabra divina y sin embargo, por ello sufristes el tormento y la prisión; vuestro cuerpo fué doblegado y vencido; pero vuestra grande alma, asistida por luz celestial, se mantuvo serena y tranquila y en infinita beatitud, no obstante que aún faltaba al mundo Tierra para sacarlo de su inmovilidad bíblica y

Ptolomaica, de la verdadera palanca de Arquímedes, que en el caso presente, no es otra que la palabra sacramental del jeómetra; el único á quien es dado ir á golpear y hacerse abrir las más recónditas puertas del firmamento y sacar de ahí las más ricas flores que es dado á la humanidad gozar de su divinal perfume.

Y en fin, en ese compás del tiempo que á nadie le es dado apresurar, en el que vienen ocultos los misteriosos destinos humanos, fueron apareciendo esos nuevos Prometeos llamados los Kepleros, los Newton, los Laplace, los Herschel... que han sido los verdaderos artífices que desclavaron definitivamente á la madre Tierra de su falso trono, ó sea, el centro del Universo i la echaron á rodar sobre un eje ideal y al rededor del Sol y con más los movimientos de precesión de los equinoxios, de la nutación del eje, de la disminución de la oblicuidad de la eclíptica... y demás movimientos de que hemos hablado, hasta dejar el átomo terrestre siguiendo en vertiginosa carrera los pasos del dios Sol, que va navegando hacia lo eternamente desconocido; pues, la ciencia de Urania, en este caso, plega sus alas y le deja á la olímpica poesía de los Homeros habidos y por haber el problema de descifrar á qué abismos del infinito va en desenfrenada carrera este potente gigante seguido de centenares de mundos y ahí va tambien nuestra altiva humanidad devorando espacios inconscientemente a razón de doscientas mil leguas por cada día que corre.

Nota final

Amable lector: si habeis tenido paciencia de leer hasta la última página de mi Miscelánea astronómica, vuestra final impresión habrá sido la de ir navegando á través de los etéreos campos con la sideral velocidad de docientas mil leguas por día siguiendo las huellas luminosos del padre Sol que, en tan misterioso viaje, lleva a nuestro mundo y á toda la gran familia solar hacia regiones que la humana inteligencia se resiste á imaginar, y la misma ciencia que lleva en sus manos las llaves de oro, del poderoso telescopio y del análisis jeométrico con que ha abierto ya tan sublimes puertas del firmamento, se encuentra impotente para marcar ese pavorosó término donde el padre Sol irá á descansar en unión de su grandiosa familia. ¡A descansar! En los siderales campos, en la sublime creación no se descansa, es la inmortal vorágine del eterno movimiento: nuestro padre Sol en miles de miles de años ó de siglos volverá talvez á las mismas regiones que hoy ocupa en el insondable firmamento y miles y millones de veces volverá á hacer el mismo celestial camino. ¡Y el descanso no se divisa en ninguna eternidad del tiempo!

Y luego, á esta vertiginosa carrera en seguimiento del carro del padre Sol, á razón de docientas mil leguas por día, hacia regiones donde caben todas las fantasías posibles, debemos agregar las seiscientas mil que en el mismo espacio de tiempo marchamos virando en torno del mismo padre Sol, sin contar las diez mil con que diariamente giramos al rededor del eje de nuestro mundo que, bien merecía que fuera de un solo diamante. Y bien, sumando estos números, quedamos á los bordes de un millón de leguas con que nuestro mundo se mueve díariamente!

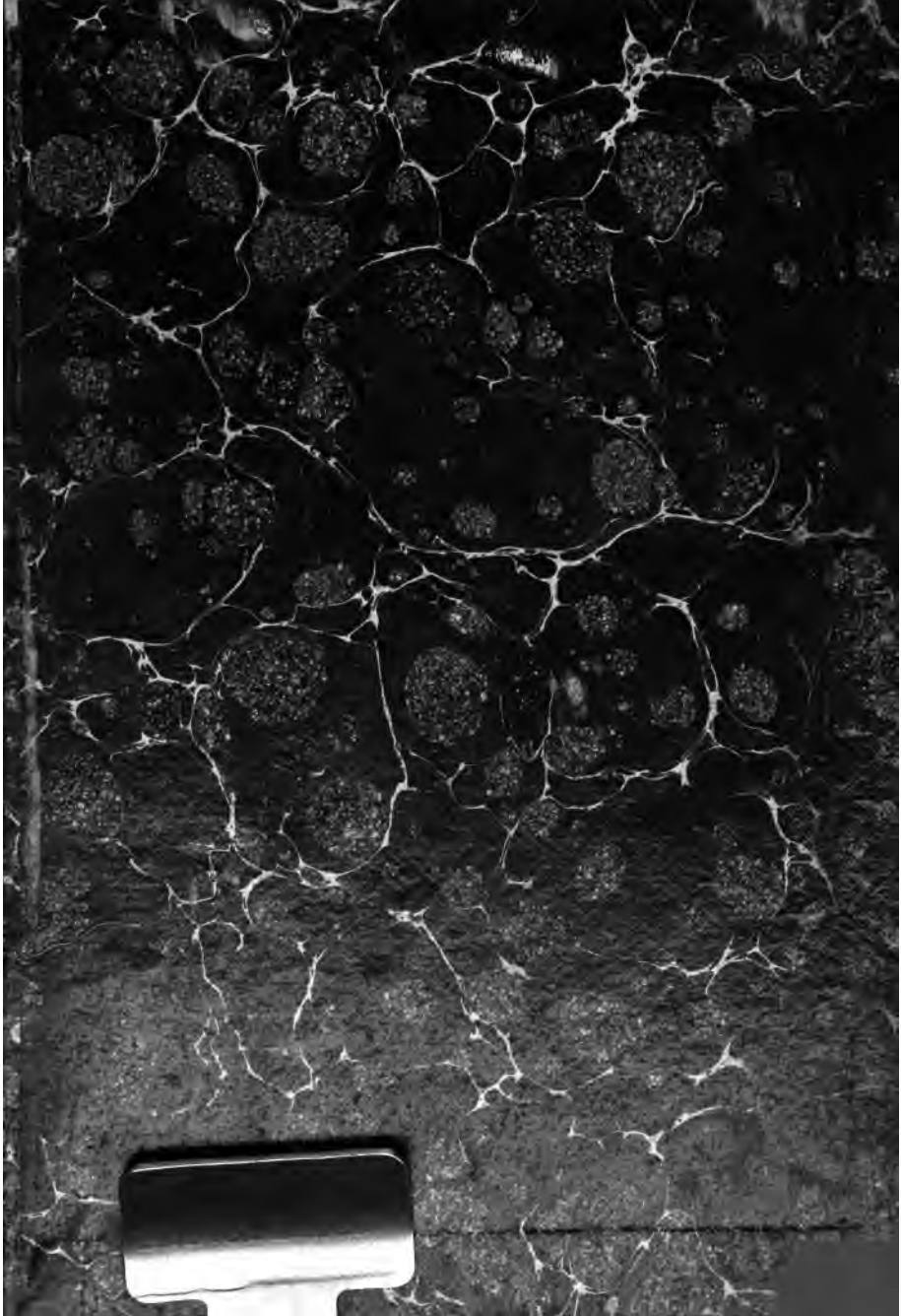
¿Y es este mismo mundo llamado Tierra que con sus doce movimientos diferentes y un andar de cerca de un millón de leguas por dia, allá, en el mundo antigno y medio se le

suponía como eternamente inmóvil en el centro del Universo.

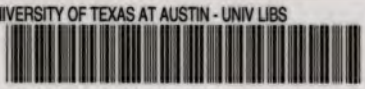
Y mientras tanto, qué nombre darle á este Sol que nos arrastra á tan tremenda evolución á través de los pavorosos abismos de los espacios sin que jamás nos abandonen sus poderosos brazos y que si está escrito en el libro de los misteriosos destinos que allá en noche perdurable esta lumbrera tan poderosa, como un simple mortal, rinda el gran tributo á la madre Naturaleza, también será la eternal noche para nuestro mundo y su gran familia. Llamémosle, pues, el Dios Sol.

¡Dios Sol! permite pues que te salude con este nombre excelso el más alto que han inventado los hombres. Ya en otras edades os han divinizado con los nombres de Apolo y de Osiris.

FIN



UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN - UNIV LIBS



3023921253

0 5917 3023921253